



LOS LÚTH I

MIIX

TAMARA MARÍN

LOS LÙTH I

NIX

TAMARA MARÍN

NIX

Febrero 2020

© de la obra Tamara Marín

tamaramarin0403@gmail.com

Instagram: [@tamaramarin04](#)

Twitter: [@tamaramarin04](#)

Facebook: [Tamara Marín](#)

Edita: Rubric

www.rubric.es

C/ María Díaz de Haro, 13 1ª

48920 Portugalete

944 06 37 46

Corrección: Rubric y Elisa Mayo

Diseño de cubierta, ilustraciones y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

ISBN: 978-84-121582-4-3

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

A mi hermano.

No conozco a nadie con más energía ni más magia que tú.

«Nueve años de diferencia es mucho tiempo», decían.

«Chica y chico, les costará llevarse bien», decían.

«Muy diferentes», decían.

Ahora yo les digo esto:

Él es quien siempre me anima a mejorar.

El que me reta para cambiar.

El que me regaña cuando ni yo misma veo el fallo.

El que se entusiasma con cada proyecto.

El que me recoge cuando caigo y me sostiene cuando me tambaleo.

El que siempre está a mi lado.

El que me apoya cuando me equivoco.

El que me hace llorar cuando lo necesito.

El que pone su hombro cuando me derrumbo.

El que me hace reír cuando estoy triste.

Él es el de la sonrisa perpetua.

*Soy consciente de que es difícil que lo entiendan,
esta clase de amor se da en contadas ocasiones.*

Soy muy afortunada por tenerlo. Por tenerte.

Mi vida sería completamente gris sin tu color.

Te quiero.

Tu hermana.

Prólogo

Nix

Me quité los cascos de las orejas cuando vi acercarse a la azafata. Bajé una de mis piernas del asiento, me coloqué bien y esperé a que se efectuara el aterrizaje. No me daba miedo viajar en avión, por entonces ya estaba bastante acostumbrada, pero durante aquel vuelo me había notado de lo más inquieta. Fui incapaz de concentrarme en nada y ni siquiera la música, que la mayoría de las veces era mano de santo, logró serenarme.

Me sentía bastante triste y enfadada, y por si fuera poco el hecho de tener que irme a vivir a un sitio lejos de donde había residido esa última temporada y que casi consideraba mi hogar, mi querida madre había decidido que lo haría sola, ya que ella tenía que salir unos días antes, debido al trabajo que se le acumulaba.

Me había acostumbrado, más o menos, a cambiar de ciudad y de casa, pero eso no hacía que me gustara el no poder conocer a nadie, el tener que evitar encariñarme con una persona porque, tarde o temprano, me marcharía.

Mi madre y su trabajo me tenían harta, y más cansada estaba aún de que lo antepusiera a todo. Le dio exactamente igual que prácticamente le suplicara que nos quedáramos en nuestra casa. Según ella, el trabajo que le habían propuesto en Barcelona era imposible de rechazar.

Podría haberle plantado cara y decirle que esta vez no me iba; total, ya era mayorcita para vivir sola, pero estaba segura de que mi madre no hubiera querido ni oír hablar del tema, y yo no estaba dispuesta a sentirme aún más sola de lo que ya me sentía, separándome de la única familia que tenía.

Así que, con este nuevo cambio, la única que salía perdiendo era yo. Como siempre.

Me bajé del avión y fui a recoger mi maleta, que por una vez en mi vida salió de las primeras. Busqué a mi madre, pues habíamos quedado en que se pasaría a recogerme a la hora prevista del aterrizaje, pero no la veía por ningún sitio. Transcurrieron más de cinco minutos y decidí apartarme de la salida, ya que lo único que hacía allí era molestar. Saqué mi móvil del bolso para llamarla y cuando no había acabado de hacerlo alguien se acercó a mí.

—Buenos días, ¿señorita Nix? —Tenía un nombre tan peculiar que casi nadie me llamaba por el apellido, ya que no había muchas personas que se llamaran como yo. Para ser más exacta, hasta el momento no había conocido a nadie que llevara mi nombre.

—Sí, soy yo.

—Soy Roberto, su madre me ha enviado para que la acompañe a casa. Ella tenía mucho trabajo.

—Qué novedad...

—¿Perdón?

—Nada, nada. Pues vamos. —Roberto se acercó para ayudarme con las maletas, y nos dirigimos a su coche.

Mi enfado fue creciendo más a cada momento que pasaba. Ya había hecho el viaje yo sola y, además, tendría que llegar también sola a la que sería mi nueva casa. Tampoco es que aquello me pillara de nuevas. No recordaba ni un solo festival del colegio al que mi madre hubiera asistido. Ni siquiera se presentó cuando me gradué en el instituto, por mucho que me prometió que vendría.

Esto me afectaba más de lo que quería o me gustaría reconocer. Era consciente de que para mi madre su trabajo siempre había estado muy por encima de su hija, pero ni siquiera con el paso del tiempo había sido capaz de asimilarlo.

Conforme fui creciendo resultó un poco más fácil, pues me convertí en una mujer adulta que podía valerme por mí misma, y, aunque de vez en cuando me hubiera encantado poder apoyarme en ella, había sido infinitamente peor durante mi infancia. No recordaba la última vez que me había dado un beso o un simple abrazo. Que tu madre prácticamente no te toque cuando eres una niña es un tema bastante difícil de digerir.

Aparté una lágrima que caía por mi mejilla. Tenía que animarme, decían que Barcelona era muy bonita, y tenía mar. Me encanta el mar, pero había cambiado tantas veces de ciudad que ya ni siquiera eso conseguía subirme el ánimo.

Noté cómo el coche reducía velocidad y paraba justo enfrente de un edificio bastante bonito. Roberto me abrió la puerta, me dio la llave y me indicó cuáles eran la planta y el piso. Me despedí de él y le di las gracias por todo.

Subí por el ascensor y fui buscando el número de la puerta que me había indicado Roberto. Era un rellano con bastantes pisos. Cuando la encontré me puse delante y suspiré. Otra casa.

Abrí la puerta y entré. No me había imaginado mi nuevo piso, había pasado por tantos a lo largo de mi vida que ya me daba un poco igual cómo fuera el siguiente. No tenía ningún tipo de expectativa, pero desde luego no esperaba encontrarme un piso totalmente vacío y con un montón de cajas esparcidas por todas partes. Por lo visto a mi madre tampoco le había dado tiempo de amueblarlo o colocar nuestras cosas.

Me apoyé en la pared más cercana y me dejé caer lentamente hasta quedar sentada en el suelo. Respiré profundamente.

—Bienvenida a tu nueva casa, Nix. —No pude evitar torcer el gesto. Aquello parecía de todo menos un hogar.

PRIMERA PARTE

«Solo somos libres desde que hemos aprendido a manejar nuestra energía y, por tanto, desde que estamos en condiciones de vivir».

Chamalú

Capítulo 1

Nix

Los siguientes días me dediqué a colocar cosas. En todas las mudanzas me tocaba a mí vaciar la mayor parte de las cajas, pero esta vez me había comido el trabajo yo solita. Pasaba mucho tiempo en soledad, ya que mi madre venía a la hora de cenar, y muchos días, ni siquiera eso.

Esa mañana me senté a desayunar en el pequeño balcón que el piso tenía. Aunque las vistas no eran muy buenas y hacía fresco, me sentó bien tomar algo de aire. También me ayudó a despejar la mente y plantearme algunas cosas; tenía que hacer algo, no podía pasarme los días encerrada entre esas cuatro paredes. Una vez que puse en su sitio mis enseres y todos los que mi madre había llevado, poco más me quedaba por hacer.

Cuando acabé el desayuno salí a la calle. Una de las cosas que peor llevaba cada vez que nos cambiábamos de destino era dejar un curso sin acabar. De pequeña resultaba fácil encontrar un colegio e incorporarme a mitad de curso; sin embargo, dejar a medias un grado era bastante más complicado. Aunque solo me quedaban un par de asignaturas para terminar, es cierto que era algo mayor para estar en la universidad. Esto se debía a que no era la primera vez que perdía un año escolar por los cambios de mi madre, lo cual había hecho que tuviera que repetir algún curso.

Menos mal que tenía bastante facilidad para estudiar y no se me daba nada mal, si no la cosa se habría complicado mucho.

Mi madre hubiera querido que siguiera sus pasos y estudiara medicina, pero no me llamaba nada la atención, así que finalmente me decanté por Filología Clásica. Me encantaba lo que estudiaba, pero mi madre nunca lo tomó en serio, para ella era un grado inferior con el que no tendría ninguna salida laboral. Como era de esperar, tampoco me apoyó en eso.

Sacudí la cabeza intentando despejarla; pensaba que ya había superado la etapa en la que quería complacer en todo a mamá, pero por lo visto no lo había conseguido.

Continué caminando y descubriendo la nueva ciudad de la que ahora formaba parte. Llegué hasta la playa y me senté un rato sobre la arena. Me relajó muchísimo el sonido de las olas y decidí que volvería a casa dando una vuelta y visitando otros rincones de Barcelona. Total, no tenía nada mejor que hacer...

No estaba acostumbrada a cruzarme con tanta gente, las calles se veían abarrotadas y había muchísima actividad en ellas.

Durante el camino de vuelta me paré frente a un bar en el que había un letrero que decía que necesitaban camarero/a para los fines de semana. Entré y hablé con el responsable. No tenía mucha experiencia y no sabía si iban a cogerme, pero de todas maneras lo intenté.

El encargado resultó ser una persona algo desagradable, pero estaba tan desesperado por encontrar a alguien que me dijo que sí en ese mismo momento. Cuando me explicó las condiciones de trabajo me pareció que se estaba quedando conmigo, eran desproporcionadas. Se trabajaban muchas horas y se pagaba muy poco, pero como no tenía nada mejor, acepté.

Llegué a mi casa cuando ya había oscurecido. Me sorprendió que al abrir la puerta hubiera luz en el salón.

—¿Mamá?

—Estoy en la cocina.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—He venido a ducharme, tengo una cena muy importante esta noche.

—Ah. —Ya me extrañaba a mí...

—No pongas esa cara, ya sabes que mi trabajo es así, no puedo hacer otra cosa. Deberías buscar algo en lo que emplear el tiempo y no estar todo el día sin hacer nada. Podrías apuntarte a otra carrera. —Preferí obviar el hecho de que no había parado de vaciar cajas y colocar cosas en los últimos días.

—Mamá, aún no he acabado el grado que estoy cursando. Lo he tenido que dejar a medias al llegar aquí.

—Pues acáballo. —Para ella todo lo que no tuviera que ver con su trabajo era muy fácil.

—Sí, mamá, eso haré. —No tenía ganas de discutir y como tampoco iba a enterarse de lo que hacía o dejaba de hacer, darle la razón era la opción más sencilla.

—He pensado que este domingo, que tengo un rato libre por la mañana, podríamos hacer algo de turismo. —Casi tuve que cerrar la boca ante el hecho de que mi madre quisiera pasar tiempo conmigo.

—Este domingo trabajo.

—¿Has estado buscando trabajo?

—No voy a estar todo el día aquí encerrada, algo tendré que hacer. —Lo dije con toda la ironía que pude.

—¿Y dónde vas a trabajar un domingo? —Llegábamos a la parte difícil.

—He encontrado trabajo de camarera en un bar.

—¿Y se puede saber por qué vas a ponerte a trabajar en un bar?

—Mamá, algo tendré que hacer. —Repetí lo que ella misma me había dicho al empezar la conversación.

—Pues hazlo, pero desde luego no trabajando en un bar.

Me fui hacia el salón. Era absurdo discutir con ella sobre aquello. Dudaba mucho que a mi madre le importara lo más mínimo dónde trabajara, lo que le pasaba era que una científica con su fama no podía permitir que su hija fuera una simple camarera.

En un par de días ni siquiera se acordaría, nunca se había preocupado tanto por mi vida como para que la inquietud le durara más de una semana. Al final, acababa olvidando al cabo de poco tiempo cualquier conversación que teníamos.

—Tengo que irme, ya hablaremos sobre esto en otro momento.

—Adiós, mamá.

No lo haríamos. No volveríamos a hablar sobre ese tema. Ella nunca recordaba por qué razón habíamos discutido. Así que me senté en el sofá a ver una película. Sola. Como lo había hecho durante toda mi vida.



El trabajo de camarera me duró apenas unos días. El encargado tenía una manera de dirigirse a mí con la que fui incapaz de lidiar. Era una mezcla de falta de respeto constante con miradas de lo más lujuriosas. No lo aguanté. Me conocía y prefería irme a estallar y después arrepentirme.

Me costó un poco, pero al cabo de unos días encontré trabajo en una tienda de una conocida marca de ropa. Cogí el peor horario, el que nadie quería, el de jornada partida, así me aseguraba de estar fuera de casa todo el día.

Lo que me pareció más triste fue que mi madre ni siquiera se dio cuenta de que estaba trabajando. Las pocas veces que venía a cenar yo estaba allí. Ella nunca preguntó, y yo no le di ninguna explicación.

Mi vida se convirtió en una sucesión de días iguales, y por mucho que intenté sentirme motivada por algo, no acabé de conseguirlo.

Ese día mi madre venía a comer a casa, por lo que en cuanto salí de la tienda me fui directa y me duché antes de que ella llegara.

Me metí en la cocina y preparé algo rápido para comer. No recordaba la última vez que mi madre había cocinado algo para mí. Cuando era pequeña siempre compraba comida preparada y luego fui yo quien se hizo cargo de la cocina. Por aquel entonces no tendría ni doce años.

Oí la puerta y salí al salón. Mi madre tenía cara de estar muy cansada.

—Hola, mamá.

—Voy a ducharme. ¿Te has tomado la medicación? Te he traído otro bote, me pareció que ya debían de quedarte pocas pastillas.

—Sí, ya casi las he acabado.

Mi madre se dirigió al baño y yo acabé de poner la mesa. Cuando salió nos sentamos a comer en silencio.

—Estoy planeando una salida juntas este domingo. Me han dicho que hay un pueblecito no muy lejos de aquí que es precioso. ¿Te apetece?

Como ya imaginaba, mi madre no recordaba la conversación que habíamos tenido hacía apenas unos pocos días. Pero lo que de verdad llamó mi atención fue que quisiera saber mi opinión.

Normalmente ella imponía y yo obedecía. Casi no podía creerlo. Eso sin contar que no recordaba la última vez que habíamos hecho algo juntas.

—Sí, me apetece. —Las dos sonreímos.

Capítulo 2

Nix

Un mes más tarde

Me encontraba delante de la tumba de mi madre y seguía sin acabar de entender cómo había pasado. Únicamente estábamos el cura y yo, y él andaba tan enfrascado en leer un salmo que no me había mirado ni una sola vez. No pude evitar pensar que era muy triste morir y que a tu entierro solo asistiera tu hija. Aunque daba igual, ella ya no se enteraba de nada.

Yo no podía parar de mover las manos, en una especie de tic nervioso que parecía haber entrado en un bucle frenético. Al final se pusieron tan calientes que fui aminorando la fricción hasta conseguir detenerlas.

Mirar el ataúd tampoco me ayudaba en absoluto, lo único que conseguía era que un sentimiento de soledad absoluta me invadiera.

Me encontraba completamente sola. Únicamente la tenía a ella y ya no estaba, y no sabía si me sentía más triste por su muerte o por el hecho de no tener a nadie más en mi vida. Era un pensamiento ruin y mezquino, pero no conseguía sacarlo de mi cabeza.

Mi madre había muerto en un accidente de coche hacía dos días. Fue uno de esos pocos momentos en los que había decidido hacer algo conmigo. Al final tuvo trabajo las cuatro semanas siguientes a que me lo propusiera, por eso tardamos casi un mes en poder salir juntas. Habíamos estado haciendo turismo por Barcelona y luego quisimos ir a ver un pueblecito que estaba algo más apartado.

El coche se salió de la carretera y chocó con un árbol, dejando el vehículo completamente destrozado. De manera inexplicable yo salí ilesa, pero mi madre no tuvo la misma suerte.

Cuando el cura acabó la charla, se llevaron el ataúd. Nunca había hablado con ella de lo que quería que se hiciera con su cuerpo cuando muriera, así que imaginé que una incineración era lo mejor. Ella era científica y nada creyente, por lo que descarté el entierro.

Volví caminando hacia el que hasta entonces había sido el piso donde vivía con mi madre. Aunque habíamos pasado muy pocos momentos juntas en él, no podía evitar asociarlo con ella.

Mientras caminaba tuve que detenerme un par de veces, ya que las lágrimas me impedían ver. Me paré un poco antes de llegar al piso y me senté en un bar. Pedí una tila e intenté serenarme. No sirvió de nada.

Al hecho de que había perdido a mi madre se sumaba que estaba completamente sola en una ciudad a la que hacía apenas un mes que me había mudado. Ni siquiera había llegado a conocer a

la gente que vivía en mi edificio; era verdad que la relación con los vecinos no se parecía en nada a la que se tenía antiguamente, pero es que no me había dado tiempo de cruzar ni un par de palabras con ninguno de ellos.

No entendí por qué este pensamiento me pareció tan abrumador. Quizá fue el tomar conciencia de que, si me pasaba algo, no tenía a nadie a quien acudir. Pensar eso consiguió desestabilizarme por completo y se me escapó un sonoro sollozo. Toda la gente que había en el bar me miró. Me dio exactamente igual. Me sentía absolutamente perdida.

Jamás en mi vida me había sentido tan sola, y eso era mucho decir, porque la mayoría del tiempo lo había pasado en la más absoluta soledad.

Mi madre había estado siempre tan volcada en su trabajo que en demasiadas ocasiones no se acordaba de mí. Y lo digo literalmente. Recordé un día en el que se olvidó de recogerme a la salida del colegio. Al final mi profesora de aquel entonces se apiadó de mí y me acompañó a casa. No fue la única vez que pasó. ¿Cómo puede una madre olvidar a su hija? Lo que más me dolió fue la vergüenza de tener que reconocerlo ante mis profesores y compañeros. Estaba acostumbrada a que le pasara cuando yo estaba en casa, pero que lo hiciera en el colegio era de lo más humillante.

La mayoría de las veces no entendía qué había motivado a mi madre a tenerme, si parecía que le molestaba tener una hija. Nunca había demostrado ningún tipo de amor hacia mí, ni siquiera había tenido la más mínima muestra de cariño. Siempre pensé que se debía a que era una persona bastante fría, pero eso no quitaba que de niña hubiera echado de menos un beso, una caricia...



Lo primero que hice al llegar al piso fue dirigirme a la cocina y buscar mis pastillas. Desde pequeña tenía que medicarme, ya que sufría una enfermedad poco habitual. Según me había explicado mi madre, mi sangre no funcionaba igual que en el resto de las personas. Como no me afectaba para nada en mi día a día, tomaba las pastillas sin hacer muchas preguntas.

Me tomé las dos que me tocaban y me metí en la cama. Necesitaba desconectar y, aunque pensaba que me costaría conciliar el sueño, me dormí al momento.

Me desperté sobresaltada y me incorporé de golpe. Al hacerlo me percaté de que lo que me había despertado era el sonido del teléfono.

Aún estaba medio dormida cuando contesté.

—¿Diga?

—¿Señorita Nis?

—Nix. —Ya podía mi madre haberme puesto un nombre más sencillito.

—Mire, necesitaríamos verla en el hospital. —La voz sonaba algo nerviosa y me asusté.

—¿Ha pasado algo? —Cuando acabé de hacerla, me pareció una pregunta absurda. ¿Qué más podía pasar?

—Mmm... , no, no, simplemente nos gustaría verla.

—Pero no entiendo nada, ¿desde qué hospital me está llamando?

—Perdone, tiene razón. Soy la doctora González y la llamo del hospital San Pablo, donde atendimos a su madre y a usted después del accidente.

—¿Qué día y a qué hora quiere que vaya?

—Cuando a usted le venga bien. —Eso acabó de mosquearme. Tal y como estaban los hospitales de colapsados, que pudiera ir cuando yo quisiera no sonaba demasiado bien.

—De acuerdo, ¿mañana sobre las diez?

—Nosotros pensábamos que sería mejor que viniera hoy, si le va bien, por supuesto. —¿Pero qué leches estaba pasando?

—De acuerdo, pues en un par de horas estoy allí.

Colgué el teléfono y volví a meterme en la cama, estaba agotada. Cuando tomaba mis pastillas me daba algo de cansancio, mi madre decía que era uno de los efectos secundarios.

Así que me di la vuelta en la cama y decidí seguir durmiendo, pero no acababa de estar tranquila. La llamada del hospital me había dejado preocupada e inquieta, por lo que me vestí y en menos de una hora me presenté allí.

Capítulo 3

Nix

Cuando llegué no sabía hacia dónde tenía que dirigirme, y el hospital era enorme. Fui preguntando por la doctora que me había llamado, pero por lo visto González era un apellido demasiado común y me mandaban de un médico a otro sin que estos supieran a quién buscaba exactamente.

Me exasperé al pensar que podía haberle preguntado más cosas a la doctora que llamó, como, por ejemplo, la puerta y la planta donde encontrarnos, aunque ella también podría haberme dado más pistas.

Finalmente, una enfermera se apiadó de mí y me acompañó al otro extremo del hospital, a una parte en la que no había casi nadie.

—Supongo que, por lo que me has explicado, solo te queda esta doctora que se apellide González, pero es extraño que ella te haya llamado, nunca visita a pacientes. Es la jefa del laboratorio y pasa la mayor parte del tiempo encerrada en él. Es raro. —Se encogió de hombros como si no entendiera nada, pero volvió a sonreír y siguió indicándome el camino—. Si finalmente no es ella la que ha contactado contigo, te indico cómo salir de aquí, estos pasillos son todos iguales y es bastante complicado. Te esperaría, pero tengo que ir al quirófano. —Me explicó lo que tenía que hacer para volver sobre mis pasos. No le presté mucha atención, todo aquello me tenía algo mosqueada. La situación, como bien había dicho la enfermera, era de lo más rara. Se me pasó por la cabeza que quizá se debía a mi enfermedad y que igual querían comentarme algo acerca de ella. Era lo único que se me ocurría.

La enfermera me dejó en una sala de espera, después de llamar a una puerta y hablar con quien estaba dentro. Le di las gracias y me senté en una de las butacas que había. Cogí una revista por el simple hecho de mantenerme ocupada. Pasé las páginas rápido, casi sin prestar atención.

En menos de cinco minutos salió una señora vestida con una bata. Me fijé en el nombre de la placa que colgaba de su bolsillo, me puse de pie al leer que era la doctora González. Esperaba que fuera esa porque, si no lo era, me negaba a seguir buscándola, me iría a casa y ya volvería a llamarme.

—Hola, Nix. Soy Paqui, encantada de conocerte. —Había una mezcla de nerviosismo y fascinación en su voz que no acabé de entender.

—Hola, Paqui. Siento el retraso, pero me ha costado bastante encontrarte.

—Tienes razón, con los nervios se me olvidó decirte dónde localizarme.

—Sí. —No sabía qué más contestar, en realidad no entendía qué estaba haciendo allí. La doctora se acercó hasta mí y al estrechar mi mano se quedó observándola como si esperara que

pasara algo. Igual aquella doctora no era del todo normal.

—Acompáñame, por favor.

Seguí a la doctora por un pasillo que parecía no acabar nunca. Iba tan concentrada caminando que casi choqué con ella cuando se paró frente a una puerta. La abrió y se puso a un lado para dejarme pasar a mí primero.

Me detuve en el umbral al ver que dentro de la sala había dos médicos más. ¿Qué estaba pasando allí?

La doctora me empujó ligeramente para que entrara y, cuando lo hice, cerró la puerta tras de sí, haciendo que el sonido retumbara en toda la estancia.

Me quedé parada y completamente pegada a la puerta. Paqui dio la vuelta a una mesa grande que presidía la sala y se sentó junto a los dos doctores que había en ella. Los tres me miraban con expectación y curiosidad. No entendía nada y no me gustaba esa situación.

El primero en hablar fue el doctor más mayor. Tenía el pelo blanco y su cara parecía afable, pero su mirada no acabó de gustarme.

—Hola, Nix, tienes un nombre muy curioso. Siéntate, por favor. —Me acerqué a la silla que tenía más cerca y me senté—. Entiendo que estés aún en estado de *shock*, demasiadas cosas en poco tiempo, y eres tan joven...

—Me gustaría saber qué hago aquí. —No tenía ganas de que se anduvieran por las ramas, quería respuestas.

—Pues ahora mismo procederemos a explicártelo. —Tomó la palabra el doctor más joven, no parecía mucho más mayor que yo. Su pelo era negro y sus ojos bastante oscuros, llevaba gafas y tenía cara de intelectual, resultaba bastante atractivo. Acerqué mi silla a la mesa, estaba impaciente por que me contaran qué era lo que hacía allí y así poder irme cuanto antes—. Voy a explicarte esto de manera sencilla, para que lo entiendas. —Me callé por no contestarle, pero para mí aquellas palabras significaban exactamente lo mismo que decirme que era tonta—. Nos pareció realmente increíble que salieras ilesa del accidente que tuviste con tu madre. Menos mal que era yo el médico que iba en la ambulancia de emergencias. El coche estaba totalmente destrozado y cuando te sacaron de él sangrabas abundantemente por diferentes zonas del cuerpo. Al llegar al hospital te hicimos una analítica y nos dimos cuenta de que no tenías historial médico alguno; ¿nunca te has sacado sangre ni has visitado a ningún médico?

—Mi madre era científica y la que me hacía una revisión anual. Ella se encargaba de darme la medicación que necesitaba cuando estaba enferma y nunca he estado tan mal como para ir a un hospital.

—Sabemos quién era tu madre. He leído muchos de sus artículos, aunque me pareció curioso que en ninguno de ellos hubiera ni una sola foto suya.

—Era una mujer muy discreta, le gustaba pasar desapercibida. —Me costó bastante hablar en pasado. Intenté tragar el nudo que se había formado en mi garganta.

—Era una eminencia en investigación genética. —Nunca me preocupé por saber exactamente en qué trabajaba mi madre. Sabía que llevaba la dirección de un laboratorio, pero desconocía que la investigación que allí se realizaba era sobre genética, aunque tampoco en esos momentos le di mucha importancia—. Supongo que tiene sentido que fuera ella misma quien te realizara las pruebas.

—Sigo sin entender adónde quieren llegar. Solo se me ocurre que me hayan llamado debido a mi enfermedad.

—¿Enfermedad? —La extrañeza en su rostro acabó de descolocarme. La única opción que barajaba era que me hubieran llamado por eso; si no era así, no tenía ni puñetera idea de qué hacía allí.

—Me medico desde pequeña, para tenerla controlada y que no vaya a más.

—No, Nix... Creo que, o no nos hemos explicado bien, o no has entendido nada —dijo el doctor del pelo blanco, que cada vez me gustaba menos; por eso le di de lado cuando oí que el otro volvía a hablar.

—Me había quedado en que al recogerte del coche sangrabas mucho por diferentes zonas de tu cuerpo —aclaró el médico joven—, por ese motivo te decía que menos mal que era yo el profesional que iba en la ambulancia, si no se hubiera liado mucho revuelo entre el personal sanitario, ya que las heridas empezaron a curarse ante mis ojos y al llegar al hospital ya no presentabas ningún síntoma de haber tenido un accidente grave hacía apenas una hora. Nuestra sorpresa fue mayor cuando recibimos el resultado de tu análisis de sangre. Ninguno de nosotros había visto jamás un cuadro como el tuyo.

Capítulo 4

Nix

Salí del hospital algo aturdida por toda la información recibida.

Habían insistido mucho en hacerme un estudio médico exhaustivo. No lo dijeron con estas palabras, pero para ellos era como un conejillo de Indias al que investigar, y no estaba dispuesta a ir cada día al hospital para que me hicieran pruebas. Cuando lo dije pareció que les había soltado un insulto de los grandes, así que preferí mentir y decirles que me lo pensaría.

Todo lo que me habían dicho me había sonado un poco a chino, la verdad. Nunca le presté especial atención al hecho de que cicatrizara tan rápido porque las poquísimas veces que me había lesionado, sobre todo cuando era niña —de mayor no recordaba haberme hecho ninguna herida, normalmente mis reflejos respondían antes—, mi madre me la había tapado rápidamente.

Con estos pensamientos los pies me llevaron hasta mi piso. Justo cuando estaba metiendo la llave en la cerradura, oí el sonido estridente del teléfono. No me lo podía creer, en el poco tiempo que llevábamos viviendo allí le había echado a mi madre en cara que el teléfono fijo era arcaico y no servía para nada. Si ella hubiera estado allí en ese momento, me tendría que tragar mis palabras. Sentí una presión en el pecho al recordarla.

Contesté al quinto tono y pensé que ya habían colgado.

—¿Diga?

—Hola, Nix. Soy el doctor con el que has hablado hace un rato, el más joven, el que llevaba gafas. —Sabía perfectamente quién era. El guapo—. Me llamo Diego y me gustaría que quedáramos fuera del hospital para hablar.

—He dicho que tenía que pensarlo y no me apetece que me llaméis cada dos por tres. —Estaba a punto de colgar cuando oí su contestación.

—Esto no tiene nada que ver con el hospital, es un tema totalmente diferente.

—No me interesa.

Esta vez no esperé la réplica, colgué el teléfono y lo coloqué en el cargador con más brusquedad de la necesaria, haciendo que el aparato cayera al suelo y golpeándome el dedo pequeño del pie. Solté un taco en voz alta.

Me había puesto tan nerviosa la última llamada que decidí salir a comer a la calle. Necesitaba que me diera el aire y tranquilizarme un poco.

Mientras caminaba fui pensando en todo lo que me habían dicho en el hospital. Cuando tuve el accidente no perdí el conocimiento, pero al meterme en la ambulancia me dieron algo para calmar el dolor que hizo que me relajara tanto que acabara en una especie de duermevela. No lo había

pensado antes, supongo que el motivo era que estaba aún impactada por la muerte de mi madre, pero una vez que lo recordé fui consciente de que era verdad que al sacarme del coche había sangre por todos lados. Al principio pensé que pertenecía a mi madre, si bien es cierto que los médicos de la ambulancia cambiaron la expresión de sus rostros al verme, aunque yo lo achaqué a la gravedad de accidente.

Un montón de preguntas pasaron por mi cabeza, pero antes de volverme loca con algo que, de momento, no tenía respuesta, preferí pensar en otra cosa que también me preocupaba, aunque era un pensamiento mucho más cotidiano.

Tenía que empezar a administrarme el dinero. Mi madre siempre dejaba efectivo en el piso por si yo lo necesitaba para algo, pero era poca cosa. Yo también tenía algo guardado de lo que había trabajado, que por desgracia apenas se reducía a lo que gané en un mes, era una miseria. Dado que mi madre no estaba, yo tendría que pagar el alquiler del piso o de lo contrario me vería viviendo en la calle, y además necesitaba dinero para comer. Estaba acostumbrada a organizar mi casa, lo había hecho desde niña, pero del tema económico siempre se había ocupado mi madre, aunque yo llevara años trabajando.

Estos pensamientos, siendo mucho más normales que los anteriores, me agobiaron sobremedida, así que intenté dejar mi mente en blanco y concentrarme solo en caminar.

El día se había puesto bastante gris, haciendo que pareciera mucho más tarde de lo que era en realidad. Me abroché la chaqueta que llevaba, más por inercia que porque tuviera frío.

Llevaba un rato paseando por calles estrechas y muy parecidas entre sí cuando me dio la sensación de que alguien me seguía. Me giré y no encontré a nadie detrás de mí. Imaginé que me estaba volviendo paranoica. El día que llevaba, junto con todas las noticias que había recibido, estaba haciendo que mi imaginación, ya de por sí bastante prolífica, se desbordara.

Continué caminando hasta que me paré frente a un bar pequeñito que me gustó enseguida. Entré a comer algo. Acerté de pleno, ya que la comida era casera y estaba realmente buena. Y fue al meter la primera cucharada de comida en mi boca cuando me di cuenta de que llevaba muchas horas sin ingerir alimento alguno. Estaba hambrienta.

Al salir del bar me fijé en el tipo que estaba apoyado en la pared de la acera de enfrente. Llevaba puesta una capucha, lo había visto varias veces desde que empecé mi paseo. Lo reconocí por la ropa, ya que la cara prácticamente no se le veía.

Decidí aligerar el paso y llegué a casa mucho más rápido que de costumbre; eso sí, casi había corrido y me faltaba el aire. Antes de meter la llave en la cerradura del portal me giré por si veía al chico de la capucha. No había ni rastro de él. Solté todo el aire que no sabía que estaba reteniendo. De todas maneras, subí las escaleras con rapidez y al cerrar la puerta del piso con llave volví a suspirar. Es curioso cómo puedes sentirte a salvo detrás de una simple puerta.

La tranquilidad me duró lo que tardé en darme la vuelta y comprobar que no estaba sola en casa.

Capítulo 5

Nix

Intenté gritar, pero alguien me agarró por detrás, tapándome la boca con una mano. Me bloqueé. No supe si dar patadas, quedarme quieta o morder la mano que me apresaba la mandíbula. Antes de tomar una decisión, la chica que había frente a mí habló.

—Por favor, Nix, no queremos hacerte daño. Entiendo que estés asustada, pero sería todo mucho más fácil si no gritaras y nos dejaras explicarte.

No entendía cómo esa chica, a la que no había visto en mi vida, sabía mi nombre. Y tampoco entendí por qué me importaba tanto esa tontería en aquellos momentos.

Dudé un instante qué hacer y analicé mis opciones; la puerta me quedaba algo lejos, y aunque pudiera soltarme de la persona que tapaba mi boca, no creí ser capaz de llegar hasta ella. No estaba cerca de ninguna ventana y viviendo en un tercero tampoco era la solución. Así que tomé la decisión de no hacer nada, al menos por el momento. Pensé que si quisieran matarme ya lo habrían hecho. Ese pensamiento me reconfortó, por muy absurdo que resultara.

—Vale, Eros, creo que puedes soltarla. ¿Verdad que no chillarás? —Ni siquiera asentí, pero la mano que tapaba mi boca fue aflojando la presión, poco a poco.

Al girarme reconocí al chico de la capucha. El que me había estado siguiendo durante todo el día; al final no eran paranoias mías. Tendría que empezar a hacer más caso de mi intuición.

Lo miré con mucho más interés del que pretendía. Me sacaba casi una cabeza, era rubio y tenía unos ojos claros muy cálidos. Sin saber por qué no me dio miedo y respiré algo más tranquila.

La chica que tenía frente a mí era más o menos de mi edad, quizá algo mayor, tenía el pelo de un intenso color naranja y cara de diablilla. Cuando me sonrió, fue casi imposible no devolverle la sonrisa.

De pronto me puse seria. ¡Joder!, ¿en qué narices estaba pensando? Me habían seguido durante todo el día y entrado en mi casa sin permiso, y yo estaba allí plantada, en medio del salón, con una sonrisilla en la cara, como si fueran amigos a los que hubiera invitado a pasar la tarde.

—¿Qué leches estáis haciendo aquí? —No sé de dónde saqué el valor para hablarles así, podrían ser dos psicópatas asesinos.

—Necesitamos que nos acompañes.

—No pienso ir con vosotros a ningún sitio. —Me puse a la defensiva, no sabía lo que querían de mí, ni siquiera sabía quiénes eran. No tenía intención de acompañarlos a ningún sitio.

—Áurea te lo está pidiendo bien, pero en realidad tienes dos opciones: o vienes por las buenas o lo haces por las malas.

Me giré para mirar a la cara al rubio, que hacía poco me había parecido simpático y al que en ese preciso instante le hubiera soltado un buen guantazo.

—Eros tiene razón, por mucho que me fastidie dársela. Tienes que acompañarnos sí o sí. — Puso cara de hastío, como si no estuviera de acuerdo con la manera en la que estaba haciendo las cosas, aunque no le quedara otro remedio.

Analiqué la situación con toda la frialdad que pude; eran dos contra una, así que me tocaba pensar rápido. No tenía mucho que hacer contra ellos, incluso si solo estuviera uno de los dos dudaba que pudiera hacer algo, parecían estar en bastante mejor forma que yo. Pero me negaba a acompañarlos sin que ni siquiera me dijeran adónde íbamos. Vaya pensamiento absurdo; tal y como habían hablado, tenía casi la total seguridad de que estarían dispuestos a secuestrarme si hiciera falta. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—De acuerdo, pero ¿dónde queréis que os acompañe? —Intenté sonar lo menos agresiva posible; estaba enfadada, pero mucho más asustada, así que tampoco me costó mucho.

—Pufff, nos han dicho que estás perdida, pero verdaderamente no tienes ni idea de nada. —El rubito empezaba a tocarme las narices—. Vamos a tener que hacer de canguros, lo veo venir.

—Eros, compórtate. —La chica pelirroja lo miró con severidad.

—¿Canguro de quién? ¿De qué estáis hablando?

—Te lo explicará todo en cuanto te conduzcamos donde debemos —aquella chica no podía ser más críptica—, pero más vale que nos demos prisa, el otro equipo y el jefe querrán saber cómo lo llevamos.

Por un momento pensé que quizá me había quedado dormida en el sofá y estaba soñando. ¿De qué estaban hablando?; ¿qué equipo?, ¿qué jefe? Me pellizqué en el brazo y casi di un respingo del daño que me hice.

—Eres algo rarita, ¿verdad? —El rubio se acercó demasiado a mí. Di un par de pasos hacia atrás.

—¿Me llamas rarita a mí? Tú, que llevas siguiéndome todo el día. —El chico rubio me guiñó un ojo y se dio media vuelta, como si no me hubiera oído.

—Será mejor que cojas una muda y, sobre todo, no te olvides de las pastillas que tomas, el jefe quiere saber de qué se trata.

Al final opté por la vía fácil. Metí una muda, un pijama, el cepillo de dientes y algo de maquillaje en una mochila y me la colgué al hombro. Al pasar por la cocina cogí las pastillas y las metí también.

—Pues ya estoy lista.

—Pensaba que ibas a dar más guerra. Lo has puesto mucho más fácil de lo que creí en un principio. —El rubio parecía sorprendido.

—Ya me has dicho que no tenía otra elección.

—Hay tres opciones para el comportamiento que estás teniendo: o eres muy conformista, o demasiado práctica, o algo tonta.

—He tenido unos días de mierda, lo que quiero es que me dejéis en paz de una puñetera vez.

—Eros, dale un respiro. —Si no fuera por la situación en la que me encontraba, esa chica me habría caído bien.

Los dos se miraron y asintieron con la cabeza, después los tres nos dirigimos a la puerta.

No tenía ni idea de adónde me dirigía, pero sabía que las cosas iban a cambiar a partir de ese momento. Nunca me imaginé que lo harían tanto.

Capítulo 6

Nix

Hice el camino en el asiento trasero de un coche. Ni siquiera me fijé en el modelo. Eso decía mucho de mi inconsciencia. Si me secuestraban, no es que no me hubiera quedado con la matrícula, es que no me había fijado ni en el color del coche.

—¿Estás bien? —La voz de la chica sonaba preocupada.

—Todo lo bien que puedo estar sin tener ni idea de adónde me lleváis.

—Lo siento mucho, pero pronto lo entenderás todo. —Se encogió de hombros. No parecía una psicópata ni ninguna loca. Aunque ese pensamiento no hizo que me relajara.

—Eso espero.

—Lo que no quiere decir que no vayas a flipar. —El rubio parecía divertido.

—Eros, creo que no es el momento. —La chica desvió unos segundos la vista de la carretera para reprenderlo.

—Pero si no he dicho nada... —Eros levantó las manos a modo de disculpa, pero su mirada era tan cínica que no encajaba con el gesto—. Anda, que si te sacaras de vez en cuando el palo que tienes metido en el culo tampoco pasaría nada.

—Si te comportaras como tienes que hacerlo, no tendría que estar todo el día en alerta.

—Tú estarías en alerta aunque yo fuera el más santo del mundo.

—No serías un santo ni aunque te lo propusieras. Que tampoco es el caso. —La forma en la que Áurea miró a Eros hizo que me inquietara. Quizá la había juzgado con mucha rapidez. En su mirada no había odio, pero sí un profundo rencor.

—Doy gracias por ello. Y tú, Nix, ¿tienes novio, novia...? —Frente a mí tenía el espejo retrovisor y pude ver cómo la chica pelirroja resoplaba y ponía los ojos en blanco, pero también me fijé en que se tensó más de lo que ya estaba.

—¿Y a ti qué te importa?

—Vamos a pasar muuucho tiempo juntos, creo que sí va a importarme. En el «círculo de lectores»...

—Eros, ¿puedes dejar de tomártelo todo a cachondeo?

—Es que, no me jodas, ponerse El Círculo tiene tela. En fin, a lo que iba: en nuestra casa somos dos equipos de tres personas, el otro equipo ya está hecho. Lo componen tres tíos. Eso quiere decir que formarás parte de nuestro equipo. —Miró hacia Áurea—. Seré el afortunado que tendrá dos tías para él, pero como la pelirroja no está mucho por la labor, había pensado que quizá tú...

—Eros, de verdad te lo digo, cuando te lo propones puedes ser muy imbécil. Y haz el favor de callarte ya, que al final meterás la pata.

El silencio reinó en el coche durante unos instantes.

La cabeza había empezado a dolerme, seguramente a causa de los nervios y por todo lo que estaba intentando asimilar. ¿Qué era eso de los equipos, El Círculo y la casa? No lograba entender nada, y como siguiera dándole vueltas al tema mi cabeza acabaría explotando. Tenía mil preguntas que hacer, pero preferí respirar hondo y mantener la boca cerrada.

El silencio duró el poco rato que Eros fue capaz de estar callado. Por lo visto era una cosa que le costaba bastante.

—¿Te has enfadado? —Miró a Áurea con cara de no haber roto un plato en su vida.

—No, no me he enfadado, pero madura un poco, que ya te toca.

—¿Tú sabes lo difícil que es tener una relación, una aventura o un rollo con alguien desde que estamos dentro?

—Me hago una idea.

—No, no te la haces; para ti es mucho más fácil, ya que somos más del doble de tíos que de tías en El Círculo. Eso no nos deja en igualdad de condiciones.

—Podías haberlo pensado antes.

La última frase fue como un dardo envenenado, la manera en la que la pronunció... Estaba segura de que si estuviéramos en otro sitio ella hubiera dado media vuelta y se habría marchado. Eros no le contestó, pero la mirada que le dedicó estaba llena de dolor; sin embargo, tardó tan poco en cambiar la expresión que por un momento creí habérmela imaginado.

Los dos se quedaron callados, Áurea conduciendo y Eros mirando por la ventanilla del coche. Agradecí infinitamente el silencio.

Pocos minutos después, el coche empezó a reducir la velocidad hasta que finalmente se paró.

Me pasé todo el camino tan absorta en mis pensamientos que no reparé en hacia dónde íbamos, eso dice mucho de lo espabilada que soy. Miré a mi alrededor y solo vi bosque, o por lo menos muchos árboles, ya que estaba bastante oscuro. Cuando giré la cabeza hacia el otro lado pude advertir la silueta de una casa enorme. Parecía un pequeño palacio, aunque estaba muy poco iluminada y no pude verla demasiado bien.

Lo que sí pude distinguir, a pesar de la oscuridad, fue que se trataba de una casa bastante antigua. Algunos torreones se elevaban en diferentes puntos dándole un aspecto majestuoso. Salí del coche y me quedé completamente abstraída, mirándola.

A los pocos segundos Eros me sacó de mi ensoñación dando una palmada con las manos. El sonido me sobresaltó.

—Pues ya hemos llegado.

Estupendo, porque estaba impaciente por irme de allí.

Capítulo 7

Nix

Cogí mi mochila del asiento trasero del coche, me la puse y los seguí hasta la casa. Tuvimos que atravesar un largo camino hasta llegar a la entrada. A mi alrededor solo había bosque.

—Esto debe de estar muy apartado.

—No tanto, cuando lo veas a la luz del día ya te darás cuenta. En realidad estamos bastante cerca del centro. —Tampoco conocía mucho la ciudad, por lo que asentí.

Eros abrió la puerta de la casa. Cuando entré, miré a mi alrededor. Al contrario de lo que había imaginado cuando la vi por fuera, resultó muy acogedora y cálida. Con decoración moderna y práctica. Me gustó al instante.

Pasamos a una habitación que quedaba bastante cerca de la entrada. Parecía un salón, si bien no encontré la televisión por ningún sitio. Lo que había era un montón de sillones, todos diferentes entre sí, pero conseguían encajar perfectamente. Había ventanas en todas las paredes, eran grandes y muy altas, por lo que, de día, la estancia debía de ser muy luminosa.

—Pensaba que estaría aquí.

—Seguro que lo encontraremos en su despacho. —Hablaban como si yo no estuviera allí. Áurea tuvo el detalle de darse la vuelta y dirigirse a mí—. Vale, el jefe quiere verte, así que te acompañamos a tu habitación para que dejes tus cosas y nos vamos rápido para su despacho. Sobre todo, que no se te olvide llevar las pastillas.

Ni siquiera contesté. Subimos unas escaleras que conducían a la primera planta. Los seguí a través de un pasillo lleno de puertas, pero que estaba bien iluminado y era bastante bonito.

—Esta es la zona donde dormimos. Esas son la habitación de Eros y la mía, aquí está la de los gemelos y Tyr. Y esta es el tuya. —Fue señalando puertas a medida que iba hablando.

Me quedé frente a la que se suponía que era la de mi dormitorio, aunque dudaba mucho que fuera a dormir allí. En cuanto hablara con el que llamaban «jefe», me iría pitando a mi casa. Esa casa que no tenía ni idea de cómo iba a pagar. Aquel pensamiento fue como si me dieran un puñetazo en el estómago. Me costó un rato volver a respirar con normalidad.

—¿Tienes pensado abrir hoy?, porque tenemos prisa y te estamos esperando.

No hice ni caso al comentario de Eros, respiré hondo un par de veces con tranquilidad, agarré el pomo de la puerta y la abrí. Solo me faltó desencajar la mandíbula. La habitación era casi tan grande como todo el piso que compartía con mi madre. Más que un dormitorio era como un apartamento, pero sin cocina. Fui dando una vuelta y mirándolo todo con los ojos como platos.

—Impresiona, ¿verdad? Todas son más o menos iguales. La primera vez que vi la mía solo me faltó gritar de alegría.

—Habláis de mi dormitorio como si fuera a quedarme, pero yo voy a volver a mi piso. ¿Qué hago aquí?

—Todos decimos lo mismo al llegar.

—Eso mejor te lo contesta el jefe, así que vamos bajando; aunque no suele cabrearse, prefiero que siga siendo así.

Áurea se adelantó y yo la seguí. Eros me dejó pasar poniendo una mano en mi cintura, algo más abajo de lo que me hubiera gustado, pero lo que llamó mi atención fue la descarga de electricidad que sentí. Lo miré a la cara y él me guiñó un ojo. Quizá eran cosas mías.

Tuvimos que caminar bastante hasta llegar a la otra parte de la casa. Por fuera y a oscuras no la había visto bien, pero era enorme. La zona en la que estábamos en esos momentos parecía más un área de un hospital que una casa. Había salas como las que podrías encontrar en cualquier clínica. Leí carteles como «laboratorio» o «quirófano». Cada vez estaba más desconcertada.

Llegamos a una puerta mucho más grande que el resto y, por primera vez desde que lo vi, Eros se puso serio y tieso como un palo.

Llamó, y una voz potente contestó que pasáramos. Los seguí y me quedé parada en el umbral. Delante de mí había una biblioteca tan grande que no pude evitar compararla con la de la película de *La bella y la bestia*. Era espectacular. No conseguía apartar la vista de la cantidad de libros que había allí. Estaba concentrada mirando a mi alrededor y no me fijé en la persona que había sentada detrás de la mesa hasta que esta se dirigió a mí.

—Hola, Nix. Me alegro de volver a verte.

Tardé un momento en asociar al hombre alto, vestido con ropa moderna, que había frente a mí con el doctor con gafas que había visto en el hospital. Sin la bata de médico aún me pareció más joven y menos intimidatorio.

—Soy Diego. Como no querías hablar conmigo de ninguna manera no he encontrado otra forma de hacerlo que enviándote a Áurea y Eros. Lo siento, pero era primordial que mantuviéramos una conversación.

»Siéntate, Nix, por favor. Esto es importante y largo de explicar. Quiero que estés cómoda. Si lo prefieres, puedo decirles a Áurea y a Eros que se vayan a sus dormitorios.

—¡¡Nooo!! —Mi voz salió con cierto tono de pánico—. Prefiero que se queden.

—Eso me suponía. Chicos, ¿queréis quedaros?

—Sin problema. —Eros se sentó en la silla que había junto a mí. Áurea no contestó, pero no hizo amago de irse. Prefería que se quedara, estaría mucho más cómoda con ella allí.

—Áurea, puedes tomar asiento o quedarte de pie, como estés más cómoda.

—Gracias, Diego.

Áurea se sentó a mi otro lado y yo respiré aliviada. Me tocó la pierna, suponía que para infundirme valor. Al igual que me había pasado con Eros una corriente eléctrica recorrió mi cuerpo, pero Áurea ni siquiera me miró.

Los dos estaban concentrados mirando a Diego, que por lo visto era el jefe de aquel lugar.

Capítulo 8

Nix

Intenté relajarme, pero no lo conseguí. Así que, cuando Diego empezó a hablar, yo estaba cada vez más nerviosa y tensa, hasta tal punto que oí cómo crujían mis dientes de tanto apretarlos. Respiré profundamente pretendiendo serenarme, o por lo menos intentando aflojar un poco la mandíbula. No fui capaz.

—Procuraré ir en orden sin dejarme nada, y lo que es más importante: voy a intentar no entrar mucho en los temas científicos, sé que se te dan mejor las letras. —Cómo él sabía eso era algo que yo desconocía, pero no era momento de preguntar—. No llegaste a conocerla, pero tu abuela por parte de madre era una mujer con unos dones y una energía muy pura. —Como se pusiera a hablarme de brujería o cosas raras me daba media vuelta y me iba—. Tu madre no heredó eso, pero en cambio tú sí.

»Todavía no estamos seguros al cien por cien de cómo funciona, ya que no se manifiesta igual en todos vosotros. En algunos se salta una generación, en otros, dos; hay en los que no se salta ninguna, y después están los que no la desarrollan nunca. Llevamos siglos intentando averiguar su funcionamiento; sabemos que la genética tiene una carga muy importante, pero hay un montón de factores que se nos escapan. —No entendí ni una palabra de lo que me estaba diciendo—. Además de esta..., digamos, «energía», hemos encontrado otras cosas en ti realmente únicas.

—Tengo una enfermedad por la que me estoy medicando desde que era una niña, ya lo comenté el otro día. Quizá sea eso.

—En realidad no tiene nada que ver con tu enfermedad. Si me permites, voy a dar un salto en la explicación para pasar a hablar de lo que hacemos aquí. Al igual que a ti, a Eros y a Áurea los conocí en el hospital y poco después me puse en contacto con ellos. También tienen una alteración en el ADN que los hace bastante especiales.

—Entonces, ¿tienen lo mismo que yo? —Desconocía qué contestación iba a darme porque ni yo misma sabía lo que me sucedía. Hasta hacía unos momentos creía tener una enfermedad, pero por lo visto no se trataba solo de eso.

—No exactamente. Tú también tienes la misma alteración que ellos, pero, además, tus células y tu sangre tienen un componente único que no había visto jamás.

—Vale, entonces estamos aquí encerrados porque somos raritos y quieres investigarnos. —Oí cómo se le escapaba la risa a Eros. A mí todo aquello no me hacía ni puñetera gracia.

—Lo primero es que no os halláis retenidos. En cuanto escuches lo que tengo que explicarte serás libre de irte, igual que lo son ellos. Y no estáis aquí «encerrados» —remarcó las comillas

con sus manos— para que experimente con vosotros. En realidad, contigo no tendría ni idea de por dónde empezar. No sabré de lo que eres capaz hasta que no te vea en acción. Estos «dones» que tenéis cambian muchísimo si vuestro estado de ánimo se descontrola. Quiero decir que me encantará ver de lo que eres capaz cuando estés enfadada, por ejemplo. —Estupendo, resultaba que tenía que estar cabreada—. Pero ya llegaremos a eso. Ahora quiero que abras tu mente para lo que voy a explicarte, porque seguramente todo te parezca de lo más raro.

—De lo más raro, dice; pensarás que estamos como putas cabras.

—Gracias, Eros, muy amable.

La contestación sonaba como si lo estuviera regañando; sin embargo, pude ver una sonrisa en los labios de Diego, aunque desapareció rápidamente.

—Perdón. —Eros no parecía sentirlo en absoluto.

—Bueno, a lo que iba. Nosotros somos El Círculo. En esta casa estáis vosotros, que formáis un equipo, y hay otro equipo formado por Nótt, Vali y Tyr. Tenemos dos casas más como esta en Barcelona, con otros dos equipos en cada una de ellas.

—¿Qué quiere decir eso de equipos?

—Ahora mismo te lo explico. Estos equipos son los encargados de mantener el «orden» —arrugó un poco la expresión ante la última palabra—, sobre todo, durante las noches. Que es el momento del día en que actúan con mayor impunidad.

Se quedó callado como esperando que hiciera otra pregunta. Tanto Áurea como Eros me miraban expectantes. Supe lo que tenía que decir al momento.

—Cuando hablas de «poner orden», ¿a qué te refieres exactamente? No estarás hablando de vampiros, ¿verdad? —Como me contestara que sí, me levantaba y me iba en ese mismo momento.

—Madre mía, qué poco originales sois, Áurea hizo exactamente la misma pregunta. Esto no es *Crepúsculo*, ¡joder! —Eros parecía molesto. No le hice ni caso.

—Te voy a contestar exactamente igual que hice con Áurea. No, no existen los vampiros (por lo menos que nosotros sepamos), pero los lùth, que son con los que intentamos mantener la balanza equilibrada, se parecen bastante. —Se me debió de quedar cara de tonta, porque Diego siguió hablando rápidamente—. No te asustes, no beben sangre ni están muertos. Son personas como tú y como yo que viven una vida más o menos normal, pero absorben la energía de otras personas para mantenerse fuertes. Esto sí que tendría alguna semejanza con lo de los vampiros, pero, salvo por ese detalle, no hay más parecido. Por cierto, antes de que me lo preguntes, te aclaro que la palabra «lùth» proviene del gaélico escocés y significa «energía».

—Vale, a ver si lo entiendo. Nosotros patrullamos las calles para que esta gente no quite la energía a otra. ¿Los matamos o algo así?

—No, aquí nadie mata a nadie. Simplemente intentamos que no dejen a sus víctimas inconscientes y, si la cosa se pone fea, los llevamos ante Ameles, que es la mano derecha de su

reina, Perséfone. Y esta es la encargada de imponer un castigo, aunque, a mi parecer, es demasiado permisiva en la mayoría de los casos.

—Cuando dices que la cosa se pone fea, ¿hablamos ya de muertos?

—Sí, hay veces que se les va la mano y absorben toda la energía de la otra persona, causándole la muerte.

Me tuve que poner de pie. ¡Qué coño era eso! Seres que chupaban la energía, reinas que reclamaban venganza, muertos... Aquella gente estaba fatal.

Mientras daba vueltas por la habitación una pregunta obvia llegó hasta mi mente.

—Pero, entonces, si esta gente chupa la energía de otras personas, también nos podrían matar a nosotros...

—«Chupar energía» no es un concepto que yo haya utilizado, pero vale. Aquí es donde entra vuestra modificación de ADN. Vuestro ADN es parecido al de estos seres, pero los cambios son significativos. Mientras que los lùth necesitan absorber energía para mantenerse fuertes, ya que si no lo hacen se debilitan rápidamente, vosotros sois capaces de acercaros a ellos sin que os afecte tanto como a otros. Podéis aguantar durante más tiempo esa absorción de energía de lo que pueden hacerlo el resto de las personas. Aunque las casas preferimos que salgáis en grupo, ya que normalmente los lùth salen a cazar solos, porque si dos o tres de ellos os pillaran a uno de vosotros solo, no estamos seguros de que no os pudieran dejar noqueados.

—¿Cómo que no estáis seguros?

—Hemos convivido en paz durante mucho tiempo, lo único que hacemos es mantener el equilibrio. Exceptuando algún caso aislado, no hemos tenido mayores problemas.

—Me parece mentira que puedan matar a alguien así.

—Bueno, la energía forma parte de nosotros. No podemos quedarnos sin nada. Piensa en un móvil; si se queda sin batería, se apaga. La mayoría de las veces ocurre eso, dejan a su víctima inconsciente y no pasa de ahí. La persona se levanta sin recordar nada, creyendo simplemente que ha sufrido un desmayo. Pero cuando los lùth no controlan la energía que absorben son capaces de hacerlo hasta matar a su víctima.

Me quedé en silencio, pensando en lo que Diego decía. Entonces fue Áurea la que habló:

—No suele pasar, porque rara vez una madre deja solo a su bebé, pero la energía de los niños pequeños es la que más atrae a los lùth. Ellos tienen muchísima más que una persona adulta y, además, es mucho más pura. Cuando un bebé fallece por muerte súbita, estamos casi seguros de que un lùth ha estado detrás.

—¡Joder! De muerte súbita fallecen un montón de bebés...

—Así es. Nos ha costado mucho tiempo asociar esas muertes con los lùth, pero finalmente sabemos que los causantes son ellos. Por lo que puedes deducir que no siempre son tan inofensivos. Aunque quiero pensar que son solo unos pocos los que han causado estas muertes a lo largo de los años y que el resto sigue comportándose con normalidad. Y eso es exactamente lo que

nos preocupa en estos momentos: encontrar a los que se les está yendo la mano y llevarlos frente a su reina para que esta tome medidas lo antes posible.

—¿Os hacéis una idea de cómo suena todo? Necesito salir de aquí. Me voy a casa, esto es demasiado para mí. —Estaba empezando a hiperventilar.

—Es tarde y no te recomiendo salir sola, seguramente algún lùth te habrá visto entrar y sabrá que ahora perteneces a El Círculo. Normalmente lo último que hacen es atacar a uno de los nuestros, pero tal y como están las cosas preferiría que te quedaras, por lo menos, a pasar la noche. Seguro que mañana tienes un montón de preguntas más. Y si cuando te levantes sigues queriendo marcharte, mi chófer te acompañará a tu casa. Pero antes tienes que prometerme una cosa. —Pensaba que no sería capaz, pero me tensé aún más.

—No pienso prometer nada con lo que no esté de acuerdo.

—No es eso. El Círculo lleva siglos existiendo. En todos estos años se ha mantenido en el más absoluto de los secretos. Necesitamos que siga siendo así. Nunca le hemos revelado nada a nadie que no forme parte de él. Si te vas y decides no unirme a nosotros, quiero que me prometas que no hablarás de esto con ninguna persona, por muy próxima a ti que sea. —Me había imaginado algo totalmente diferente. Eso era fácil de prometer.

—De acuerdo.

—Necesito que me lo prometas.

—Lo prometo.

—¿Qué prometes? —Parecía que se estaba cachondeando de mí, pero Diego permanecía totalmente serio.

—Prometo que no diré nada de lo que pasa aquí.

—Gracias. Buenas noches, Nix. —Diego sonrió.

Me di media vuelta y ni siquiera contesté. Salí de la sala lo más rápido que pude. No me planteé ni por un segundo volver a mi casa, esa noche no. Después de todo lo que había dicho Diego, estaba casi segura de que sería incapaz de dormir sola en una casa vacía, por lo que me dirigí a la que habían dicho que era mi habitación. Esperaba poder encontrarla.

Después de dar varias vueltas al final lo conseguí. Nada más cerrar la puerta me dirigí a la cama. Me tumbé e intenté digerir todo lo que me había pasado y me habían explicado durante las últimas horas. Me hizo gracia cuando recordé la insistencia de Diego en mantener todo aquello en secreto y en que nadie se enterara de la existencia de El Círculo y, mucho menos, de los lùth. Como si fueran a creerme. Como si pudiera acercarme a alguien y decirle: «Mira, oye, que hay personas que absorben la energía de otras hasta matarlas». La gente me tomaría por loca, en el mejor de los casos.

No habría sido necesario hacer ninguna promesa, jamás le hubiera comentado nada de eso a nadie. Ni siquiera a mi madre, si aún estuviera viva. Ella era una mujer de ciencias y jamás creería algo tan extraño y rebuscado.

Pensé en ella con algo de remordimiento, con todo lo que me había pasado durante ese día ni siquiera había tenido un momento para recordarla. Esperaba que pronto las cosas volvieran a la normalidad.

Capítulo 9

Nix

Estuve un buen rato dando vueltas en la cama. Aunque me sentía agotada, no podía dormir, así que acabé por levantarme. Me paseé por la habitación sin saber bien qué hacer. En ese momento me arrepentí de no haber metido un par de libros en mi maleta, me habrían sido muy útiles para desconectar.

Me senté en un sillón que estaba en un rincón del cuarto y que parecía cómodo. Cuando no llevaba ni dos minutos en él, los ojos empezaron a escocerme. Me percaté de que no me había quitado el maquillaje, por lo que salté del sillón, emocionada por tener algo que hacer, y me dirigí al baño.

Si al entrar en la habitación me había quedado sorprendida, el cuarto de baño me dejó sin habla. Tenía de todo: plato de ducha con grifo en cascada, una bañera enorme donde cabían perfectamente dos personas..., y lo mejor era que estaba completamente equipado con pijadas de lo más variado; había geles de baño con diferentes olores, cremas hidratantes de cuerpo y rostro, bombas para la bañera, cremas exfoliantes...

No le faltaba nada, me quedé un rato abriendo armarios y mirando cosas. Cuando ya no me quedó nada por curiosar, me lavé los dientes, quité la pintura de mi cara y salí.

Volví a meterme en la cama. A ver si esa vez tenía más suerte y conseguía dormirme. No habían pasado ni cinco segundos desde que apagué la luz cuando oí que alguien llamaba suavemente a mi puerta. Mientras me acercaba a abrir no pude dejar de pensar que el pijama que había elegido no era demasiado apropiado para recibir visitas. El pantalón era muy corto y la camiseta muy pequeña. Volví al baño, al recordar que me había parecido ver un albornoz colgado detrás de la puerta. Lo cogí y me lo puse.

Al abrir, me encontré a Eros con una mano apoyada en el quicio y una sonrisa torcida en sus labios.

—Pensé que te vendría bien algo de compañía.

—Pues deja de pensar. —Me quedé mirándolo y esperando a que se cansara y se fuera.

—No me dejes en la puerta, que como me vean aquí el resto de los tíos mañana no habrá quien los aguante.

Lo agarré de la camiseta y lo metí en la habitación. Lo último que quería en esos momentos era ser el foco de los cotilleos.

Eros parecía estar en su casa. Observó mi habitación y se sentó en el sillón que poco antes había ocupado yo.

—¿Cómo te encuentras? Sé que esto es muy abrumador, pero date tiempo, no intentes digerirlo todo hoy. —Tenía razón, lo que había vivido durante la última semana era sumamente angustiante.

—Mi madre murió hace unos días y ahora me explican un cuento que no hay por dónde cogerlo. No entiendo nada, tengo la cabeza a punto de explotar y cuanto más lo pienso más preguntas me surgen. —Cogí aire porque había dicho todo aquello de carrerilla—. Por lo único que me he quedado a pasar la noche aquí es porque no quería volver a mi piso y estar sola. —¿Pero qué leches hacía explicándole todo esto a Eros, si apenas lo conocía?

—Pero no estás sola, ya no.

Eros se levantó del sillón, se acercó hasta donde yo estaba y me rodeó con sus brazos. Fue tan reconfortante sentir ese abrazo que desistí de pensar lo que estaba haciendo. Hacía mucho tiempo que nadie me abrazaba, así que decidí no cuestionar nada y simplemente dejarme llevar.

Apoyé mi cara en su pecho y me calmó escuchar los latidos de su corazón, aunque a medida que nuestros cuerpos se juntaban sus pulsaciones se iban acelerando y yo fui dejando de estar tan calmada.

Levanté la cabeza para mirarlo, Eros besó mi frente y fue bajando por mi cara. Casi me había acostumbrado a esa especie de descarga eléctrica que parecía fluir entre los dos. Cerré los ojos.

Cuando sus labios se posaron en los míos, empecé a besarlo, despacio al principio y con desesperación después. No entendía bien por qué me comportaba así. Casi no conocía a ese tío, pero me estaba poniendo cardíaca con un simple beso. La verdad es que besaba de maravilla; sin embargo, mi reacción me parecía algo desproporcionada.

Eros me desató el albornoz y metió su mano por debajo de la camiseta de mi pijama. Al tocar mi pezón solté un jadeo que fui incapaz de reprimir. De la boca de él salió una especie de gruñido.

El beso fue volviéndose cada vez más apasionado, fuimos caminando despacio y sin separarnos hasta donde estaba mi cama. Casi lo habíamos conseguido cuando unos golpes en la puerta nos sobresaltaron e hicieron que nos separáramos de golpe. Antes de que pudiera contestar, Áurea había entrado.

Su mirada pasó de uno a otro durante más tiempo del necesario; yo me habría disculpado y cerrado la puerta, sin embargo, ella continuó allí, de pie, mirándonos. Me incomodó tanto su escrutinio que me coloqué bien el albornoz, aunque era evidente que no serviría de mucho, ya que mis mejillas estaban ardiendo y mis labios seguramente hinchados, al igual que los de Eros.

Pude notar cómo Áurea se tensaba mientras nos miraba y sus ojos pasaron del asombro a la rabia en cuestión de segundos. No dijo nada, simplemente dio media vuelta y cerró la puerta con un golpe seco. Me giré hacia Eros, que se rascaba la cabeza y me miraba algo avergonzado.

—Será mejor que te vayas. Ha sido un día lleno de... umm... emociones. Necesito descansar. —Lo acompañé a la puerta a medida que hablaba. La intrusión de Áurea había hecho que mi libido bajara a los pies.

—Si me quedo, puedo asegurarte que después descansarás mucho mejor. —Me guiñó un ojo y yo casi resoplé.

—Hasta mañana, Eros. —Le cerré la puerta en las narices.

Me tumbé en la cama e intenté dormir por segunda vez esa noche. Empecé a repasar todo lo que me había sucedido durante ese día. No sabía si me quedaría o si regresaría a mi casa al despertarme, pero no me apetecía pensarlo en esos momentos.

Era curioso que, después de todo lo vivido a lo largo del día, lo único que aparecía en mi mente una y otra vez era la cara de Áurea cuando entró en la habitación y nos vio a Eros y a mí.

Lo último que me apetecía era estar mal con alguien, y mucho menos con la única chica que había en toda la casa, pero no entendí por qué se había puesto así. En fin, en esos momentos no podía hacer nada.

Procedía así habitualmente: si no podía resolver algo o me agobiaba mucho pensarlo, lo dejaba para otro instante en el que pudiera ponerle solución. No servía de nada dar vueltas a las cosas si eso no me llevaba a ningún sitio. Tampoco entendía qué me había pasado para besar a Eros con tanta intensidad; suponía que había sido un cúmulo de emociones y, sobre todo, ese sentimiento de soledad que parecía acompañarme desde siempre.

Aunque, pensándolo bien, a Eros se le daba estupendamente lo de besar. ¿Se le daría todo igual de bien?

Capítulo 10

Nix

Esa mañana me desperté igual que si tuviera resaca. Me sentía extraña y no entendía qué me pasaba. Decidí darme una ducha para ver si me espabilaba un poco.

Cuando terminé, me habría vuelto a meter en la cama. No era cansancio exactamente lo que sentía, pero no estaba al cien por cien. En lugar de acostarme, me dirigí al armario y saqué la única muda que había allí. Una vez vestida, pensé que tendría que volver a casa de mi madre o salir a comprarme algo de ropa con premura, solo había cogido un par de cosas y necesitaría algo más. Aunque, si había pensado marcharme, tampoco tenía mucho sentido, ¿no?

Una vez lista, me senté en uno de los sillones sin saber qué hacer. No me habían enseñado la casa, por lo que no tenía ni la más remota idea de dónde estaba la cocina. En esos momentos, como siempre al despertarme, un solo pensamiento invadía mi mente: necesitaba un café con urgencia.

Allí sentada y sin nada mejor que hacer, empecé a darle vueltas al tema que más me preocupaba. En esos momentos no me entusiasmaba especialmente la idea de volver a mi casa. No había nadie esperándome y ni siquiera tenía trabajo, me habrían despedido de la tienda, tenía varias llamadas de ellos que ni siquiera había contestado y llevaba un par de días sin ir.

Volver a mi piso y pasar el día encerrada en casa no era algo que me entusiasmara, así que decidí posponerlo un poco. Tampoco pasaba nada por quedarme un par de días allí. Mi habitación era mejor que la de cualquier hotel de cinco estrellas y durante el resto del tiempo estaría acompañada.

Llamaron a la puerta y esta vez esperaron a que respondiera.

—Adelante.

—Hola, Nix. He pensado que querrías que alguien te enseñara dónde está la cocina.

No había ni rastro del enfado con el que pareció irse pocas horas antes de mi habitación, su cara se mostraba relajada, incluso amigable, pero no soy una persona a la que le guste omitir las cosas sin hablarlas. Así que decidí aclarar lo que pasó la noche anterior.

—Hola, Áurea. No nos conocemos mucho, pero ayer, cuando entraste en mi habitación y me viste con Eros, parecías enfadada. Lo único que quiero es que, si algo te incomoda, me lo digas. No me gustaría que nos lleváramos mal.

—No es nada, ayer no tuve un buen día, solo eso. —No la creí, pero si no quería contármelo estaba en todo su derecho—. ¿Vamos a desayunar?

—Me muero de hambre, pero no tengo ni idea de dónde está la cocina.

—Los primeros días es un poco difícil orientarse, esta casa es enorme, pero ya te acostumbrarás poco a poco.

No sabía si quería acostumbrarme o no, estaba hecha un lío, así que decidí no continuar pensando en ello.

Seguí a Áurea por lo que me pareció un pasillo larguísimo. Tuvimos que bajar unas escaleras y finalmente llegamos a una puerta a través de la cual se oía bastante jaleo. No tenía claro si sería capaz de volver a encontrar la cocina yo sola. Ni siquiera estaba segura de cómo volver a mi dormitorio.

Cuando Áurea abrió la puerta, el bullicio que minutos antes invadía la cocina cesó de repente.

Me fijé en los cuatro hombres que había sentados a la mesa redonda que estaba justo en el centro de la estancia. A Eros ya lo conocía, pero no pareció muy contento de verme; era extraño, pero quizá se molestó porque la noche anterior lo echara de mi habitación. En fin..., dos problemas tenía.

—Hola, chicos, os presento a Nix. Nix, ellos son los gemelos, Nótt y Vali. Este de aquí es Tyr, y a Eros ya lo conoces. —Áurea arrugó los labios en cuanto pronunció el nombre de Eros.

—Con razón Eros estaba de mal humor esta mañana. Ahora entiendo que no quisiera compartirla. Eres preciosa, Nix, si permites que te lo diga.

—Ya lo has dicho. —Me encogí de hombros—. Y yo decido con quién «me comparto» y con quién no. —Oí un silbido proveniente del que creí que era Tyr.

—Y tiene carácter, me encanta.

—Me alegro, pero tampoco es mi intención gustaros, no me quedará mucho tiempo por aquí.

En cuanto me acerqué a la mesa todos se retiraron para hacerme un sitio a su lado. Vi cómo Áurea ponía los ojos en blanco.

Me senté entre Eros y Tyr. Observé a las personas que estaban sentadas alrededor de la mesa; lo que más llamó mi atención fue el abanico de colores que había en ella, incrementado cuando Áurea se acercó.

Eros era rubio con ojos claros. Aunque no me entusiasman los rubios, tenía que reconocer que era sumamente atractivo. Supuse, por descarte, que Nótt y Vali eran los gemelos, aunque no tenía claro quién era quién. Áurea había hecho las presentaciones tan rápido que había sido incapaz de asociar los nombres con las caras.

El que yo creía que respondía al nombre de Nótt era moreno con ojos claros, y Vali castaño con ojos oscuros. No se parecían en nada. Pero la piel de Tyr era del color del café con leche, así que descarté que fuera gemelo de nadie; sus ojos eran muy claros, lo que le daba un aire exótico y sumamente sexi.

Áurea era pelirroja con ojos marrones y yo tenía el pelo oscuro y los ojos de un color bastante extraño, su tonalidad era de un verde tan claro que había veces que la gente se quedaba embobada mirándolos. Alrededor de esa mesa había un amplio abanico de tonos, colores y matices.

—Ya te han explicado todo el rollo por el que estás aquí, ¿verdad? —Era Tyr el que hablaba. Lo miré y me fijé en que una preciosa sonrisa acompañaba sus palabras. Me quedé momentáneamente deslumbrada.

—Sí, ayer por la noche.

—Pues te veo bastante bien, yo tuve que irme durante una semana para poder asimilarlo todo.

—No te creas, aún lo estoy digiriendo.

—Yo aún no lo he hecho. —Me guiñó un ojo. Y pensé dos cosas: la primera, que me cayó bien al momento. Y la segunda, que era un tío realmente guapo.

—Y, dime, Nix, ¿tienes pareja? —Me giré hacia Nótt para contestarle. No era una pregunta que viniera a cuento y, en un principio, pensé en no responder, pero tampoco quería ser demasiado borde.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —Eros respondió por mí.

—Vaya, Eros, te veo muy a la defensiva. Te crees que porque la has visto tú primero vamos a dejarte vía libre. —La cara de Eros enrojeció de rabia, pero no dijo nada.

—Vamos, chicos, vais a asustar a Nix. Parecéis un puñado de adolescentes con las hormonas revolucionadas.

—¿Sabes lo difícil que es ligar estando aquí y teniendo que trabajar todas las putas noches? —Tyr se había puesto serio de golpe.

—Algo sé. —Con esa respuesta el rostro de Áurea también se ensombreció.

—Nix, aún no has contestado a mi pregunta.

Todos en la mesa se callaron. No estaba acostumbrada a despertar tanto interés. Que conste que nunca he tenido problemas con los tíos, aunque no he mantenido una relación seria con ninguno; solo algunos ligues esporádicos, de no más de tres meses, y algún rollo de una noche, con el que no acabé de sentirme cómoda.

Pero allí todos los hombres que había en la mesa estaban pendientes de mi contestación. Fue una mezcla de vergüenza y ego elevado a las nubes.

Parecía que era un tema que les preocupaba. Estar encerrados allí no es que facilitara mucho la relación con el resto del mundo, así que en cierto modo los entendí.

—No, no tengo pareja. Apenas llevo un mes viviendo aquí.

—Tiempo más que suficiente. —Tyr me sacó la lengua y yo le sonreí.

—Bueno, si te quedas, vas a pasar mucho tiempo con nosotros.

—Sí, es un planazo, te lo aseguro. —Sonreí a Áurea—. Aunque, ahora que somos dos, también podemos salir juntas a ligar por ahí.

—Pero ¿qué necesidad tenéis de salir, si aquí nos tenéis a nosotros? —Nótt parecía indignado.

—Eh, conmigo no cuentas, que yo ya tengo pareja y no he abierto la boca. —Por fin oí hablar a Vali.

—¿Te he dicho alguna vez que me encanta que seas gay? Menos competencia.

Se me plantó una sonrisa en la cara mientras miraba cómo hablaban unos y otros. Parecía que tenían confianza y que se llevaban bien. Ya no estaba tan segura de querer volver a mi casa. Sola.

Me di cuenta de que Áurea me estaba hablando, me giré hacia ella para prestarle atención.

—Cuando Vali no tenía pareja salíamos de vez en cuando los dos juntos, pero ahora está locamente enamorado, aunque aún no tenga el placer de conocer a su Romeo. —Áurea le hizo un guiño a Vali y este le correspondió tirándole un beso—. Así que es un placer tenerte aquí. —No pude evitar pensar que la noche anterior, cuando me vio con Eros, no pensó lo mismo.

—Aunque tenga pareja puedo salir igual, ¿no?

—Claro que sí, pero ya no es tan divertido. —Áurea y Vali se miraron con complicidad. Me gustaría tener algún día ese tipo unión con alguien.

Con el trabajo de mi madre nos mudábamos tan a menudo que no me daba tiempo de hacer amigos. En Pamplona fue donde más tiempo estuvimos, pero sentí miedo a encariñarme con alguien para después tener que irme, que fue exactamente lo que pasó.

La puerta de la cocina se abrió y por ella apareció Diego, haciendo que la conversación y las risas se pararan en seco.

—Todos a mi despacho en cinco minutos.

Nadie dijo nada. Recogimos la cocina en silencio y en tres minutos todos íbamos hacia donde Diego nos había citado.

Capítulo 11

Nix

El despacho de Diego a la luz del día era aún más espectacular de lo que recordaba. Parecía incluso que había más libros que la noche anterior. Miré a mi alrededor completamente extasiada. Me encantaría pasar un día entero encerrada en él.

Cuando salí de mi ensoñación, eché un vistazo a mis compañeros; nadie se había sentado, excepto Diego. Me mantuve de pie, junto al resto, por no dar la nota.

—Hola a todos, podéis sentaros. —Esto era algo que no acababa de entender. Diego no se comportaba como un jefe autoritario, ¿por qué teníamos que esperar a que nos diera su permiso para sentarnos? En fin, por lo visto, seguía sin entender muchas cosas—. Bueno, chicos, quería hablar con vosotros de que no saldréis las próximas dos noches. —Se oyó un murmullo de desaprobación—. He hablado con las otras dos casas y ellos harán más horas para cubrir nuestro trabajo.

»Durante estos dos días me gustaría que enseñarais a Nix todo lo que sabéis, y quiero que contestéis a cualquiera de sus preguntas. Estoy seguro de que ella se sentirá más cómoda hablando con vosotros que conmigo. Aunque no tengo ningún problema en resolver las dudas que tengas, siempre que quieras. —Cuando dirigió su mirada hacia mí, en sus ojos solo había calidez—. Nada más os doy dos días porque creo que la mejor manera de aprender es sobre el terreno, pero a partir de la tercera noche saldréis los dos grupos juntos. Aunque sé que lo tendréis todo controlado, prefiero que seáis más, por si surge alguna complicación. Así que, adelante, tenéis dos días para preparar a Nix.

—Das por hecho que voy a quedarme.

—¿Quieres irte?

—Me lo estoy pensando.

—Pues, mientras acabas de pensártelo, te toca aprender un montón de cosas. —Su sonrisa se ensanchó y no pude evitar devolvérsela.

El resto de los chicos empezaban a salir, por lo que me dispuse a seguirlos, hasta que Diego me llamó.

—Nix, ¿puedes quedarte un segundo? Me gustaría hablar contigo a solas un momento, si no te importa.

No me apetecía nada hablar con él, aunque tenía que reconocer que ya no sentía el rechazo que me provocó en un primer momento. Era una especie de profesor estricto, pero no parecía mala persona.

—Siéntate, por favor. —Al hacerlo me relajé ligeramente.

—Sé que esto es un tema delicado para ti, y siento mucho sacarlo, pero alguien debe informarte. —Carraspeó antes de continuar. Estaba incómodo con la conversación y se le notaba—. Como tu madre murió en un accidente de coche, cobrarás una importante suma de dinero del seguro, supongo que no tardarán mucho en ingresarla en tu cuenta. Nosotros nos encargaremos de todo, no te preocupes. —Me quedé pasmada, no había pensado ni por un momento en esa posibilidad—. Eso sin contar que ella era una científica con muy buena reputación y sus ingresos eran bastante elevados, por lo que todo el dinero que ella tenía en el banco pasará a ser tuyo. —No entendí cómo no había pensado en ello. Cómo podía haber considerado que no podría hacerme cargo de las deudas y de mí, cuando sabía que mi madre ganaba mucho dinero. Supuse que debía de ser el estado de *shock* en el que me encontraba—. De todas maneras, quiero que sepas que, si decides quedarte, El Círculo pagará todos los gastos que tengas. Si quieres estudiar algo, comida, alojamiento... e incluso cada uno de vosotros tenéis una tarjeta con una asignación mensual para ropa y otros gastos.

Sentí un profundo alivio. Me había estado preocupando por nada. El dinero y cómo hacerme cargo de los gastos me había quitado algunas horas de sueño. Ahora, decidiera lo que decidiese, ese no era un problema.

—Gracias. —Sentía curiosidad por algo que había dicho—. ¿De cuánto es la asignación mensual de la que hablamos?

—No hay por qué darlas. Una que te permitirá vivir sin ninguna limitación. —Sonaba muy bien.

—Tengo otra pregunta.

—No esperaba menos. Adelante.

—¿De dónde saca El Círculo el dinero para financiar todo esto?

—Tienes que entender que somos una sociedad que funciona desde hace siglos. Muchos de los nuestros, al morir, lo donan todo a El Círculo, y te aseguro que dentro de esta sociedad hay gente con mucho dinero.

—¿Por qué?

—Porque, en general, somos personas muy preparadas, que trabajan en cargos altos y con puestos muy bien remunerados.

—¿Me estás diciendo que tú donas tu sueldo a El Círculo?

—Podría decirse que todos lo hacemos. Yo no lo veo de esa manera, piensa que aquí hago investigaciones que no podría financiar ni llevar a cabo en ningún otro sitio. Además de vivir con pensión completa. —Su sonrisa se ensanchó—. Lo chicos nunca gastan todo el dinero de sus asignaciones, el que les sobra lo donan.

—¿Y no os jubiláis?

—Vosotros os retiráis antes, vuestra labor entraña mayor dificultad, pero los jefes de las casas solemos aguantar mucho más.

—Y cuando eso pasa, ¿os quedáis sin dinero?

—No, El Círculo se hace cargo de todo hasta nuestra muerte.

—¿Entiendes que lo que me cuentas suena como si esto fuera una secta?

—No eres la primera que me dice eso, pero con el paso del tiempo verás que se parece más a una pequeña sociedad, en la que todos aportamos nuestro granito de arena. Para mí lo más importante es que nos ayudamos unos a otros. Además, como ya habrás comprobado, aquí no nos falta de nada. —Diego se calló durante unos segundos; después, como si recordara algo, continuó hablando—: Quería comentar otra cosa contigo. Hemos analizado las pastillas que tomabas y no sabemos exactamente qué son ni para qué sirven. No habíamos visto nunca un medicamento así. Nos hará falta más tiempo para investigarlo en profundidad. Lo único que puedo asegurarte es que no las necesitas.

—Pero mi enfermedad..., hoy me he levantado algo rara y creo que se debe a que necesito tomar mis pastillas.

—Nix, no las necesitas. No tienes ninguna enfermedad, te lo aseguro.

Era todo tan extraño que no sabía bien lo que hacer, pero pensé que, si quería formar parte de El Círculo (aún no lo había decidido), tendría que confiar en ellos.

—Pues, si no tienes nada más que preguntar, puedes volver con los chicos y empezar.

—En realidad hay algo más que me gustaría saber. —Su sonrisa se ensanchó. Tenía que reconocer que la paciencia de Diego era infinita

—Pregunta lo que quieras.

—Comentaste que mi abuela era una persona con una energía muy pura. ¿Cómo sabes eso? Yo ni siquiera la conocí.

—Verás, Nix, tu abuela formó parte de El Círculo hasta que se quedó embarazada de tu madre. En ese momento decidió que lo único que le importaba era su hija.

—Pero ¿era como yo? Y cuando dices que formó parte de El Círculo, ¿a qué te refieres exactamente?

—Como entenderás, yo no estaba aquí cuando eso sucedió. —Sabía que intentaba bromear para destensar el ambiente—. Tu abuela era la directora de esta casa. Cuando ella se fue, la sustituyó Paqui, y cuando Paqui se trasladó a otra casa yo ocupé su lugar. Y no, no era como tú. Tu abuela era una mujer fuerte, con mucha energía, capaz de enfrentarse a los lùth y aguantar frente a ellos más que el resto, pero de momento no hemos encontrado a nadie como tú. Eres única en muchos aspectos. —Había tanta admiración en su voz que me sentí algo avergonzada, por lo que decidí cambiar de tema.

—Me da un poco de miedo estar aquí. No sé qué es exactamente lo que se espera de mí.

—Los chicos te guiarán. Tómatelo con calma y no sientas miedo. No tienes por qué estar asustada. En todo caso, de lo único que tengo que prevenirte es de que, aunque intentamos hacer los equipos lo más equilibrados que podemos, algunas veces no es posible. De manera que, si bien esto forma parte de tu vida privada, me veo en la obligación de advertirte que como ya habrás podido notar hay demasiada testosterona en esta casa. —Por primera vez desde que llegué, una sonrisa que llegó a sus ojos iluminó el rostro de Diego. Era mucho más atractivo cuando sonreía—. Por cierto, Nix, bienvenida al equipo.

—Aún no sé si voy a quedarme.

—Yo creo que sí lo sabes. Si quisieras irte, ya lo habrías hecho.

Cerré la puerta pensando en la última frase de Diego. Tenía razón. Por el momento, pensaba quedarme.

Capítulo 12

Nix

En cuanto cerré la puerta del despacho de Diego vi a Eros apoyado en la pared, esperándome. Una ávida sonrisa iluminó su rostro en cuanto me miró.

—He pensado que sería mejor que te acompañara a la sala. No creo que tengas idea de dónde está. Tardarás unos días en situarte.

—Gracias.

—Lo mío me ha costado. Tyr y Nótt también se empeñaron en guiarte y nos lo hemos tenido que jugar.

—¿A piedra, papel o tijera? —ironicé.

—No exactamente. —En su voz había un deje de misterio y un poco de vergüenza. Preferí no hacer más preguntas sobre el tema.

—Eros...

—Dime. —Su voz apenas fue un susurro. De pronto la conversación se había convertido en algo íntimo.

—No creo que liarnos sea una buena idea.

—¿Por qué? —Ahora su voz pasó a ser seca, casi fría.

—Vamos a pasar muchas horas juntos, si nos peleamos o yo no quiero lo mismo que tú, la cosa no irá bien. Y también he de decirte que en estos momentos no quiero nada serio con nadie.

—Ay, Nix, piensas demasiado. Yo no he hablado de tener una relación, pero siento mucha atracción por ti, así que ya veremos, vamos poco a poco. Por un momento he pensado que preferías a Nótt o a Tyr. —Parecía aliviado.

—Tyr no está nada mal. —Era verdad. Tyr era uno de los hombres más atractivos que había visto en mi vida.

—¡¡Mierda!! Lo sabía. Bueno, un poco de competencia no está mal. Puede ser incluso divertido.

En fin... Decidí no comentar nada más, parecía que se aburrían demasiado allí y yo era una especie de diversión para todos. ¡Qué bien! Había llegado el bufón a la corte.

Nos paramos delante de una puerta enorme. Eros se giró hacia mí y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Había una mezcla de diversión y frustración en su cara.

—Procura no ponerte nerviosa e intenta disfrutar de todo lo que aprendas. Aunque ahora no lo veas, es divertido. —Parecía que para Eros todo era divertido.

Acercó su boca a la mía mucho más despacio de lo que me hubiera gustado; cuando casi había tocado mis labios la puerta se abrió de golpe, haciendo que nos sobresaltáramos.

—Venga, don Juan, entra. Esto no es jugar limpio, ella está en tu equipo, pasaréis mucho tiempo juntos y eso te da una considerable ventaja.

—Jódete, Tyr. —Acompañó la expresión con una peineta y una sonrisa de lo más falsa.

Entré en lo que parecía un gimnasio y el alma se me cayó a los pies. No se me daba mal el deporte, pero no me gustaba nada practicarlos. De hecho, conseguí no hacerlo durante toda la escolarización, ya que mi madre me firmó un papel conforme el cual no podía realizar ningún tipo de esfuerzo físico debido a mi enfermedad. No lo entendí, porque yo me encontraba bien, pero me pareció tan fantástico que no se lo rebatí nunca.

Pero en ese momento no estaba mi madre y no había papel, así que no me quedaba otra alternativa que enfrentarme a aquello.

—Vale, vamos a empezar por algo suave: nos dividimos por equipos y luchamos cuerpo a cuerpo.

—¿Perdona?! —¿Había dicho «luchar»?

—Y una mierda, ¿por qué tenemos que dividirnos por equipos?

Nadie pareció hacerle caso a Eros; bueno, ni a él ni a mí. Tyr fue rápido y se situó frente a mí. Entonces entendí a qué se refería Eros. Cuando decían cuerpo a cuerpo, hablaban en serio.

La quinta vez que acabé en el suelo con Tyr encima de mí, mi paciencia empezó a esfumarse. No entendía para qué querían que lucháramos así, pero estaba segura de que al día siguiente tendría un montón de cardenales, y eso ya no me hacía ninguna gracia.

—Tyr, ¿no puedes ir con un poco más de cuidado? —La voz de Eros sonó gélida. Tyr no se había quitado aún de encima y Eros lo ayudó a levantarse de muy malas maneras.

—Tiene que aprender, y siendo delicado es imposible. Yo puedo hacerlo suave —alargó en exceso esa palabra— en otros sitios, aunque tampoco siempre. —Me guiñó un ojo—. Pero aquí no me vale la delicadeza.

Entendí a la perfección en qué situación podía ser suave y, aunque no me pasaba habitualmente, un leve rubor cubrió mi rostro.

Continuamos haciendo lo que fuera que estuviéramos haciendo allí durante un rato más. Miré a mi alrededor. Vali luchaba contra Áurea y Nótt lo hacía contra Eros. La única diferencia era que ellos estaban todo el tiempo de pie y yo había caído infinidad de veces.

Hubo un momento en el que estuve a punto de irme de allí, no comprendía para qué servía aquello y empezaba a dolerme todo el cuerpo. Si no hubiera sido porque Tyr era bruto, pero agradable conmigo, ya estaría en mi habitación. Bueno, ese era un motivo; el otro, que no sabía cómo llegar hasta mi cuarto.

Volvía a tener a Tyr encima, me miraba con cierta curiosidad mientras arqueaba una de sus cejas. Tuve que contenerme para no tocarlo.

—Vamos, preciosa, tienes que esforzarte un poco más o esto no servirá de nada.

—Pero ¿es que esto sirve para algo? No consigo entender para qué. —Tyr acercó su boca a mi oído, el susurro de su voz y sus labios rozándome el cuello hicieron que mi piel se erizara.

—Tienes que estar en forma para salir ahí fuera, aunque si quieres podemos entrenar en otro sitio. —Su aliento sobre mi piel consiguió que un calor de lo más agradable recorriera mi cuerpo.

No acababa de saber cuál era la razón, pero los comentarios de Tyr, la manera que tenía de hablar, conseguían sacarme una sonrisa, siempre.

Nos quedamos unos instantes mirándonos; de pronto noté que el peso de Tyr sobre mi cuerpo se aligeraba y antes de poder reaccionar ya no lo tenía encima. Eros volvió a levantarlo sin ninguna sutileza.

—¿Puedes dedicarte a lo tuyo y dejarme entrenar en paz?

—¿A eso lo llamas tú entrenar? Pasas más tiempo encima de ella que ejercitándote.

—Es que encima de Nix se está muy bien. —Tyr hablaba con una cadencia y una voz tan sexi que consiguió divertirme y excitarme a parte iguales.

Empezaron a discutir; al principio los dos sonreían, pero luego iniciaron una pelea en toda regla. Me quedé donde estaba. No me gustaban los enfrentamientos, es más, ni siquiera me gustaban las discusiones, las evitaba siempre que podía.

Ver a Eros y a Tyr llegar a las manos consiguió enfurecerme de verdad y pasó algo que jamás había sentido. Fue una especie de calor que empezó a subirme por la planta de los pies. Noté cómo ese ardor se mezclaba con una especie de electricidad que fue ascendiendo por mi cuerpo y me asusté. Pero por mucho que lo intenté fui incapaz de hacer que parara.

Cuando, finalmente, aquel calor llegó a mis manos, no había ni una sola parte de mi organismo que no sintiera esa extraña sensación. Y en el momento en que pensé que estallaría, todo se volvió azul.

Lo siguiente que recuerdo es que, al abrir los ojos, todos mis compañeros estaban tirados en el suelo.

Capítulo 13

Nix

Por un momento me asusté bastante. ¿Qué había pasado? ¿Había sido yo? ¿Por qué de pronto todo se volvió azul? ¿Y por qué nadie se movía?

La primera en abrir los ojos fue Áurea, y, aunque pensé que no podría desplazarme, fui corriendo hacia ella.

—Áurea, ¿estás bien?

—Sí, creo que sí. —Empezó a incorporarse con dificultad. Estaba aturdida.

Inmediatamente después todos empezaron a levantarse, respiré más tranquila. Daba la sensación de que estaban doloridos, pero parecía que se encontraban bien.

—¿Qué leches ha sido eso? —Tyr se tocaba la parte de atrás de la cabeza como si le doliera. Seguramente era así, ya que habría caído y parado el golpe con ella.

—Nix, recuérdame que no te haga enfadar nunca.

No comprendía nada y me puse nerviosa. Ya era todo demasiado complicado como para que se enredara más.

Empecé a notarme cansada y, antes de que nadie volviera a hablar, salí corriendo hacia mi habitación. Me sorprendí al encontrarla a la primera.

Me tumbé en la cama. Intenté analizar lo que me había pasado, cómo me había sentido y qué era esa especie de luz azul.

Cuando un mal pensamiento pasó por mi mente intenté no retenerlo demasiado. Había sentido auténtico pánico al ver a todos mis compañeros tirados en el suelo, pero estaban bien y no valía la pena darle más vueltas a eso. Volví a centrarme en la luz azul. No pasó demasiado tiempo hasta que unos golpes sonaron en mi puerta.

—Hola, preciosa, solo quería saber cómo estabas. —La cabeza de Tyr asomó por la puerta. Lo invité a entrar.

—He estado mejor.

—Me imagino.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes hacerme las que quieras. —Tyr estaba coqueteando, pero yo no tenía humor para eso.

—¿Por qué Eros y tú llegasteis a las manos?

—Nix, estábamos en la sala practicando lucha, eso es lo que hacemos habitualmente allí.

—¿Me estás diciendo que era en broma?

—Hombre, en broma, no, pero no nos estábamos peleando. Aunque Eros es algo idiota, forma parte de esta casa y le tengo bastante aprecio.

Decidí cambiar de tema, porque pensar que había liado todo eso por una simple broma entre tíos me hacía sentir peor.

—¿Qué hacéis cuándo os pasa eso a vosotros?

—¿A qué te refieres? —Parecía desconcertado.

—La luz azul y todo eso.

—Preciosa, no había visto nada como eso en todo el tiempo que llevo aquí. —Estupendo, resultaba ser la más rarita de la casa.

—¿Ninguno de vosotros puede hacerlo? —Ya sabía la respuesta, pero necesita la confirmación.

—Ninguno de esta casa, ni de ninguna otra, que yo sepa.

Mis ojos empezaron a humedecerse y maldecí por ello, lo último que quería en esos momentos era ponerme a llorar.

—Ven aquí.

Tyr abrió sus brazos ofreciéndome cobijo entre ellos, sus ojos parecían sinceros y yo me enterré en su cuerpo. No quería pensar en nada para no ponerme a llorar, así que con lo único que se me ocurrió abstraerme fue con la anatomía de Tyr, con lo duro y fibroso que estaba. No fue buena idea.

No habían pasado ni diez segundos cuando la puerta se abrió de golpe. Yo seguía pegada a Tyr como una lapa.

—Ya me imaginaba que te encontraría aquí. No has perdido el tiempo, solo te ha faltado salir corriendo.

—No te creas, he apretado el paso. —Tyr me guiñó un ojo—. Además, mira quién va a hablar. —Me aparté de Tyr poco a poco, me costó mucho más de lo que imaginaba. Estaba a gustito entre sus brazos, eran cálidos y me sentía tranquila y protegida. Empezaba a pensar seriamente que necesitaba poner remedio a eso. Yo nunca había sido así, parecía que desde que había llegado a aquella casa todo hombre que se me acercaba revolucionaba mis hormonas y conseguía poner mi cuerpo a cien. Y eso era una mierda, porque había demasiado hombre encerrado allí y, además, yo parecía estar en el punto de mira de casi todos ellos.

Estupendo, Eros y Tyr estaban en mi habitación... Otra pelea era lo último que necesitaba en esos momentos, aunque fuera en broma. Mientras pensaba todo esto y el modo de deshacerme de ellos, Áurea apareció por la puerta.

—Todo el mundo fuera de aquí. ¡¡Ahora!!

Supuse que no le harían caso, pero el primero en salir fue Tyr, seguido de Eros, que se paró un momento delante de Áurea. No supe identificar qué pasaba allí, pero desde luego algo había. Después Eros se giró hacia donde yo estaba.

—Intenta descansar.

Me lanzó un beso desde la puerta y Áurea bufó. Por fin nos quedamos las dos solas en mi habitación.

No estaba segura de si quería permanecer junto a Áurea, pero era mi mejor opción, pues no me apetecía en absoluto la tensión que me producía estar con esos dos, y mucho menos deseaba otro enfrentamiento.

Con Áurea sería más sencillo. O eso quería pensar.

Capítulo 14

Nix

Áurea cerró la puerta y se sentó en uno de los sillones que había junto a una pequeña mesa. Con ella el silencio no resultaba incómodo, pero justo cuando yo iba a hablar se me adelantó.

—Has llegado pisando fuerte con los hombres de la casa. —No pude evitar sonreír ligeramente.

—Es la primera vez que me pasa.

—Me cuesta creerlo, solo hay que verte. —Aunque su mirada me recorrió de arriba abajo no me sentí incómoda.

—Soy una chica normal y algo rarita. Puedes creerlo.

—Te aseguro que eres mucho más que eso. Tienes algo, no sé exactamente qué es, pero hace que la gente sienta cierta atracción por ti.

—La gente como nosotros, porque te aseguro que las personas con las que me he relacionado hasta ahora no sentían la más mínima afinidad conmigo.

—No sé, pero desde luego tienes a todos los tíos a tope.

—Solo a Tyr y a Eros. —Cuando pronuncié el último nombre torció el gesto.

—A Nótt también, pero es mucho más discreto, y teniendo en cuenta que el otro tío que hay en la casa es gay, el porcentaje es bastante elevado.

—Supongo que tienes razón. —La verdad era que no estaba acostumbrada a despertar tanto interés—. ¿Te molestaría que tuviera algo con Eros? —Preferí ir directa al grano.

—Ni lo más mínimo.

—Pensaba que estábamos hablando sinceramente. —Áurea me observó durante un instante y, cuando pensaba que no iba a añadir nada más, me sorprendió con su explicación.

—Voy a contarte la versión reducida, es una larga historia y no quiero aburrirte.

—No te preocupes, no tengo ninguna prisa, estoy bien aquí. —Me acomodé en el sillón que había frente a ella. Áurea sonrió tímidamente.

—Vale, a ver por dónde empiezo, verás... —Estaba nerviosa y le costaba hablar. Me mantuve en silencio para no interrumpirla—. Conozco a Eros desde que éramos niños, siempre hemos sentido cierta... atracción el uno por el otro. Nuestros padres eran vecinos y se llevaban bastante bien, así que pasábamos mucho tiempo juntos. En realidad, pasamos toda la niñez pegados el uno al otro.

»Cuando él tenía diecisiete años y yo quince, empezamos a salir. Nos costó tomar esa decisión porque no queríamos estropear nuestra amistad, pero finalmente no pudimos frenar nuestros

sentimientos, por más que lo intentamos. —Áurea estaba concentrada y su voz sonaba muy dulce—. Pasamos un tiempo maravilloso. Cuando quieres con tanta intensidad a alguien y tardas tanto tiempo en estar con él, lo disfrutas doblemente. Nos hicimos un montón de promesas y compartimos infinidad de sueños, pero cuando apenas llevábamos un año juntos vinieron a buscarlo. Querían que se uniera a El Círculo. —Áurea pareció despertar de un sueño y su voz ahora bajó muchos grados, casi hablaba con frialdad—. A él le entusiasmó la idea. Yo tardé algo más en ser reclamada por El Círculo... A lo que iba. Él se fue sin decirme adiós y, al cabo de pocos meses, empezó a frecuentar los sitios donde siempre íbamos, con otra chica. —Se quedó un tiempo repasando todo aquello. Su rostro mostraba a la perfección que aún se sentía dolida—. No podía creer que me hubiera olvidado tan rápido y que echara por tierra la historia tan bonita que habíamos vivido, me sentí traicionada y herida.

»En un principio pensé que él no podía salir del centro donde estaba estudiando y por ese motivo había decidido no continuar conmigo, pero cuando lo vi pasear de la mano de esa chica, delante de mis narices, como si yo no hubiera significado nada para él... —Paró la explicación en seco. Al mirarla me di cuenta de que seguía enfada, después de todo ese tiempo continuaba afectándole mucho más de lo que estaba dispuesta a reconocer—. Luego supe que esa otra chica perteneció a una de las casas de Barcelona. Cuando se cansó de Eros pidió el traslado a Madrid. —Ahora sonrió, como si pensase que Eros lo tenía bien merecido, yo también lo pensé—. Entonces vinieron a buscarme a mí y me uní a El Círculo, tuve que trabajar con él y verle la cara cada día.

—¿Nunca te pidió perdón? —Una sonrisa triste apareció en los labios de Áurea.

—Infinidad de veces, pero no me gusta que me mientan y mucho menos que jueguen con mis sentimientos. Con el tiempo, supongo que se cansó de mis negativas y empezó a tontear con todas las mujeres con las que se cruza.

—Aún te duele. —No fue una pregunta.

—Por supuesto. Pensé que para él había sido tan especial como para mí. No solo perdí al amor de mi vida, también perdí a mi mejor amigo. Fue durísimo. —No sabía lo que eran ninguna de las dos cosas, pero imaginé que debió de ser muy difícil.

—¿Por qué no pediste que te enviaran a otra casa? —Estuvo unos instantes callada.

—Lo pensé muchísimas veces, incluso alguna vez hablé con Diego, pero, de alguna manera masoquista y que no acabo de comprender, prefiero tenerlo cerca.

—¿No sería más fácil empezar de nuevo, alejarte de él?

—Sí. Estoy segura de que lo sería, pero no puedo irme. —Se encogió de hombros como si se disculpara. No acabé de entenderlo, pero preferí sacar otro tema.

—¿Y a vuestros padres qué les dijisteis cuando vinisteis aquí?

—En todas las casas se sigue el mismo protocolo. Se les explica que destacamos en algo y que nos han seleccionado para estudiar con todos los gastos pagados. Diego va a hablar con nuestras

familias, y te aseguro que puede ser muy persuasivo cuando quiere. De todas maneras, no es del todo mentira. Al llegar aquí tuvimos que estudiar mucho y El Círculo se encarga de pagar todos nuestros gastos.

—Pero Diego parece muy joven para llevar tantos años aquí.

—¿Tú también te has fijado? Es atractivo, ¿verdad? —Asentí con la cabeza—. Los equipos de las otras casas nos envidian por ello, además de guapo y joven es una gran persona. Pero se conserva bien, no es tan joven como aparenta.

Me quedé un momento pensando en ello, luego un tema totalmente distinto me preocupó y le hice otra pregunta a Áurea.

—¿No has vuelto a verlos?

—¿A mis padres? —Hice un gesto de asentimiento—. Claro que sí. Viven bastante cerca de aquí, me escapo siempre que puedo e intento pasar un par de semanas con ellos en vacaciones. Ahora es diferente, ya soy una mujer adulta y no dependo tanto de ellos, pero cuando llegué pasaba mucho más tiempo en mi casa que aquí. Como ya te dijo Diego, somos libres de salir cuando queramos. No te mentía.

—¿Y ahora qué les dices?

—¿A mis padres? —repitió la misma interrogación, me di cuenta de que yo lanzaba las preguntas sin especificar demasiado, pero Áurea las pillaba al vuelo.

—Sí, ya no tenemos edad de seguir estudiando. ¿Qué se supone que haces ahora?

—El Círculo lleva muchos años funcionando. Tiene varios pisos repartidos por la ciudad. Si nos apetece irnos un tiempo, podemos hacerlo, además es la tapadera perfecta. Mis padres creen que comparto piso con Vali y que trabajo en un laboratorio, ya que estudié enfermería y Diego se encarga de todo. No se les escapa nada.

—Ya veo, ya.

Nos quedamos unos segundos en silencio, cada una perdida en sus propios pensamientos. Áurea fue la primera en hablar:

—Diego nos dijo que tu madre murió en un accidente de coche. Lo siento.

—Gracias.

Tenía un montón de preguntas que hacerle, pero nos interrumpió un golpe seco en la puerta.

—¡Vamos, chicos! ¡En serio, dejadla en paz! —La puerta se abrió y por ella asomó la cabeza de Diego. Áurea se puso colorada—. Perdón, no sabía que eras tú...

—No pasa nada. —Diego sonreía—. ¿Puedo pasar?

—Claro, adelante.

Diego entró y se sentó junto a Áurea. Parecía relajado, pero daba la sensación de que algo le preocupaba.

—Me gustaría hablar contigo de lo que ha pasado hace un rato en la sala de entrenamiento.

—Si quieres me voy. —Áurea ya se estaba levantando de la silla.

—No, por supuesto que no. Estáis juntas en el mismo equipo, debéis compartir vuestras habilidades y preocupaciones. —Diego se calló, parecía como si quisiera organizar sus pensamientos—. He decidido que mañana saldréis, quiero ver de lo que eres capaz cuando la tensión o cualquier otra emoción fuerte te domine. Iréis los dos grupos de esta casa y os acompañará un grupo de otra, a la que he pedido colaboración.

—¿Qué es exactamente lo que le ha pasado? —Áurea hizo la pregunta por mí.

—No sé si mi teoría es acertada, pero creo que Nix es mucho más enérgica de lo que pensábamos en un primer momento. —La palabra «enérgica» me hizo sonreír. Diego clavó su mirada en mí—. Tu madre te administró unos medicamentos que aún estamos analizando, pero creemos, aunque seguimos en fase de prueba, que hacían que todas esas habilidades estuvieran aletargadas. No tenemos ni idea de lo que serás capaz cuando despierten. Creo que lo que pasó en la sala fue que acumulaste tanta energía en tu cuerpo que, al sacarla fuera, fuiste capaz de tumbar a todos tus compañeros. —Me quedé unos segundos pensando.

—Pero ¿no funcionamos al revés? Quiero decir, ¿no se supone que las habilidades que nosotros tenemos es que nos afecta menos que al resto que los lùth absorban nuestra energía?

—Sí, exacto. Pero en tu caso hay algo más, ahora hay que averiguar qué es.

—¿Por qué iba mi madre a administrarme esos medicamentos?

—No lo sabemos, pero podría ser que te estuviera protegiendo. Tu madre, al ser científica, pudo detectar cosas en ti que no eran del todo normales, por ese motivo nunca te llevó a un médico. Si lo hubiera hecho, una simple analítica habría provocado que saltaran las alarmas. Tenemos doctores infiltrados en casi todos los hospitales. Si hubieras ido antes podríamos haberte ayudado más pronto, pero tu madre no lo sabía, y lo que creemos es que no quería que te convirtieras en el conejillo de Indias de nadie. Lo que no acabamos de entender es que al nacer no te hicieran reconocimiento alguno. No tienes historial médico en ningún hospital.

—Ah, eso es porque mi madre me tuvo en casa. Con la ayuda de mi abuela. Eso sí lo sé, porque siempre me contaba que no se lo había puesto fácil.

—Eso explica muchas cosas... ¿Sabías que tu abuela era una de las comadronas con más reputación del país? Suponemos que su energía la hacía aún mejor.

—No tenía ni idea, mi madre no me habló nunca de ella. Evitaba cualquier pregunta que le hacía y yo dejé de pedirle respuestas cuando era muy pequeña. —No me gustaba hablar de mí, de mi infancia ni de mi familia, así que hice otra pregunta—: ¿Y ahora qué pasará? —Ingenua de mí, pensé que esta cuestión no tendría nada que ver conmigo. Me equivoqué.

—No voy a engañarte, creemos que eres muy poderosa. Solo es cuestión de tiempo que lo demuestres.

Estupendo. Diego había dicho que era «poderosa»; yo no estaba de acuerdo con eso, más bien creía que era, aún, más rara que los demás.

Capítulo 15

Nix

Me estaba costando acostumbrar a mi cuerpo a dormir durante el día y mantenerlo activo cuando oscurecía. No nos pasábamos toda la noche entrenando, pero el horario que seguíamos allí consistía en irnos a dormir mucho más tarde de lo que lo hacía normalmente.

Ese día me levanté a la hora de comer, que, en realidad, era la hora de desayunar. En fin...

Bajé al comedor. Al entrar, me percaté de que se me habían pegado las sábanas, ya que todos estaban acabando el desayuno.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido?

—Bien, gracias. —Era la típica pregunta que requiere esa contestación. No iba a ponerme a explicar que era una mierda dormir durante el día.

Mientras me servía el café, ellos continuaron hablando de algo a lo que yo no prestaba atención. No noté que alguien se acercaba a mí hasta que lo tuve pegado a mi espalda.

—Al principio cuesta dormir durante el día. —Era Tyr. Giré la cabeza para mirarlo a la cara. Una preciosa sonrisa iluminaba su rostro y no pude evitar fijarme en que sus dientes, en contraste con su piel, parecían blanquísimos.

Noté todo su cuerpo pegado a mí y una especie de descarga eléctrica me recorrió entera. Él pareció no darse cuenta de nada y su sonrisa no titubeó ni un instante. A pesar de la corriente que sentí y de que Tyr era realmente guapo, la atracción que sentía por él era de lo más extraña. Lo veía más como un amigo, y aunque él no dejara de coquetear conmigo, estaba casi segura de que tenía el mismo sentimiento hacia mí.

Antes de volver a la mesa besó mi cuello, y esta vez fue más bien un escalofrío lo que sentí. No tenía ni idea de lo que me pasaba desde que había llegado allí. No es que no me sintiera atraída por otras personas, y mucho menos que no disfrutara con el sexo, pero desde que estaba en aquella casa mi cuerpo parecía estar revolucionado y mi atracción por el sexo opuesto se había multiplicado por mucho.

Al girarme vi a Eros mirar a Tyr con mala cara. Esos dos siempre estaban igual. Me quedé un momento contemplándolos a todos mientras daba pequeños sorbos a mi café. Volví la vista hacia Eros y me percaté de que estaba mirando a Áurea bastante embelesado; cuando advirtió que yo lo estaba observando, giró la cabeza tan bruscamente hacia otro lado que me sorprendió que no se hiciera daño en el cuello.

No había prestado atención a lo que hablaban, pero algo de lo que dijeron en esos momentos despertó mi curiosidad.

—Me alegra que estés tan contenta de volver a trabajar con Hímero. —La voz de Eros tenía un matiz de lo más sarcástico. Áurea se giró hacia él con cierto desafío y mucha más seguridad de la que le había visto hasta entonces.

—Su nombre lo dice todo. —Bebió de su vaso sin apartar la vista de Eros. Este acabó bajando la mirada y soltando un gruñido. Sabía que el nombre de Hímero procedía de la mitología griega, como muchos de los nombres de los que estábamos en esa mesa. Hímero era la personificación de la lujuria y el deseo sexual, así que fue un golpe bajo para Eros.

Mientras pensaba en esto caí en la cuenta de algo en lo que no había reparado hasta ese momento.

—¿Por qué todos tenemos nombres de dioses? Quiero decir..., esto es como un popurrí de diferentes dioses de distintas mitologías. Hasta ahora pensaba que a mi madre le había afectado más de la cuenta la oxitocina para llamarme Nix, pero todos tenemos nombres muy poco comunes.

—Muy buena pregunta; de hecho, la hemos debatido infinidad de veces sin llegar a ninguna conclusión clara —comentó Áurea, que además hizo un gesto con las manos, como disculpándose por no poder explicarme otra cosa.

—Algunos de nuestros padres o abuelos ya pertenecían a El Círculo, así que entendemos que se hayan venido arriba poniéndonos nombres de dioses, pero muchos otros desconocían la existencia de estas casas y todavía menos de los lùth, por lo que no acabamos de entender por qué todos tenemos estos nombres tan... poco frecuentes —explicó Eros hablando para todos, si bien tenía la vista puesta en Áurea.

—De hecho, hasta que no formé parte de El Círculo pensé que mis padres no estaban muy bien de la cabeza para ponerle a un bebé mi nombre —intervino Nótt, que parecía algo molesto. Y no era para menos.

—Es curioso —Tyr parecía estar pensado en algo—, siempre ha sido un tema que ha despertado mi curiosidad. Al llegar tú a esta casa aún se disparó más, y es que Nix es un nombre peculiar, al igual que el de todos. Nix era una diosa griega, la diosa de la noche. Áurea procede del latín y su significado es «de oro, refulgente, resplandeciente». Fue uno de los sobrenombres que se dio a la diosa Venus de Roma. Todos sabemos el significado de Eros; es el dios de la atracción sexual, el amor y el sexo. —Tyr miró a Eros y puso los ojos en blanco—. Sin embargo, el nombre de Tyr proviene de los dioses nórdicos, es el dios de la guerra. Vali también es noruego y, por lo visto, ese dios tenía una puntería admirable. Con Nótt la cagaron —Tyr sonrió y Nótt soltó un gruñido—, ya que su nombre, en realidad, es el de una diosa y no el de un dios. Tienes nombre de tía, qué le vamos a hacer... —Tyr se encogió de hombros mirando a Nótt, a este pareció darle bastante igual—. Su nombre significa «noche».

—Muchas gracias por la clase de historia, aunque no nos importaba una mierda a ninguno. —Me pareció que Eros o no estaba de buen humor o estaba siendo muy desagradable. Me vi en la obligación de defender a Tyr.

—A mí me ha parecido muy entretenida. Gracias, Tyr, por contestar tan bien a mi pregunta y por la información. —Obvié el hecho de que ya sabía el significado de todos nuestros nombres.

Eros me miró con mala cara. Yo continué dándole pequeños sorbos a mi café, disfrutando de su sabor, aunque hacía rato que se había quedado frío.

Llevábamos un rato callados cuando se oyó cierto alboroto fuera y en los siguientes segundos la puerta se abrió. Por ella entraron dos chicos y una chica a los que no había visto nunca.

El primero en hablar fue un chico alto, moreno y con unos ojos muy expresivos.

—¿Qué tal todo? —Ni siquiera esperó contestación. Miró hacia donde estaba Áurea y se plantó frente a ella—. Hola, pelirroja, cuánto tiempo.

—Mucho. Yo diría que demasiado. —Cuando sus miradas se encontraron, había un deseo tan voraz en ellas que bajé la cabeza y di un sorbo a mi taza, incluso sabiendo que estaba vacía.

Al imaginar que la cosa se habría calmado levanté la mirada, justo para ver cómo se daban un pequeño beso en la boca mientras el chico acariciaba el pelo y la espalda de Áurea. En realidad la escena podía resultar de lo más inocente, pero había tanto magnetismo sexual entre ellos que todos en la sala nos movimos incómodos.

Ví a Eros levantarse con bastante brusquedad. Se acercó hacia donde yo estaba para servirse otro café. Nadie se dio cuenta, excepto yo, de que tenía la taza casi llena.

Capítulo 16

Nix

Estaba nerviosa. No entendía qué era lo que tenía que hacer. No sabía a qué me enfrentaba, no tenía ni idea de cómo protegerme, no comprendía lo que me pasaba, no... Paré mis pensamientos de golpe o al final me daría un ataque de ansiedad.

Decidí que lo mejor era pensar en cosas más triviales. Me puse frente al armario, intentando adivinar qué sería lo más adecuado para esa noche. Por la tarde había ido a comprarme algo de ropa con Áurea. Ella entendía más de moda que yo, o por lo menos le interesaba más el tema; aunque elegí ropa cómoda, ella insistió en que adquiriera alguna que otra prenda que, si llego a ir sola, no me habría comprado.

Pasé un buen rato en el que no hice otra cosa que contemplar la ropa que había colgada en el armario cuando unos golpes sonaron en mi puerta.

Al final mi habitación iba a convertirse en un centro de reunión.

—Adelante.

Eros asomó la cabeza por la puerta. Me observó de arriba abajo y se recreó más tiempo del necesario mirándome. En sus ojos apareció una chispa de deseo y fue en ese instante cuando me percaté de que yo solo llevaba una toalla enrollada al cuerpo.

—No es que no me guste cómo vas, pero deberías vestirte ya. —Acompañó la frase con una sonrisa tan seductora que tuve que cruzar las piernas.

—No tengo ni idea de qué debería ponerme.

—Si quieres puedes quitarte esa toalla y pasamos de salir. —En su mirada había tanto fuego que hizo que mi cuerpo se estremeciera.

—¿Eso se puede hacer? —No me percaté, hasta que acabé de pronunciar la frase, de que mi respuesta podía malinterpretarse. La carcajada que soltó Eros así me lo confirmó—. No me refería a lo de la toalla, quería decir si podemos quedarnos aquí.

—No me tientes. —Eros se acercó hasta donde yo estaba y dio un pequeño beso en mi hombro desnudo. Esta vez el que me tentaba era él.

Preferí mantener las distancias, así que me aparté un poco de él y, dándome la vuelta, me acerqué más a mi armario. Como si no llevara mirándolo el suficiente tiempo...

—Sigo sin saber qué ponerme. —Eros resopló antes de contestar.

—Lo primero que encuentres, con lo que vayas más cómoda, aunque es mejor ir con colores que no sean muy llamativos. —Volví a mirar mi armario, la mayoría de las prendas eran negras. Perfecto.

Cogí unos tejanos y un jersey negro con unas bambas Converse del mismo color.

Eros se tumbó en mi cama. Si no lo hubiera visto hacía unas pocas horas, cuando Hímero entró en la cocina, pensaría que ese tío estaba a gusto en cualquier situación.

Me metí en el lavabo para cambiarme. Mientras lo hacía, fui preguntando cosas a Eros. Tenía tantas dudas que creí que mi cabeza estallaría.

—Si atrapamos a alguno de ellos, ¿tenemos que traerlo aquí?

—Ya nos gustaría, más que nada para que Diego pudiera extraerle una muestra de sangre, hacerle alguna prueba y poder saber más cosas sobre los lùth.

—¿Y por qué no lo hacéis?

—Aunque aguantamos mucho mejor que otras personas estar cerca de ellos, no podemos estar mucho tiempo en su compañía. Nos debilita.

—¿Siempre absorben energía? Quiero decir, ¿en todo momento que estás junto a ellos te van absorbiendo?, o ¿cómo funciona?

—No, es una cosa voluntaria; ellos controlan cuándo y cuánto, aunque a veces se les vaya de las manos. Pero, como tú comprenderás, si traemos aquí a uno de ellos en contra de su voluntad nos dejaría secos. —Supuse que tenía razón. No les haría ninguna gracia ser retenidos y utilizarían todas las armas a su alcance para resistirse. Absorber la energía de quienes los rodearan sería una de ellas.

—¿Qué pasa con ellos si se quedan sin energía?

—Mueren, como cualquier otra persona.

—¿Cuánta energía pueden absorber?

—No lo sabemos con exactitud, pero creemos que pueden llegar a dejar secas a varias personas.

—¿Y qué pasa si absorben demasiada?

—También lo desconocemos, pero hasta el momento, que se sepa, nunca se ha dado el caso. Los lùth extraen la que necesitan para vivir, normalmente prefieren hacerlo más a menudo antes que absorber demasiada de golpe, o por lo menos eso es lo que ha pasado hasta ahora.

—Me resulta difícil hablar de energías de esta manera.

—En realidad no es tan complicado. Yo me lo imagino así: todos estamos compuestos de alma, cuerpo y energía. ¿O no has notado en alguna ocasión que hay gente con la que tienes mayor afinidad, más buen rollo, y otra con la que no puedes, a la que no tragas, incluso sin apenas conocerla? Yo creo que las energías tienen un papel muy importante en la vida de todas las personas, incluso en la de quienes no son como nosotros. Todos nos movemos por energías.

Le di vueltas a aquello durante un par de minutos y llegué a la conclusión de que Eros tenía razón. Me había pasado en numerosas ocasiones. Había gente con la que conectaba y gente con la que no, sin que muchas veces eso tuviera una explicación lógica.

Como tenía tantísimas preguntas en la cabeza, fui a por la siguiente:

—No entiendo muy bien en qué consiste lo que hacemos nosotros.

—Si te soy franco, hasta hace poco era aburridísimo, pero de un tiempo a esta parte se están produciendo bastantes asesinatos que están muy relacionados con los lùth. No es que el tema de los asesinatos me parezca divertido ni nada por el estilo, pero las cosas están cambiando. Creemos que se están organizando.

—Explícamelo. —Quería saber a qué se refería exactamente con lo de organizarse—. ¿Cómo sabéis que los asesinatos los han cometido ellos?

—Estamos más atentos que antes. Hay enfermedades que nos parecen muy relacionadas con ellos, como la muerte súbita en bebés —se me pusieron los pelos de punta—, o gente que desaparece y a la que encuentran días después. Los hospitales también les gustan...

—¿Cómo sabéis que las muertes no son simples accidentes?

—Tenemos médicos infiltrados en todos los hospitales, y los directores de las casas están muy pendientes de eso. Se ha disparado tanto el número de muertes que están alarmados.

—Vale. Pero ¿cómo sabéis que se están organizando?

—Nos llegan informes de los hospitales cada día que corroboran ese aumento de muertes por causas que a nosotros nos resultan, digamos, «sospechosas». Por ejemplo: si lo normal en un hospital es que mueran cinco personas al día de infarto (me lo estoy inventando, que conste), cuando esas muertes se disparan a veinte, se establece un protocolo de urgencia en todas las casas. Se investigan más detenidamente dichas muertes. La verdad es que no sé en qué se basan los jefes para llegar a esa conclusión, lo que sí sé es que están asustados. Nunca había pasado algo así. Normalmente los lùth son bastante inofensivos y no matan a nadie a no ser que sea por accidente. Hasta ahora actuaban solos, pero parece que eso está cambiando; en algunas zonas prefieren moverse en parejas, lo que los hace mucho más peligrosos, y no sabemos exactamente cuál es el motivo ni qué es lo que está pasando.

Salí del lavabo y Eros se incorporó de golpe de la cama.

—Estás preciosa, como siempre. —Sonaba como si estuviera demasiado habituado a hacer ese tipo de cumplidos, pero yo era una chica educada.

—Gracias.

—¿Preparada para un poco de acción?

En realidad no lo estaba en absoluto.

SEGUNDA PARTE

*«Presta atención cuando tu energía
aumenta o disminuye porque es el universo
dándote una pista de a quién debes abrazar o soltar».*

Mia Astral

Capítulo 17

Nix

Decidimos ir caminando. Era lo mejor, ya que no sabíamos dónde podríamos encontrarnos con un lùth. Lejos de parecer lo que en realidad éramos, aparentábamos ser un grupo de amigos dispuestos a pasárselo bien.

Hímero llevaba a Áurea cogida por el hombro y se los veía bastante ajenos a todo. Conversaban en voz baja y tono íntimo. Eros y Tyr iban bromeando, y los demás estaban enfrascados en una conversación de la que yo había desconectado hacía rato. Pensé que aquello no se parecía en nada a lo que yo había esperado. Por lo visto, la única persona tensa del grupo era yo.

Todo cambió en cuestión de segundos. Al mirar frente a mí, a lo lejos, pude ver a un chico y a una chica que caminaban agarrados como cualquier otra pareja. Cuando estuvieron cerca de un callejón, entraron en él. El chico desprendía una especie de luz, no sabría decir qué era exactamente lo que me llevó a deducirlo, pero lo supe con exactitud.

—Es uno de ellos. —Lo dije indicando con la cabeza el callejón por donde habían desaparecido.

—Es imposible que puedas reconocerlo desde esta distancia.

Lo dijo Hera, la chica a la que casi no conocía del otro grupo. Mis compañeros de casa no pronunciaron palabra. Después de lo que pasó en la sala de entrenamiento, no estaban muy seguros de lo que era capaz.

Cuando nos asomamos al callejón pude notar cómo se tensaba el ambiente. Todos se pusieron en guardia.

Me fijé en la escena. El chico estaba ligeramente inclinado sobre la chica, se besaban. Cuando se separaron un poco, aprecié que una especie de luz salía de la boca de ella para meterse en la de él. No estaba segura de si el resto podía verlo con la misma nitidez que yo.

Eros fue el primero en hablar:

—Vamos, tío, apártate de ella.

La chica levantó la cabeza, parecía algo aturdida. Lo que más llamó mi atención fue el deseo que había en sus ojos. Tuve el absurdo pensamiento de que habíamos interrumpido algo íntimo.

De la garganta del hombre salió una especie de gruñido. Fue apartándose lentamente de la chica y levantó la vista. Clavándola en mí. Y yo me quedé sin respiración.

El mundo a mi alrededor pareció desaparecer, solo podía ver los ojos de ese hombre, estaba como hipnotizada. Era el chico más guapo que había visto en mi vida, pero desde luego no era

solo eso lo que me atraía hacia él.

Al parecer él también sentía algún tipo de atracción hacia mí, porque fuimos andando y acortando la distancia que nos separaba, hasta quedar uno frente al otro. Le bajé la capucha que tenía puesta intentando no rozar su piel; no sabía de dónde venía ese pensamiento, pero comprendía que no era buena idea tocarlo mientras todos nos observaban.

—¿Quién eres? —Su voz sonaba mucho más baja y ronca de lo normal.

—Soy Nix.

—Yo soy Ares, encantado.

Fuimos acortando la distancia que nos separaba hasta que nuestros labios casi podían rozarse; antes de conseguir juntarlos, alguien gritó detrás de mí, haciendo que me sobresaltara. El grito, unido a la tensión y excitación que sentía, hizo que mis nervios se dispararan, y antes de darme cuenta Ares estaba tumbado en el suelo.

Cuando el resto de mis compañeros llegó hasta mí pude oír el murmullo de desaprobación que salía de todos ellos.

—¿Cómo demonios has hecho eso? —Me encogí de hombros. No tenía la menor idea—. ¿Esta muerto? —¡Joder, no había pensado en eso, esperaba que no!

Eros se acercó hacia él y le tomó el pulso, negó con la cabeza y yo respiré aliviada. Después Eros me miró. Su cara reflejaba tal enfado que casi me encogí. Casi.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? Casi lo besas. —No podía contestar a eso. Tenía razón.

—¡Podría haberte matado! —Ese era Tyr.

—Vamos, dejadla en paz, es tan probable que uno de ellos la mate como que lo haga cualquier otro humano.

Los dos miraron a Áurea con enfado. Yo se lo agradecí con un gesto. Me acerqué al chico al que había tumbado en el suelo y deseé abrazarlo. Era extraño, pero sentía una atracción hacia él difícil de explicar.

—¿Qué hacemos con este?

—Es la ocasión perfecta para llevar a uno de ellos frente a Diego.

—¿Podríamos esperar a que despertara? —No me entusiasmaba la idea de llevarlo hasta nuestra casa en contra de su voluntad.

—No, no podemos, si pudiéramos hacerlo cuando están despiertos ya lo habríamos hecho. Ya te lo expliqué antes, nos dejaría sin energía. Ahora que está inconsciente es el momento perfecto.

—¿Y si despierta cuando esté allí y decide matarnos? —No lo veía muy probable; si hubiera querido matarme, ya lo habría hecho, pero era una posibilidad.

—Pues vuelves a hacer lo que sea que le has hecho y lo dejas otra vez inconsciente.

Abrí la boca para decirle que no tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero volví a cerrarla. Dudaba mucho que, aunque lo supiera, fuera capaz de volver a dejar a una persona inconsciente

sin que esta me hubiera hecho nada.

Lo que no pude evitar fue sentirme inquieta al mirar al chico que estaba tumbado en el suelo. Ares despertaba en mí un deseo arrollador junto con un sentimiento de protección totalmente desproporcionado para acabar de conocerlo. Lo único que deseaba era poder hablar con él.

Lo levantaron entre unos cuantos y me alegré de que fuera de noche. Si armábamos un poco de jaleo, simplemente parecería que volvíamos de fiesta y que uno de nuestros amigos había bebido demasiado.

Llegamos a la casa en tiempo récord. Cuando entramos en la cocina, los chicos protestaron por el peso que llevaban y dejaron caer a Ares, en una silla, con mucha más brusquedad de la que me hubiera gustado.

Justo en esos momentos Ares abrió los ojos y los fijó en mí.

Capítulo 18

Ares

Estaba tumbado en el sofá, debatiendo conmigo mismo si sería capaz de posponerlo más o si no podría pasar de esa noche. Cuando fui a levantarme tuve que hacer un gran esfuerzo y al dirigirme a la cocina me costaba caminar, era una auténtica mierda sentirme como si tuviera la edad de un anciano.

Al darme la vuelta para volver al sofá me sobrevino un leve mareo, así que llegué a la conclusión de que, me gustara o no, era hora de recargar pilas. Cogí la chaqueta que había colgada en la entrada y salí a la calle.

El golpe de frescor hizo que me despejara un poco, pero estaba demasiado cansado como para ir muy lejos. Casi no podía mantenerme en pie, por lo que caminar me suponía un esfuerzo enorme. Decidí meterme en el primer local que encontré.

La música estaba bastante fuerte y el ambiente era muy oscuro. Empezó a dolerme la cabeza, y eso que apenas llevaba allí unos segundos. Mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la falta de luz; en cuanto lo hicieron, me dirigí a la barra que tenía más cerca y me senté en un banco. Mi respiración era entrecortada, parecía que acababa de correr un maratón. ¡Menuda mierda!

Pedí algo para tomar; aunque no me apetecía en absoluto, quedaba raro entrar en un local y no beber nada. Mientras daba el primer trago miré a mi alrededor, tendría que actuar rápido o acabaría desmayándome allí mismo.

Una chica pasó justo delante de mí y me miró con coquetería. Era bastante guapa y sus ojos transmitían despreocupación. Me supo mal por ella.

Había dos sentimientos que siempre me acompañaban en esas situaciones: la culpabilidad y la tristeza. Incluso sabiendo que a la chica no iba a pasarle nada, no me gustaba aquello en absoluto.

Solo tuve que mirarla con intensidad y hacerle un gesto con la cabeza para que me acompañara fuera. Aquella mierda siempre funcionaba.

Caminamos por la calle y divisé un callejón. No podía ponerme a buscar un hotel, me desmayaría antes de llegar, así que me propuse tomar solo lo necesario para coger fuerza y poder caminar de vuelta a casa. Al día siguiente ya vería lo que hacía, pero bajo ningún concepto la dejaría inconsciente.

Siempre intentaba que fuera así, odiaba que una chica se despertara en un callejón o en la habitación de un hotel sin saber qué le había pasado. Nunca dejé a nadie sin conocimiento por esa misma razón. Aunque sabía que a la mayoría de los míos eso les daba exactamente igual.

Cuando casi habíamos entrado en el callejón, noté que alguien nos seguía. No lo tuve en cuenta; necesitaba energía y la necesitaba ya.

Me acerqué hacia la chica y al notar el deseo en sus ojos la besé. Era patético pensar que yo no tenía nada que ver con ese deseo, simplemente lo sentía por lo que yo era. No quise darle más vueltas y empecé a absorber su energía.

Si apurabas tanto como lo hacía yo y estabas tan bajo de vitalidad, sentir la energía entrando en tu cuerpo era una sensación sumamente placentera. Un gemido que no pude controlar salió de mi boca. En momentos como ese era cuando entendía perfectamente a los míos, resultaba sumamente difícil controlarte al sentir algo así. Se parecía bastante a cortar un orgasmo cuando las primeras sacudidas de placer empiezan a recorrer tu cuerpo. El esfuerzo era titánico, pero yo siempre había sido capaz de hacerlo.

No había tomado ni la mitad de la energía que necesitaba cuando alguien pidió que me apartara de ella. Levanté la cabeza y vi a gente entrando en el callejón; eran bastantes, aunque solo fui capaz de centrar mi mirada en una de esas personas.

Ella era preciosa, pero lo que llamó mi atención fue la cantidad de energía que desprendía. No pude evitar apartarme de la chica que tenía entre mis brazos y acercarme a ella. Sus ojos me miraban con intensidad y desprendían algo que hacía que no pudiera apartar la vista de ellos.

Por primera vez en mi vida tuve miedo de una persona. El poder que ella parecía tener sobre mí era mucho mayor del que nadie había tenido nunca, y eso sin hablar de la atracción. Me sentía como una polilla volando hacia la luz.

Supe que desde ese momento sería incapaz de separarme de ella, y ese pensamiento acabó de asustarme. No sabía quién era. Lo único que tenía claro era que no se parecía a nadie que hubiera conocido antes.

Tuve la certeza de que estaba completamente jodido.

Capítulo 19

Nix

—¿Quién eres? —Su voz era un sonido ronco y sensual que hizo que me flojearan las rodillas.

—Me llamo Nix, y tú eres Ares. —Seguramente no recordaba que ya nos habíamos presentado en el callejón.

—Sí, soy Ares. —Oí los resoplidos de mis compañeros. Estaban todos alrededor de la mesa donde lo habían dejado—. Tú no eres como el resto. —No era una pregunta.

—Bueno, deja de acosar a Nix. Nos gustaría que colaboraras con nosotros. —En realidad no me sentí acosada, me habría encantado que Eros mantuviera la boca cerrada y me dejara continuar hablando con él.

—¿Por qué tendría que hacer algo así? —Miró a Eros con todo el desdén del mundo.

—Porque te gusto y te estaría muy agradecida. —¿Por qué narices había dicho yo eso? ¡Joder! Yo no era así. ¿De dónde salía tanta seguridad en mí misma? Generalmente, era algo de lo que iba más bien escasa.

Ares me miró a los ojos y un escalofrío recorrió mi cuerpo. No era el tipo de escalofrío que había sentido con anterioridad, era una sensación extraña que solo pude comparar con una mezcla de fuego y hielo, en la que el fuego ganaba la batalla por mucha diferencia.

El resto de gente que había en la sala me miraba como si me hubiera salido un cuerno en medio de la frente.

—Mmm..., una cosita: sabes que no puedes liarte con él, ¿verdad?

No sabía a qué se refería Eros. Por un momento imaginé que estaba celoso. Y algo de eso había, pero también era algo más.

Áurea me cogió de la mano y me sacó de la sala. Cerró la puerta al salir y se apoyó en la pared, mirándome con una mezcla de diversión y preocupación.

—Verás, Nix, quizá tendría que haber tenido esta conversación contigo el primer día que llegaste. Vamos a hablar sobre chicos y sexo. —Me dio la risa.

—No creo que vayas a contarme nada que no sepa.

—Pues déjame decirte que yo creo que sí. —Arrugué la boca, pero le presté toda mi atención—. No sé si te has dado cuenta de que desde que has llegado a esta casa estás..., cómo lo diría..., más abierta a relacionarte con el sexo opuesto. —Me pareció una forma muy bonita de decirlo. Asentí—. Es normal, es por la energía. Tenemos mucha más que el resto de las personas y el sexo

es una muy buena manera de liberarla. Cuanta más energía, más... ganas de sexo, y por lo que he podido comprobar tú desprendes mucha, muchísima.

—Ups. —Por fin podía entenderlo. Al final no eran mis hormonas las que estaban por las nubes, sino mi energía.

—Exacto. Nos pasa a todos. Tenemos la teoría de que es por eso por lo que los lùth nos afectan menos, porque tenemos más energía que el resto de las personas, y es por esa razón por la que vamos cachondos todo el día. —Volví a reír—. El sexo es la mejor manera de desprendernos de la energía que acumulamos. Sin embargo, si te acuestas con un lùth podría matarte. En la cama nos descontrolamos todos, pero si lo hace uno de ellos podría dejarte sin energía casi sin darse cuenta. Quizá con una sola vez no pasaría nada, estoy casi segura de ello, pero los lùth no suelen tener una pareja estable por ese motivo. No pueden «alimentarse» siempre de la misma fuente o acabarían matándola.

—¡Joder!

—Sí, exacto, joder, por lo que será mejor que apartes los ojos de Ares. Está buenísimo, no te lo voy a negar, pero no es buena idea. Deberías pensar en acostarte con cualquier otro y descargar el exceso de combustible. —Intentó bromear, pero sus ojos no parecían divertidos; ¿estaría pensando en Eros y en mí?

—Vaya.

—Estás de lo más elocuente esta noche, ¿eh?

—Lo siento, pero no sé bien qué decir. Imaginaba que podría pasar algo, pero no pensé que acostarme con él pudiera matarme. Cuando he visto a Ares, la atracción ha sido muy fuerte. —Eso se quedaba a años luz de lo que había sentido.

—Bueno, es que el tipo está estupendo. Además, tiene un halo de misterio que aún le confiere más atractivo. —No quise hacer caso al ramalazo de celos que sentí al oír a Áurea hablar así de Ares—. Y si quieres que te sea sincera, pasa de los comentarios del resto de los tíos, son un poco exagerados. Hablan como si los lùth no tuvieran sexo. Yo en tu lugar probaría una vez. Si lo haces solo una es casi imposible que te pase nada, y así de paso te quitas la espinita con él. —Áurea me guiñó un ojo. Preferí cambiar de tema, no me apetecía especialmente hablar más de Ares y de mí.

—¿Y qué me dices de ti y de Hímero?

—Bueno, ya te lo he dicho, necesitamos descargar nuestra energía de alguna manera. Y después de todo lo que te he explicado puedes hacerte una idea de lo que es acostarse con uno de los nuestros. Los dos tenemos la energía por las nubes, así que el encuentro es de lo más... explosivo.

—¿Solo es eso? ¿Sexo?

—Me cae bien y estoy a gusto a su lado, por ahora me sirve. —Se encogió de hombros, pero vi cierta tristeza en su mirada.

Iba a preguntarle algo más cuando Eros abrió la puerta y nos interrumpió.

—Chicas, hay que avisar a Diego. ¿Ya has puesto a Nix al día?

—Sí. —La voz de Áurea sonó fría.

—Pues ya sabes, Nix, cuando quieras descargar energía estoy más que dispuesto. —Se oyeron varios ecos dentro de la sala diciendo «y yo», y no pude evitar poner los ojos en blanco.

Áurea fulminó a Eros con la mirada al pasar a la cocina.



Diego pidió que lleváramos a Ares al laboratorio. Este no lo estaba poniendo fácil, pero sospechaba que, si yo no estuviera allí, ya se habría marchado.

Casi habíamos llegado cuando vi que Diego nos esperaba en la puerta. Perfectamente vestido, como si no fueran más de las tres de la madrugada.

Cuando llegamos hasta él miró a Ares con curiosidad, le tendió una mano y le dijo:

—Hola, soy Diego. Espero que estés dispuesto a colaborar. Y no pretendo que suene a ningún tipo de amenaza, lo que quiero decir es que, si prefieres no hacerlo, puedes marcharte cuando quieras.

—Soy Ares. —Mientras estrechaba su mano giró la cabeza hacia donde yo estaba y clavó sus ojos en mí antes de seguir hablando—. Si ella no se separa de mi lado, lo haré.

—Cuándo dices «ella», ¿a quién te refieres? —Diego parecía desconcertado.

—A Nix.

—Pues eso es algo a lo que tendrá que responder Nix.

—¿En qué nos ayudará que colabore? —La pregunta la hizo Tyr. Yo estaba encantada de acompañar a Ares donde él quisiera.

—Si consigo hacerle algunas pruebas podremos saber muchas más cosas de los lùth. Y conoceremos mejor a qué nos enfrentamos. Tampoco sé si serviría de mucho, pero me gustaría probar.

—Pues duérmelo, déjalo inconsciente y así seguro que colaborará. —Noté cómo el cuerpo de Ares se tensaba.

—No voy a hacer eso, y no me lo estás poniendo nada fácil, Eros. Si no eres capaz de comportarte, será mejor que te vayas a tu habitación. —Aquello sonó a reprimenda en toda regla. Diego se había puesto serio de verdad—. No voy a hacerte nada de eso. Me gustaría que colaboraras con nosotros, pero entiendo que no quieras hacerlo. —Ares no parecía muy convencido, pero asintió con la cabeza—. ¿Tú qué dices, Nix?

—De acuerdo, os acompaño.

En la cara de Ares se dibujó una sonrisa que me costó un rato poder digerir. Lo miré a los ojos y los vi rebosantes de deseo. Tuve que respirar hondo... un par de veces.

Capítulo 20

Nix

Diego hizo que Ares se tumbara en una camilla. Miré a mi alrededor y me costó hacerme a la idea de que estábamos en la misma casa. Esa habitación podía pertenecer a cualquier sala de curas de un hospital. Había visto carteles donde ponía «quirófano» y otros similares, incluso había estado alguna vez en una especie de box para que Diego me extrajera sangre, pero era impresionante comprobar lo bien preparada que estaba aquella casa. No dejaba de sorprenderme. Me senté en una silla algo apartada de donde se encontraban Diego y Ares.

Diego le hizo unas cuantas preguntas a Ares a las que él respondió con monosílabos. Estaba distraída mirando todo lo que había a mi alrededor cuando me di cuenta de que Ares se estaba dirigiendo a mí.

—Ven aquí. —Su voz era firme, incluso autoritaria.

—¿Perdona? —Una cosa era que el tío estuviera bueno y me pusiera a cien, y otra muy diferente que fuera gilipollas. Yo no aguantaba a los gilipollas.

—Que vengas aquí.

—No, si sorda no soy. Te he oído a la primera, pero las cosas se piden de forma bastante diferente, por lo menos a mí. —Diego esbozó una pequeña sonrisa. Ares parecía confundido.

—¿Puedes venir aquí, por favor?

—¿Ves?, mucho mejor. Y no te has hecho daño ni nada parecido al pedirlo «por favor», ¿verdad? —Me acerqué más despacio de lo normal hasta ellos.

—Creo que lo que le pasa a Ares es que los lùth tienen un gran poder de persuasión y atracción hacia el resto de los humanos. Cuando uno de ellos está cerca de una persona, solo tiene que enviarle una orden para que esta obedezca. Dependiendo de la persona con la que se crucen funciona con mayor o menor intensidad. Le ha parecido raro que no funcionara contigo. Aunque ya debería saber que no funciona con ninguno de vosotros. —Tenía que reconocer que la parte de la atracción sí que había funcionado conmigo, pero preferí callar.

—No tenía ni idea de que fuerais inmunes a mí. —Ahora Ares se dirigía a Diego—. Quiero decir que sabía que soportabais mejor la absorción de energía, pero desconocía que tampoco os afectaba todo lo demás.

—Pues ahora ya lo sabes. —Aunque la respuesta había sido tajante, Diego le hablaba de manera afectuosa.

Diego acababa de utilizar una máquina que no había visto antes; aunque, claro, yo no era asidua a hospitales, por lo que no me sorprendió.

—¿Qué tipo de máquina es esta?

—Es una especie de medidor de energía, aunque no es muy útil.

—¿Por qué? —Esta vez fue Ares quien preguntó.

—Es difícil medir la energía de las personas, ya que la intensidad de esta depende de muchos factores. Ocurre, por ejemplo, cuando nuestras emociones se disparan. Al sentir miedo, enfado o deseo —Ares me miró justo después de que Diego pronunciara esa última palabra, y yo no pude evitar que un leve rubor cubriera mis mejillas— desprendemos mucha más energía. Por eso esta máquina es totalmente inútil si la persona con la que la usas está tranquila y relajada.

Nos quedamos en silencio unos segundos mientras Diego tomaba una muestra de sangre de Ares.

—Bueno, pues esto ya está.

Intenté ayudar a Diego a poner la bandeja que llevaba encima de la mesa que quedaba junto a mí. Al pasar el brazo para cogerla, no me di cuenta de que él llevaba un bisturí en la mano. La piel de mi brazo se abrió como si fuera mantequilla.

Los dos se levantaron de golpe y Diego me dio un puñado de gasas. Antes de que pudiera taponar la herida, ya se había cerrado.

—¡Joder! ¿Qué eres? —Eso me gustaría saber a mí. Hasta hacía muy poco, una chica normal y corriente.

—Bueno..., Nix es más especial que el resto de vosotros. Voy a salir un momento a por una fregona.

Apenas habían caído un par de gotas en el suelo; podría limpiarlas perfectamente con una de las gasas, pero no dije nada.

Cuando se abrió la puerta pude oír el parloteo de los chicos que estaban fuera. Al cerrarse, el silencio me sobrecogió.

Ares agarró mi mano para comprobar que la herida se hubiera cerrado del todo, pero sus ojos se abrieron de golpe, casi a la vez que los míos, cuando una especie de descarga eléctrica nos recorrió. No era igual que la que sentí cuando toqué a Eros o a Áurea, esta vez había sido mucho más intensa y potente. Pero sobre todo más cálida y con un componente mucho más sexual.

—Déjame probar algo. —Lo vi acercarse despacio y enmarcar mi cara con sus manos. Se fue aproximando poco a poco a mí. Y aunque recordé lo que me había explicado Áurea y sabía que Ares podía dejarme sin energía, por la forma en la que este me miraba, sabía que eso no iba a pasar.

Cuando sus labios rozaron los míos la descarga eléctrica se intensificó. No es que hiciera daño, pero era una sensación extraña. Nuestros cuerpos se pegaron y el beso se volvió mucho más ardiente. Podía notar cómo el pelo de mi cabeza se elevaba, era como cuando te lo cepillas y tienes electricidad estática en él. Sus manos recorrían todo mi cuerpo dejando un reguero de calor a su paso. Al levantar mi camiseta para meter sus manos en ella, el roce sobre mi piel hizo que

suspirara. Cuando subió hasta apartar mi sujetador y atrapar un pezón entre sus dedos, la sensación de calor se intensificó tanto que creí que moriría por combustión instantánea.

Al abrir los ojos me di cuenta de que estábamos rodeados de una especie de luz azul.

Oí una voz de fondo, como un murmullo lejano. Al despegarme ligeramente de sus labios percibí los murmullos mucho más cercanos, por lo que pude deducir que los chicos habían entrado en la habitación y oí que Diego me estaba llamando.

Di un paso hacia atrás y, al separarme de Ares, la luz azul desapareció.

Aunque no despegué mi mirada de la de él, pude oír a Diego decir:

—Interesante, muy interesante.

A mí también me lo había parecido.

Capítulo 21

Nix

Íbamos camino a nuestras habitaciones en el más absoluto silencio.

Balder y Hera habían vuelto ya a su casa, pero Hímero se había quedado, ya que pretendía pasar la noche con Áurea.

Imaginé que se podía hacer, porque Diego no puso ninguna pega; luego caí en que aquello no era una residencia de estudiantes y en que todos éramos mayorcitos como para pasar la noche con quien quisiéramos.

—No me hace ninguna gracia que se quede por aquí. —Pensé que Eros hablaba de Hímero, incluso Áurea levantó la cabeza sorprendida. Luego recordé que Ares pasaría la noche en nuestra casa y supe que se refería a él.

—Ha dicho que se comportará. —No pude evitar defenderlo.

—¿Y te lo has creído? Cierra bien tu puerta esta noche, estoy casi seguro de que subirá a tu habitación. —En muchas ocasiones Eros era capaz de cabrearme bastante. Esta era una de ellas.

—Soy mayorcita para dejar entrar en mi cuarto a quien me dé la gana.

—Solo te digo que vayas con cuidado, es peligroso.

—Si ves que te agobias mucho, llámame, estaré en tu habitación antes de que te des cuenta. Y de paso, podemos descargar energías. —Tyr me guiñó un ojo. En otra persona me habría sentado mal ese tipo de comentarios, pero Tyr tenía una manera de expresarse que me hacía gracia.

—Vamos, chicos, dejadla en paz. En realidad, después del beso que se han dado en enfermería, no parece que Ares sea especialmente peligroso para Nix, creo que sabrán controlar la situación. Así que dadle un respiro y que haga lo que ella quiera. —Miré a Áurea y le di las gracias en un susurro. Ella me hizo un gracioso mohín.

Cuando llegamos al pasillo donde estaban nuestras habitaciones, Áurea se despidió de nosotros con un simple movimiento con la mano. Mientras abría la puerta, Hímero se pegó a su cuerpo y besó su cuello de una manera tan erótica que, aunque sabía que era un momento privado, fui incapaz de apartar los ojos.

Eros tampoco retiró la mirada de ellos dos, pero su expresión no se parecía en nada a la mía.

Me despedí de todos con un simple «hasta mañana» y me metí en mi habitación. Estaba agotada, pero decidí quitarme el maquillaje, de lo contrario al día siguiente me escocerían un montón los ojos y me levantaría como un oso panda.

Acababa de ponerme el pijama cuando alguien llamó a mi puerta. Sabía que mi atuendo no tapaba demasiado y no era el más apropiado para recibir visitas, pero no tenía ganas de ir a al

lavabo a por el albornoz. Apunté mentalmente: «próxima compra, pijama de cuello alto».

—He pensado que quizá te daba corte llamarme. —Me dio la risa al reconocer su voz a través de la puerta.

Abrí y dejé pasar a Tyr. Lo primero que pensé al verlo fue que estaba muerta de sueño, necesitaba irme a dormir con urgencia, así que esperaba que se fuera pronto.

Nada más poner un pie en mi habitación, pasó sus ojos por mi cuerpo. No sentía demasiada atracción por Tyr, pero me miraba de una manera con la que no pude evitar excitarme. Tenía que sacarlo de allí. Rápido.

—En serio, estoy muy cansada, necesito dormir. ¿Qué quieres?

—Sé de una cosa que te haría dormir mucho mejor.

—De verdad, Tyr, vete a tu habitación.

Nada más acabar de decir esa frase, la puerta volvió a sonar. ¿En serio? Necesitaba dormir, ¡joder!

—Adelante. —Mi voz fue una mezcla de enfado y desesperación.

Eros asomó la cabeza por la puerta. Se quedó mirando a Tyr con cierta hostilidad en el rostro.

—¿Qué haces aquí?

—Me parece que lo mismo que tú. —La expresión de Tyr era desenfadada, la de Eros mucho más crispada.

Mi puerta aún estaba abierta cuando un carraspeo me hizo mirar en esa dirección. Apoyado en el marco estaba Ares. Iba vestido completamente de negro, su pose parecía de indiferencia, pero tenía los brazos cruzados encima del pecho y su sonrisa era de lo más forzada.

—Vaya, parece que estás muy ocupada. Igual hay que coger número para entrar en tu cuarto.

Aquello acabó de irritarme; ¿qué se había pensado? A mi habitación entraba quien yo quería y él no era nadie para decir lo contrario.

—Si vienes a primera hora no hay tanta aglomeración. —Lo miré con desafío. Esperaba que contestara algo, pero su expresión era totalmente neutra.

—Si va por número yo he sido el primero. —Tyr me guiñó un ojo y a mí se me escapó una sonrisa.

—Vale, ya está bien, todos a vuestra habitación. Me voy a dormir.

Mi tono de voz era como el de una maestra regañando a sus alumnos. Incluso Eros y Tyr iban protestando mientras salían como si tuvieran tres años.

Al llegar a la puerta, Ares rozó mi mano con sus dedos y un escalofrío recorrió mi columna. Lo miré a la cara y pude ver una especie de sonrisa. Sus ojos estaban llenos de promesas. Tuve que cerrar la puerta con rapidez o lo metería en mi cuarto y no lo dejaría salir en toda la noche.

Por fin pude acostarme. Sola. Estaba agotada, pero una sonrisa asomó a mi cara. Había pasado de que los tíos no me hicieran mucho caso a tener tres en mi habitación y a la vez.

Mis sueños de esa noche no fueron aptos para menores.

Capítulo 22

Ares

Me fui hacia mi habitación bastante más enfadado de lo que estaba dispuesto a admitir.

Nix era preciosa, y por lo visto de eso no solo me había dado cuenta yo; al parecer los demás tíos que vivían allí también lo habían visto. Iba a ser complicado poder estar con ella a solas, su club de fans lo ponía bastante difícil.

Me tenía totalmente fuera de juego. Cuando estábamos en la enfermería y le dije que se acercara, me di cuenta de que esa especie de poder que yo ejercía sobre las personas a ella no le afectaba en absoluto, por lo que me sentí desconcertado pero pletórico; por primera vez en mi vida lo que era no iba a interferir en la voluntad de la otra persona. Si elegía acercarse a mí sería porque ella quería, y si decidía besarme también sería porque le apeteciera.

¡Dios mío, el beso! Había sido espectacular. Nunca, en toda mi vida, había sentido eso al besar a alguien, y el despliegue de energía de ella me había dejado con la boca abierta. No absorbí toda esa energía, aunque la tentación había sido enorme; pero no lo haría sin su consentimiento, con ella no.

Había llegado a la puerta de mi dormitorio cuando oí que alguien me llamaba. Puse los ojos en blanco, no estaba dispuesto a pasar por aquello, no en ese momento. Bueno, en realidad, ni en ese momento ni nunca. Me giré bastante hastiado con la situación. Delante de mí pude ver al rubio, creo que se llamaba Eros, acompañado del otro tío. Este último, sin saber por qué, me caía mucho mejor.

—Eh, tú, lùth. —Puse cara de hartazgo, ese tío era gilipollas—. Sabes que no puedes estar con ella, ¿verdad?

—¿Y eso quién lo dice? ¿Tú?

—No, eso te lo tendría que decir tu sentido común, pero por lo visto no sueles utilizarlo. Sabes que si te acuestas con ella podrías matarla.

—Podemos dejar que sea Nix quien decida eso, ¿no? —Intenté contenerme, aunque no funcionaba. No estaba acostumbrado a que me dijeran lo que tenía que hacer. En realidad, estaba poco acostumbrado a convivir con gente. No lo hacía desde que me escapé del último centro de acogida, cuando apenas era un adolescente.

—Yo puedo estar con ella sin necesidad de que corra peligro. —Tuve que respirar hondo. La imagen de Nix en la cama, debajo del rubito, se había colado en mi cabeza y me iba a costar sacarla de ahí.

—No la veo mucho por la labor.

—Lo estaba, hasta que has aparecido tú. —Volví a respirar hondo. ¿Hasta dónde habrían llegado? ¿Sentiría Nix algo por él? No me gustaba hacia dónde me llevaban mis pensamientos, así que decidí pararlos.

—Entonces jódete, rubito.

—No te acerques a ella; si le haces daño, te mato.

—¿Me estás amenazando? —Me acerqué mucho a él, igual pensaba que podía intimidarme.

—Vale, venga, vamos a dejar esta tontería. Somos tres, pues que gane el mejor. —Sabía que Tyr hablaba para destensar el ambiente, pero la alusión a que los tres pudiéramos competir por Nix hizo que de mi garganta brotara un gruñido mucho más amenazador de lo que pretendía—. Eso sin contar a Nótt, claro.

—¿Quién cojones es Nótt? —Mi voz sonó demasiado dura.

—Otro tío de la casa, que, aunque no está aquí, también está... interesado en Nix. —Estupendo, aquello era un no parar, la cosa se ponía cada vez mejor. Ya éramos cuatro.

—Tyr, tú no tienes nada que hacer, ella te ve como a un amigo; Nótt no tardará mucho en retirarse, y este —eso iba por mí— no puede acercarse a ella, así que Nix es mía —trató de sentenciar Eros.

Entonces sí que tuve que contenerme. Las palabras «Nix» y «mía» juntas, en la boca de ese imbécil, hicieron que mi temperamento se disparara. Estuve a punto de pegarle un puñetazo. Pero hacía tiempo que había dejado de ser un crío que se peleaba con todo el que le daba pie a ello.

—No me gustas nada. —Escupí las palabras muy cerca de su rostro.

—Pero por lo visto a ella sí que le gusto, por mucho que eso te joda, guapito —espetó él con suficiencia.

—Yo también le gusto, imbécil. Ya veremos qué pasa —le respondí, tajante.

A cada minuto que pasaba me caía peor, era un tío de lo más pedante. Quizá si lo hubiera conocido en otras circunstancias podría haberlo tolerado, pero en esos momentos no lo tragaba.

—Nos estáis excluyendo a mí y a mis encantos de la ecuación. —A pesar de que también iba detrás de Nix, Tyr me parecía un tío con el que sí podría llevarme bien.

—Esto no es una competición, es asqueroso hablar así de una tía. Yo simplemente respetaré lo que ella decida —zanjé.

—Hablando así te la llevas de calle fijo. —Sonreí ante el comentario de Tyr.

Eros no contestó, se dio media vuelta y entró en su habitación, cerrando con un portazo.

—¿Siempre es así de gilipollas?

—A veces es más.

—Pues mira que es difícil.

—Si se esfuerza puede hacerlo y llega a ser muy muy gilipollas. Buenas noches, Ares.

—Buenas noches, Tyr.

Entré en mi cuarto con una sonrisa en los labios. No sabía cuánto tiempo me quedaría en esa casa y me daba pánico pensarlo, porque no quería separarme de Nix, pero tenía la sensación de que, si me quedaba, podía contar con alguien en aquel lugar. Tyr parecía ser un buen tío.

Cuando me tumbé en la cama, analicé todo lo que me dijo el imbécil de Eros. Era verdad que si perdíamos el control mientras nos acostábamos con alguien podríamos matar a esa persona, pero yo estaba tan acostumbrado a contenerme que en muy contadas ocasiones había dejado a la chica con la que me acostaba inconsciente, así que lo de matarla era algo que ni me planteaba.

Había aprendido a controlarme muy bien, pero comprendía que ellos no lo sabían; el resto de lùth no tenía el más mínimo cuidado con esto. En parte lo entendía. Mantener ese control mientras te acuestas con alguien hace que no puedas disfrutar del sexo. Llegas al orgasmo, sí, pero es todo tan contenido que no lo saboreas en absoluto. Nunca había disfrutado del sexo, y eso en un tío de mi edad era bastante triste.

Al repasar mis pensamientos tuve una cosa clara: no quería irme y dejar a Nix. Eso era así, pero, joder, apenas hacía unas horas que la conocía... ¿De dónde venía este sentimiento tan fuerte hacia ella? Yo era un tío que no necesitaba ni dependía de otra persona y me gustaba que fuera así. Nunca había dejado que nadie tuviera el suficiente poder sobre mí como para hacerme daño.

Sin embargo, parecía que Nix era diferente al resto de personas con las que me había cruzado. Había algo en ella que me atraía muchísimo.

Así que haría todo lo posible por quedarme el tiempo que pudiera. Quería estar cerca de ella; además, si me iba, sería como servírsela al idiota de Eros en bandeja. Debería pensar en algo para que eso no pasara.

Me fui a dormir sin lograr quitarme a Nix de la cabeza. Di mil vueltas en la cama hasta conseguir quedarme dormido. Todo lo que soñé esa noche giró en torno a ella.

Capítulo 23

Nix

Bajé a desayunar más pronto que otros días. Áurea ya se encontraba allí, pero no había ni rastro de Hímero. Eros y Vali también estaban en el comedor.

Me acerqué hasta la cafetera sin ni siquiera saludar. Después de los sueños que me habían acompañado durante toda la noche, estaba casi más cansada que cuando me fui a dormir. Cogí mi taza y la llené hasta arriba de café; siempre le ponía algo de leche, pero ese día necesitaba mucha más cafeína de lo normal. Me hice una tostada para acompañar a mi bebida milagrosa y me senté en la mesa junto a ellos.

—Buenos días, ¿ya se ha ido Hímero a su casa? —Áurea puso una cara de lo más pícaro.

—No. Se ha quedado en mi habitación, descansando. —Hizo un aspaviento muy gracioso.

Eros levantó la cabeza y la miró con intensidad, Áurea le mantuvo la mirada con provocación. En esos momentos entró Tyr, con cara de sueño y vestido tan solo con un pantalón de pijama. Casi escupí el café que estaba bebiendo. Tenía un cuerpo espectacular. Áurea se puso a aplaudir y a silbar.

—¡¡Sí, señor!! Así deberías pasearte por la casa siempre. Nix y yo estaríamos mucho más contentas. —Solo pude asentir con la cabeza. Tyr, lejos de sentirse avergonzado, dio una vuelta para que pudiéramos contemplarlo mejor. Se sentía cómodo con su cuerpo, cosa que era totalmente comprensible. Si yo fuera un tío y tuviera esa anatomía, iría todo el día sin camiseta. Cuando acabó de pasearse se agachó a modo de saludo. Eros bufó, parecía irritado.

—Antes de que se me olvide, que me estáis distrayendo —nos guiñó un ojo a Áurea y a mí—, acabo de cruzarme con Diego, tenemos reunión en media hora en su despacho.

—Subirás a ponerte una camiseta antes de ir, ¿verdad?

—No veo qué necesidad hay de eso, yo lo veo estupendo así, ¿verdad, Nix?

—¿Dónde hay que firmar para corroborarlo?

Tyr nos ofreció su mejor sonrisa, y puedo asegurar que era una de las más bonitas que yo había visto en mi vida. Eros se levantó de la silla y salió de la cocina sin ni siquiera decir «adiós».

—Está celoso porque él no tiene este cuerpezco ni otros atributos de los que no voy a hablar delante de unas jovencitas inocentes como vosotras.

A Áurea y a mí nos dio la risa. Tyr era incorregible, pero me encantaba, parecía estar siempre de buen humor. Era ese tipo de personas a las que te gusta tener cerca.

Cuando terminé de desayunar volví a mirar a la puerta, Nótt acababa de llegar y solo faltaba por aparecer Ares.

—Puede que me equivoque, pero podría ser que se hubiera marchado ya.

Me giré para mirar a Áurea, era una tontería preguntar a quién se refería. Me había pillado y tenía que admitirlo. No sabía que había sido tan poco discreta.

Un desasosiego me invadió. ¿Y si era verdad? ¿Y si no volvía a verlo más? Bueno, tampoco lo conocía mucho y desde luego no era la persona más indicada para mí, pero no pude evitar sentirme apenada.

Nos encontramos con Tyr y Eros de camino al despacho de Diego. Iban bromeando y no había ni rastro del enfado con el que Eros se había ido hacía apenas unos minutos de la cocina.

Los dos intentaban atraer mi atención en todo momento, era agotador. Tyr al final había subido a su habitación a ponerse una camiseta; de no haber sido así, mi atención habría recaído plenamente en él.

No estaba de humor para aguantar ese tipo de rivalidad, y no me apetecía hablar con ninguno de los dos. Al final se lo dije. Me miraron con cara de sorpresa, pero no tenía por qué aguantar una conversación que no me apetecía solo por ser educada.

Al entrar en el despacho de Diego, todos tomamos asiento. Esta vez no esperamos a que él nos invitara a hacerlo.

—Hola. La reunión de hoy es un poco diferente, y quiero que, además de estar muy atentos y atentas a todo lo que os voy a explicar, abráis un poco la mente.

—¿Más?

—Mucho más. —A Diego se le escapó una media sonrisa mientras contestaba a Nótt.

La puerta se abrió, interrumpiendo a Diego. Antes de girarme supe que era él. Toda mi piel se erizó. Me asustó el hecho de que consiguiera una reacción así en mí tan solo con su presencia.

—Hola, Ares. Toma asiento, por favor.

Cogió una silla y la arrastró hasta colocarla a mi lado. No pudo ponerla pegada a la mía porque Eros no se movió ni un ápice para dejarle sitio. Además, lo fulminó con la mirada, pero a Ares no pareció importarle lo más mínimo.

—Bueno, el principal motivo por el que os he reunido es porque he tenido una interesante conversación con Ares. Al parecer, las cosas están mucho peor de lo que imaginábamos. Los lùth se han organizado y, según se ve, están muy bien coordinados. Cada día son más y su número crece con mucha rapidez, por lo que han pasado de ser poco peligrosos a elevar las alarmas al nivel 5. —No tenía ni idea de lo que eso quería decir, pero por la cara de sorpresa de todos debía de ser jodido—. Así que hay que contratacar, y hay que hacerlo rápido. Hemos decidido que los equipos de las otras dos casas saldrán juntos.

—¿Y nosotros?

—Vosotros también saldréis juntos.

—Pero, aunque los miembros de nuestra casa salgamos juntos, sigo sin verlo muy equilibrado. Ellos serán cuatro equipos, es decir, doce personas, y aquí solo somos seis.

—Nosotros contamos con ayuda extra. Ares ha decidido unirse a nuestra casa.

—¿¡Qué!?! —La sorpresa fue generalizada.

—No puede ser, pero si es uno de ellos... Nunca había habido un lùth en una de nuestras casas.

—¿Y eso en qué nos ayudará? —Áurea era mucho más práctica que el resto.

—Gracias, Áurea. Ha sido una decisión que no he tomado solo. Me he pasado mucho tiempo hablando con casi todos los directores de todas nuestras casas, y hemos decidido que puede beneficiarnos que se quede. No te lo tomes a mal, Ares, pero nos vendrá muy bien contar con tu ayuda. —Diego siempre tan diplomático.

—Sin problema, jefe. —A la cara de Ares asomó una sonrisa tan arrebatadora que me dejó momentáneamente sin aliento.

—Hemos llegado a la conclusión de que, como él es uno de ellos, conoce el funcionamiento de todo y conseguirá orientarnos en muchas cosas que nosotros desconocemos. No puedo daros mucha más información, a medida que vayamos descubriendo nuevas cosas os iré informando. Por cierto, Ares se quedará en una de las habitaciones de vuestra planta. La única que queda vacía. —Estupendo, esa era la habitación que estaba pegada a la mía.

—¿No es peligroso tenerlo aquí? ¿Y si una noche decide entrar en una de nuestras habitaciones? Podría matarnos. —Eros no estaba muy emocionado con la idea de que Ares se quedara.

—Confío en Ares, pero, de todas maneras, cierra con pestillo. —Diego habló con mucha seguridad, verdaderamente confiaba en Ares. La última parte de la frase la había dicho con algo de recochineo.

Eros me miró de una manera muy significativa. Como si en realidad por la que estuviera preocupado fuera por mí. Puse cara de exasperación. Sabía cuidarme solita, lo había hecho durante toda mi vida.

De la garganta de Ares salió una especie de gruñido. Por lo visto se había dado cuenta del intercambio de miradas entre Eros y yo. Cuando habló fue en un susurro tan bajito que solo pudimos oírlo nosotros.

—No voy a hacerle daño, rubito. —Ares hablaba con la mandíbula apretada.

—Mantén las manos lejos de ella. —Esta vez fui yo quien se giró hacia Eros con cara de enfado.

—¿Pero tú qué te has pensado? —Ares sonrió y, antes de que Eros pudiera contestarme, Tyr prosiguió hablando:

—Vale, de acuerdo, pero seguimos siendo menos. —Continuaba preocupándole la diferencia numérica.

—Sí, pero nosotros tenemos a Nix. —Diego me miró con intensidad.

Todos se giraron a observarme, haciendo que me subieran los colores. No entendía lo que esperan de mí, pero desde luego hasta el momento no había podido ofrecer gran cosa.

Ares, al notar mi incomodidad, puso su mano sobre la mía. No estaba segura de que algún día pudiera acostumbrarme a lo que me hacía sentir solo con tocarme.

Capítulo 24

Ares

Diego y yo nos habíamos reunido a solas para hablar de cómo estaban las cosas. Los dos nos mostramos preocupados al respecto.

—Todo ha cambiado mucho de un tiempo a esta parte. Puedo ver cómo los lùth empiezan a agruparse, a coordinarse. Hasta hace apenas unos meses era raro ver a dos de los míos juntos. Normalmente no nos gusta ir en compañía, ya que necesitamos energía más habitualmente.

—¿Por qué? Quiero decir, sé que no vais juntos, pero desconozco el motivo, aunque puedo imaginarlo. Me gustaría que me lo explicaras.

—No sé bien cómo funciona, pero nosotros necesitamos la energía de otras personas para... «recargarnos». Si pasamos mucho tiempo con otro lùth necesitamos hacerlo con más frecuencia, no sé si es porque nos chupamos la energía unos a otros sin querer. Tampoco podemos tener una relación sentimental con otro lùth, pues nos acabaríamos matando. Hay momentos en los que absorbemos energía casi sin darnos cuenta, sobre todo cuando practicamos sexo; es cuando más te dejas ir y resulta más difícil controlarte. Si lo hacemos con otro lùth podríamos matarnos con más facilidad, ya que siempre vamos más justos de energía.

»Jamás he visto mantener una relación sentimental a dos lùth, pero también es verdad que nunca he visto a dos juntos. Aunque, siendo del todo sincero, los lùth no tenemos pareja de ningún tipo. Podemos salir con alguien durante un tiempo, pero no alargarlo, pues nuestra pareja no aguantaría darnos energía durante un periodo largo. Estamos condenados a una vida en soledad.

—Pero podéis tomarla de otras personas, ¿no?

—Bueno, sí, aunque es algo complicado y bastante difícil de explicar.

—Inténtalo. —Una sonrisa cruzó el rostro de Diego. Se la devolví casi sin ser consciente de ello.

—La absorción de energía va bastante vinculada con... nuestra parte... sexual o erótica, no sé. Mis preferencias sexuales son las mujeres, por lo que nunca he tomado energía de un hombre, aunque no tendría ningún problema en hacerlo si fuera necesario. No es exactamente como el sexo, pero sí es un momento que tiene un punto de erotismo. Por eso sería difícil mantener una pareja y tomar energía de otra persona, aunque no es nada descabellado, tampoco.

»También he de decir que los lùth solemos ser personas muy solitarias y no somos proclives a tener pareja ni tampoco demasiada actividad social. Tomar energía no es lo mismo que comer, llega un momento en el que te obsesionas y solo vives para eso. A mí no me ha pasado jamás, pero he oído a muchos de los míos comentar que no pueden centrarse en otra cosa que no sea buscar

una víctima y tomar su energía. En realidad tiene sentido, porque cuanto más energía tomas más fuerte te sientes. Por ese motivo no piensan en otra cosa y la vida social de un lùth es prácticamente nula.

—Al parecer las cosas están cambiando.

—Sí, y no pintan demasiado bien.

—¿Sabes algo más? —Una idea que hacía tiempo rondaba por mi cabeza empezó a coger forma.

—No, pero podría averiguarlo.

—¿Cómo?

—Infiltrándome en algún grupo; soy uno de ellos, no me resultará difícil.

—Tiene sus riesgos, podrías correr peligro y más si lo haces solo. No puedo pedirte que hagas algo así.

—No me lo has pedido tú, me he ofrecido yo, y no correré más peligro que cualquiera de los integrantes de las casas. La cosa se está poniendo fea y ahora son los equipos los que están en verdadero peligro.

—¿Por qué haces esto?

—¿Podrás guardarme el secreto?

—Sí. —Confíaba en Diego, me parecía una de las personas más íntegras que había conocido en mi vida.

—No me gusta lo que soy, jamás me he sentido cómodo utilizando a la gente para robarle su energía.

—No tienes opción, si no lo haces morirías, y las personas a las que les robas la energía ni siquiera se dan cuenta.

—Ellas no, pero yo sí, y no me gusta. Tampoco me entusiasma cómo me siento cuando paso mucho tiempo sin recargarme, es como si estuviera sumamente cansado, incluso me siento enfermo. Y lo que para otros es excitante, como buscar a la persona cuya energía vas a tomar, para mí es simplemente rastrero y ruin.

—Eso dice mucho a tu favor. Sin embargo, hay algo más que todo esto, ¿verdad? —Diego, además de ser inteligente, era sumamente perspicaz.

—Sí, hay dos cosas más. La primera es que me gustaría poder quedarme aquí.

—¿En nuestra casa?

—Exacto. No tengo adónde ir y no quiero separarme de Nix. —Diego me observó con curiosidad.

—No creo que haya problema, nunca hemos tenido a un lùth viviendo en nuestras instalaciones, pero confío en ti. Eso sin contar que vas a colaborar con nosotros, lo que te hace casi uno de los nuestros. —Diego me sonrió y por primera vez en mi vida sentí que pertenecía a algún sitio, que formaba parte de algo—. Debo hablarlo con los directores de las otras casas, pero no creo que

haya inconveniente. Tenemos una habitación libre, podrás quedarte allí el tiempo que quieras. Sin embargo, esa no es la principal razón por la que haces esto, ¿me equivoco?

—No, la razón principal es que no me gustaría que Nix se pusiera en peligro.

—Nix es una de los nuestros, solo por ese motivo ya está en peligro.

—Lo sé, pero si puedo mitigar en algo ese riesgo, lo haré.

—Eso te honra, si bien te diré una cosa: no subestimes a Nix, es mucho más poderosa que todos nosotros juntos. Solo hace falta que ella lo crea.

—Ya me he dado cuenta de que es diferente. La primera vez que la vi lo supe, irradiaba una luz que no había visto nunca. Me preocupa pensar que los demás lùth también puedan ver esa luz.

—Eso es poco probable. Si fuera así, ya la habrían utilizado alguna vez.

La sola idea de imaginar a Nix con un lùth sobre ella mientras tomaba su energía me repugnaba más que imaginármela con el gilipollas de Eros, y eso era mucho decir.

—¿Por qué se curan tan rápido sus heridas?

—No lo sé. Genéticamente es distinta a todo lo que había visto antes. Yo también tengo mil preguntas rondando en mi mente, pero muchas de ellas, por el momento, no tienen contestación. Lo único que sé es que Nix ahora mismo es como una caja por abrir; en cuando lo haga, nos sorprenderá a todos.

A mí me había dejado alucinado desde el primer momento en que la vi. No me imaginaba que pudiera hacerlo más.

En esos momentos no lo sabía, pero aún me faltaban muchas cosas por descubrir. Muchísimas.

Capítulo 25

Nix

Bueno, pues no solo era que Ares no se hubiera ido, sino que lo vería todos los días y su habitación estaba pegada a la mía. A ver cómo era capaz de dormir cada noche pensando que él estaba al otro lado de la pared.

Ese día era el cumpleaños de Tyr. Acababa de enterarme de que cuando algún miembro de la casa cumplíamos años teníamos el día libre para poder celebrarlo con nuestra familia o amigos. Me sorprendió que Tyr no quisiera salir.

Áurea se había empeñado en que preparáramos nosotras mismas el pastel; por mucho que insistí en que la repostería se me daba de pena, no me hizo el menor caso. Mientras observaba cómo ella movía la masa del bizcocho que estaba haciendo, le formulé la pregunta que rondaba por mi cabeza desde que me había levantado:

—¿Por qué Tyr no lo celebra con su familia?

—Eso es algo que debería explicarte él. Tyr no ha tenido una infancia como la mía o la de Eros, además su caso es bastante... peculiar.

—¿Qué quieres decir con peculiar?

—No diré ni una palabra más.

Antes de que pudiera insistir y sonsacarle algo más a Áurea, Eros entró en la cocina.

—Aquí huele de maravilla.

—Áurea está haciendo un pastel para Tyr.

—En realidad lo estamos haciendo las dos.

—No. Tú lo estás haciendo mientras yo no paro de hablar.

—¿De qué es el pastel? —Eros miraba a Áurea con mucha intensidad.

—El de chocolate y nueces.

—Mi favorito. Hace mucho tiempo que no lo como.

—Unos cuantos años, sí. —Áurea se había ruborizado y yo llegué a la conclusión de que estaban hablando de algo más que de un simple pastel.

Eros se acercó hasta donde estaba ella y le acarició la mejilla con tanta delicadeza que yo no estaba segura de que Áurea lo hubiera notado. Pero cuando levantó la mirada y la posó en él había un deseo tan voraz en sus ojos que tuve que apartar la vista.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar Eros se había dado la vuelta y había salido de la cocina dando grandes zancadas. Áurea se había quedado en la misma posición en la que estaba y

se tocaba la mejilla con los dedos con expresión absorta. Cuando noté que sus ojos empezaron a humedecerse, creí imprescindible empezar a hablar:

—Perdona, Áurea, pero ¿cuándo habéis dejado de hablar de pasteles? —Una sonrisa de lo más triste asomó a sus ojos.

—Es el bizcocho favorito de Eros, se lo he hecho siempre el día de su cumpleaños desde que tenía diez años. Cuando cumplió los diecisiete encontramos una manera mucho más... entretenida de comerlo, sin tener que usar cubiertos. —De pronto se puso seria—. En fin..., gilipollices. Voy a llamar a Hímero. ¿Te importaría recoger esto, por favor? —Puso su sonrisa más dulce.

—Es lo mínimo que puedo hacer, el pastel lo has cocinado tú solita.

—Mil gracias. —Áurea salió pitando de la cocina.

Mientras fregaba, mi pensamiento volvió hasta Tyr. Lo poco que Áurea me había explicado había hecho que mi curiosidad se disparara, por eso, cuando acabé de recoger, fui a dar una vuelta por la casa y probar si me «encontraba» accidentalmente con él.

No sabía por qué estaba actuando así, era la vida privada de otra persona y normalmente no soy una cotilla, pero algo en la manera de hablar de Áurea me dejó intrigada.

No hubo manera de encontrarlo y encima ese día no teníamos entrenamiento, ya que nos habían dado fiesta por ser su cumpleaños. Al final acabé llamando a la puerta de su cuarto como una auténtica chismosa, pero tardó tanto en contestar que pensé que tampoco estaría allí. Cuando lo hizo abrí la puerta con cuidado. La habitación estaba muy desordenada, pero toda mi atención se la llevó Tyr, que se encontraba tumbado en su cama, en calzoncillos, y nada más.

—Hola, preciosa, dime que vienes a alegrarme el día. —En su voz había tanta tristeza que me acerqué hasta él.

—Hola, Tyr. ¿Qué haces aquí encerrado el día de tu cumpleaños?

—Digamos que no es mi día favorito del año.

—¿No me dirás que te da miedo envejecer? —Tyr me miró con diversión.

—Es bastante más complejo que eso.

Me senté junto a él en su cama. Nada más hacerlo pude comprobar que no había sido buena idea. Estábamos demasiado cerca, era todo muy íntimo y él solo llevaba puesto unos calzoncillos.

—Bueno, si algún día te apetece hablar de ello, aquí estoy. —Se me había pasado de golpe ese afán de cotilleo que tenía. Tyr no sonreía y eso me preocupó más que cualquier otra cosa.

Me miró a los ojos y pude comprobar cómo el deseo despertaba en ellos. Bueno..., despertó en sus ojos y en otros lugares de su cuerpo. Cuando miré en esa dirección en concreto se me secó la garganta; o mi grado de desesperación era muy alto o esa parte era demasiado... grande.

Se incorporó ligeramente y pasó su mano con delicadeza por detrás de mi nuca. Estaba a punto de besarme cuando me aparté ligeramente. No tenía ni idea de dónde había sacado la fuerza de voluntad necesaria para hacer eso.

—¿Acabas de hacerme una cobra? —Levantó una ceja, pero parecía divertido.

—Pues sí, creo que sí.

—No me lo habían hecho nunca.

—Me lo creo. —Solo había que verlo para estar segura de eso—. Pero no es buena idea, Tyr.

—No, supongo que no.

Volvió a tumbarse en la cama mientras un suspiro salía entre sus labios. Le di un beso en la mejilla y salí de su habitación. No me gustaba en absoluto verlo así. Tyr era la persona más alegre y divertida que había conocido nunca.

Cuando bajó por la tarde a soplar las velas, no había ni rastro del Tyr taciturno que me había encontrado en su habitación. Volvía a ser el de siempre. Estaba claro que todos teníamos fantasmas que nos perseguían.

Capítulo 26

Nix

La siguiente semana se me hizo muy larga y pesada. Me apartaron del entrenamiento con el resto de los chicos y estuve entrenando con Diego.

La instrucción con él consistía en algo mucho más mental que físico. Diego insistía una y otra vez en que tenía que aprender a canalizar mi energía. Por mucho que lo intenté lo único que conseguí fue agotarme.

Al ver que no hacía ningún progreso, Diego empezó a impacientarse. No teníamos demasiado tiempo y, por lo visto, esperaban mucho de mí.

Transcurridos cinco días me citó en su despacho. Al entrar me encontré con él y con Ares. Este estaba de espaldas, de pie junto a la mesa, y no pude evitar que mis ojos se posaran en su trasero. Tenía el mejor culo que había visto en mi vida. Al girar la cabeza, Ares sonrió al ver dónde se habían posado mis ojos, y Diego carraspeó antes de hablar:

—Sentaos, me gustaría hablar con los dos. —Tomé asiento y Ares pegó su silla a la mía. Cuando su mano se posó en mi muslo me estremecí—. Veréis, no tenemos mucho tiempo y no os pediría esto si no fuera importante y urgente. —Diego parecía inquieto y preocupado—. Ares, necesito saber si serías capaz de absorber energía de Nix. No quiero que le pase nada, por eso te pregunto si tienes suficiente control como para parar a tiempo. No sé cómo funcionáis del todo y no comprendo lo que hace falta para que puedas tenerlo controlado, igual te estoy pidiendo demasiado.

—No te preocupes, puedo hacerlo, siempre he conseguido mantenerlo a raya. Jamás se me ha ido de las manos, ¿por qué iba a ser diferente ahora? —Ares se encogió de hombros con indiferencia.

—De acuerdo. Nix, necesito comprobar una cosa. ¿Estarías dispuesta a que Ares te robara algo de energía?

¿Por qué cada vez que pensaba en Ares robándome energía me venían a la cabeza escenas de lo más eróticas? Giré la cabeza hacia donde él estaba, vi que sonreía con un punto de ironía y chulería que hizo que me diera la sensación de que sabía exactamente lo que yo estaba pensando. Aunque intenté que no pasara, acabé ruborizándome.

—Sí. —Estaba segura de que Ares no me haría daño; no entendía de dónde me venía esa certeza, pero lo tenía muy claro.

—Vale, pues vamos a la sala de entrenamiento.

—¿Ahora?! —Mi voz sonó con un punto de histeria.

—Esto es urgente.

Nos levantamos y fuimos hacia la sala de entreno. Cuando llegamos, todos los chicos estaban allí. Al verlos, Ares se dirigió a Diego:

—Si no te importa, me gustaría que no hubiera nadie en la sala. Puedo hacerlo igual, pero la absorción de energía es un momento... mmm... íntimo para mí y preferiría estar a solas con Nix.

—Me estremecí de la cabeza a los pies. Al contrario de lo que pudiera parecer, no era precisamente el miedo lo que había conseguido hacerlo.

—No hay problema, aunque estaremos mirando fuera.

—Si no hay otro remedio...

Diego hizo salir a todo el mundo. Eros y Tyr lo hicieron refunfuñando y preguntando que de qué iba todo aquello. Diego no les contestó. Se colocaron al otro lado del cristal para poder observarnos desde fuera. Hubiera preferido que no lo hicieran.

—Tu club de fans está preocupado, ¿lo estás tú? —Ares hablaba con prepotencia, intentaba ocultar la preocupación que transmitía su voz. No lo consiguió.

—En absoluto.

—No voy a hacerte daño. —No estaba segura de si me lo decía a mí o a él mismo.

—Lo sé.

—No me atrae en absoluto hacer esto con público, me gustaría mucho más hacerlo en tu habitación, a solas, pero creo que no me queda más remedio. Para mí absorber energía es muy erótico, por eso preferiría no tocarte, de lo contrario no sé si seré capaz de controlarme. —Agrandé los ojos y él habló rápidamente—: En estos momentos, cuando hablo de controlarme, no me refiero a la energía, estoy hablando de tú y yo, en una cama, durante las próximas veinticuatro horas. —La boca se me secó ante esa imagen. No supe lo que contestar, por eso me mantuve callada.

Ares se colocó delante de mí y me miró a los ojos. Mientras lo observaba pude ver una pequeña luz azul en los suyos. Intensificó la mirada. Yo no entendí qué estaba pasando. Por el altavoz que había en la sala se oyó la voz de Diego:

—Ares, puedes empezar cuando quieras.

Por lo visto, Diego no había colgado el altavoz y oí con claridad a Eros:

—Pero ¿estamos locos o qué? Como le pase algo... —La voz se cortó y Diego volvió a hablar.

—¿Ares?

—¡¡Ya lo hago!! Con la energía que estoy intentando quitarle debería estar inconsciente. Pero no puedo, está como bloqueada, o yo qué sé... —Lo dijo con irritación.

—De acuerdo. Déjame probar otra cosa. —Diego entró al cabo de unos minutos acompañado por Eros.

—Ares, quiero que repitas la operación, pero con mucho más cuidado.

—Será un placer.

A mí todo aquello no me parecía buena idea, y menos cuando Ares y Eros quedaron uno delante del otro. La hostilidad se podía sentir en el ambiente.

Volví a ver esa llama en los ojos de Ares y, pasado un tiempo que no fui capaz de saber si fueron minutos u horas, ya que estaba muy nerviosa, Eros se tambaleó. Me acerqué a él para que no cayera.

—Suficiente, Ares. —Diego giró la cabeza hacia la puerta—. Entrad.

Cuando todos estuvimos dentro Diego empezó a hablar:

—Por lo visto, Nix, además de curar todas sus heridas, también es capaz de que los lùth no le afecten.

—¿Qué quiere decir eso, que no se queda sin energía? —preguntó Nótt, asombrado.

—Exacto. Ella puede dar energía si quiere, aunque aún no sepa cómo, pero, además, si intentan quitársela es capaz de parar el ataque. —Todas las cabezas se giraron hacia mí—. Y lo mejor es que aún no tenemos ni idea de todo lo que es capaz. Preparaos, esta noche salís.

Capítulo 27

Nix

Estaba acabando de vestirme cuando unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Puse los ojos en blanco, a ese paso mi habitación iba a convertirse en una parada obligatoria.

—Adelante. —Ares abrió la puerta y se apoyó en el marco. Me miró de arriba abajo y su escrutinio me puso nerviosa; no nerviosa en plan insegura, no, nerviosa en plan caliente.

Entró, cerró la puerta y se fue acercando hasta donde yo estaba sin apartar los ojos de mí. Su andar era lento y estaba haciendo que me impacientara.

—Date la vuelta.

No entendí lo que quería decir, pero me puse de espaldas a él. Noté sus manos en mi piel y caí en la cuenta de que no me había abrochado la blusa que llevaba. A medida que sus dedos iban ascendiendo por mi cuerpo, un calor de lo más intenso subía por mi espalda.

Ares se pegó a mí y puso sus labios sobre mi oreja. Cuando noté su aliento, un gemido escapó de los míos.

—Me va a costar mantener las manos apartadas de ti.

—Nadie te ha dicho que las apartes.

Pude notar que algo crepitaba entre nosotros. Me di la vuelta despacio, lo abracé por el cuello y enredé mis manos en su pelo. Nuestras bocas se encontraron a medio camino y mis labios se fundieron con los suyos. Al enlazarse nuestras lenguas fui consciente de que ese beso no tenía nada que ver con el que habíamos compartido hacía un rato.

Llegamos a la cama y nos tiramos en ella sin muchos miramientos. Ares casi me arrancó la blusa. Mi sujetador desapareció sin apenas darme cuenta. Él estaba encima de mí y pude notar a la perfección lo excitado que se encontraba. Se apartó un poco para poder mirarme.

—Joder, con la ropa puesta ya parecían bonitas, pero no imaginé que tanto. —Y se perdió durante un buen rato entre mis pechos.

Empecé a ver borroso y una tenue luz azul comenzó a envolvernos. Mis oídos empezaron a emitir una especie de zumbido. Cerré los ojos y me dejé llevar por lo que Ares me estaba haciendo sentir. Cuando apartó su cabeza de mis pechos y sopló sobre mi pezón, me excité tanto que pensé que estallaría en ese mismo momento. Pero todo acabó de manera precipitada cuando Ares se estiró bruscamente encima de mí, casi aplastándome.

No entendía por qué había parado hasta que giré la cabeza y en la puerta de mi cuarto pude ver a Eros. Fue en ese momento cuando me percaté de que lo que Ares hacía era tapar mi desnudez y, ya de paso, soltar un montón de tacos.

No podía incorporarme porque estaba desnuda de cintura para arriba y hablar desde esa posición era bastante incómodo.

—Siento mucho interrumpir, pero tenemos que irnos. —No lo sentía en absoluto.

—¿Tú no sabes llamar a la puerta o qué? ¿Y si Nix hubiera estado cambiándose?

Eros puso una cara que venía a decir que lo hacía precisamente por eso. Ares gruñó.

—Eros, sal de aquí, tengo que levantarme y no puedo hacerlo si tú sigues en mi habitación.

—No veo dónde está el problema.

El cuerpo de Ares se tensó encima de mí. Estaba segura de que si no hubiera tenido que taparme se habría encarado con él.

—Sal ya. —Los dientes de Ares rechinaban mientras escupía las palabras.

—No me digas lo que tengo que hacer. Algún día ella estará debajo de mí. Pronto.

En ese instante habría sido yo la que lo hubiera abofeteado. Ese exceso de testosterona era mucho más de lo que yo toleraba. Una cosa era sentirse alagada porque algunos tíos se interesaran por mí y otra muy diferente que hablaran como si yo no estuviera presente o como si fuera un mero objeto.

Eros dejó la habitación mucho más despacio de lo normal. Al cerrar la puerta, Ares saltó como un resorte.

—Este tío es gilipollas. —Eros me caía bien, pero en esos momentos no pude rebatírsele—. He sido muy descuidado, pero no se me olvidará poner el cerrojo la próxima vez.

Me quedé unos instantes tumbada pensando en la «próxima vez». Finalmente me levanté, tenía que moverme, nos estaban esperando. Ares fijó la vista en mis pechos. Sus pupilas se dilataron tanto que sus ojos parecían negros.

Se sentó en la cama y me acercó a él. Metió su cara entre mis dos senos. Unas punzadas de placer recorrieron todo mi cuerpo y creí que seríamos incapaces de detenernos, pero Ares apartó la cabeza y me miró.

—Será mejor que paremos. Tenemos que irnos y lo último que quiero es hacer esto con prisas. —Me estremecí por la anticipación, sus ojos estaban llenos de promesas de lo más calientes.

Acabé de vestirme mientras él, echado en mi cama, no perdía detalle de nada.

Cuando estuve lista, nos dirigimos a la puerta. Al abrirla pudimos ver a Eros apoyado en la pared de enfrente.

—Tengo buenisimas noticias. Diego ha decidido dividir los equipos y nos toca a los tres juntos. ¿No es maravilloso? —La ironía rezumaba en cada una de sus palabras.

Sí, era estupendo. Vaya nohecita nos esperaba.

Diego nos explicó que esa noche sería tranquila, por eso había decidido dividir a los equipos. Normalmente las noches más complicadas eran las de luna llena. Al parecer la luna también influía en las energías. Estaba haciendo un máster acelerado de ciencias.

Eros se puso a mi lado y empezó a hablar conmigo. Ares se mantuvo detrás de nosotros con cara de mosqueo. Iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 28

Nix

Me desperté y estuve un rato en la cama. Como ya había imaginado, formar parte del mismo equipo que Eros y Ares había sido un tanto problemático. Pero lo que de verdad me desconcertó fue la cantidad de sueños eróticos que tuve esa noche ¡con los dos!

Me levanté y me fui directa a la ducha. Llevaba demasiado tiempo sin sexo y mi cuerpo lo sabía. El agua fría me fue bien, pero no consiguió calmarme del todo.

Bajé a desayunar. Por lo visto se me habían pegado las sábanas, otra vez, porque ya estaban todos allí.

Miré la mesa con atención. Eros se apartó ligeramente para que pudiera poner mi silla junto a él, lo mismo hizo Ares. Miré a Áurea, imposible sentarme a su lado, así que opté por hacerlo al lado de Tyr. No tenía ganas de más enfrentamientos entre esos dos. A Tyr no le cabía la sonrisa en la cara cuando vio que me sentaba junto a él.

—Hola, preciosa, ¿has dormido bien?

Me puse tan roja por esa simple pregunta que Tyr me miró extrañado. Cuando levanté los ojos, el resto también me miraba con curiosidad.

—Sí, bien.

Comenzaron todos a hablar acerca de algo que pasaría esa noche, pero yo no presté atención. Me sumí en mis pensamientos hasta que noté que alguien me miraba. Levanté la cabeza y me crucé con los ojos de Ares. Me miraba con tanta intensidad que estuve a punto de bajar la vista, pero la mantuve hasta que una sonrisa cruzó su cara y me vi sonriendo yo también.

Los demás chicos estaban comentando que esa noche iba a ser movidita, por ese motivo Diego nos había dado el día libre.

Me dirigí a la biblioteca para leer un rato, pero cuando iba de camino alguien me cogió de la mano haciendo que me girara. Era Ares.

—¿Te apetece que salgamos a dar una vuelta? —Asentí con la cabeza.

Me apetecía mucho, así que nos encaminamos hacia la puerta sin soltar nuestras manos. El día estaba gris, por lo que me alegré de haberme puesto manga larga esa mañana.

Fuimos paseando tranquilamente y en silencio. Cuando permanecía junto a Ares estaba cómoda, aunque no habláramos. El simple hecho de tenerlo junto a mí me hacía sentirme bien. Ni siquiera hablamos al toparnos con una cafetería preciosa que pareció encantarnos a los dos. Simplemente nos miramos a los ojos y entramos. Ares se sentó frente a mí. No me acostumbraba a la intensidad con la que sus ojos me miraban.

Me resultó raro estar con él fuera de la casa, haciendo algo tan normal como tomar un café en una cafetería.

—Cuéntame algo de ti.

—Pues no hay mucho que contar. —Pensé un momento por dónde empezar—. He vivido en muchos sitios, ya que el trabajo de mi madre hacía que nos mudáramos con frecuencia. Siempre he estado sola, porque lo principal en la vida de mi madre no era su hija, sino su carrera.

—¿Y tu padre? —Ares seguía con interés todo lo que le explicaba.

—Mi padre nos abandonó, así que ella era mi padre y mi madre.

—¿Y ahora dónde está?

—Murió al poco tiempo de venir a Barcelona. Un accidente de coche.

—Vaya, lo siento. —Aunque no tenía una buena relación con mi madre, me apenaba pensar en ella, así que cambié de tema.

—Y tú, ¿qué me cuentas?

—Yo me he criado de un centro de acogida en otro hasta que tuve la edad suficiente para poder vivir por mi cuenta. No tengo ni idea de quiénes son mis padres, y tampoco me importa demasiado. —Intentaba sonar despreocupado, pero su voz transmitía mucha tristeza.

—Vaya, los dos estamos solos. —No sabía qué más decir. Era duro que te criara una madre ausente, pero no contar con nadie debía de ser infinitamente más difícil.

—¿Has tenido muchas parejas? —Me sorprendió su cambio brusco de tema. Imaginé que a ninguno de los dos nos entusiasmaba hablar de nuestra infancia ni de nuestros padres.

—Bueno, depende de lo que para ti sean muchas. En realidad, pareja en plan salir mucho tiempo no, pero sí he tenido algunas relaciones esporádicas.

—No me extraña en absoluto. —Me miró de una manera que hizo que no supiera qué contestarle, así que le devolví la pregunta.

—¿Y tú?

—Yo no he tenido nunca pareja, pero de relaciones esporádicas no me puedo quejar. —Por su cara supe que habían sido bastantes, parecía que se excusaba—. Pero es complicado.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando me acuesto con alguien es muy fácil que pierda el control, ¿a quién no le pasa durante el sexo? La diferencia es que yo podría incluso matar a esa persona, por lo que he tenido que contenerme tanto que la mayoría de las veces resultaba muy frustrante.

No sabía por qué, pero me parecía difícil imaginarme a Ares reprimiéndose en la cama. Y a la vez bastante triste. Es uno de los pocos momentos en la vida en los que sueltas el control.

—¿Alguna vez has...?

—¿Si he matado a alguien? —Me pareció fascinante que supiera con exactitud lo que quería preguntarle—. Nunca. Solo al principio dejé inconsciente a un par de chicas, pero cuando fui capaz de dominarlo ni siquiera me gustaba eso.

—¿Por qué? Tampoco veo tan grave dejar inconsciente a alguien si con eso salvas tu vida.

—Lo estás planteando mal. Imagínate que sales de un local con un tío, te vas a un callejón o a un hotel y te levantas al día siguiente sin saber qué has hecho o qué te ha pasado. —Visto así, sí que era grave—. Intento aguantar hasta que ya no puedo más y tomo solo lo necesario para sobrevivir.

—¿Y no te sería más fácil tomar poco, pero de manera más continuada?

—Supongo que sí, pero cada vez me gusta menos lo que soy y lo que siento cuando tengo que quitarle energía a alguien, así que intento espaciarlo todo lo que puedo.

—Tiene que ser difícil.

—Es una mierda, pero creo que contigo no tendré ese problema. —Me guiñó un ojo y se me secó la boca.

—¿Por qué?

—Eres la persona con más energía que he visto en mi vida. Además, tienes la capacidad de que yo no te afecte. Aunque he de reconocer que me da algo de miedo que mientras nos acostamos bajas las barreras o algo así y pueda hacerte daño. Tendré que estar alerta. —Dos cosas de lo que dijo llamaron mi atención.

—¿Das por hecho que voy a acostarme contigo?

—Solo es cuestión de tiempo. —Me acerqué tanto a él que nuestros rostros casi se tocaron y abordé la segunda cuestión que había llamado mi atención.

—Pues cuando eso pase no quiero que te reprimas ni que estés alerta, quiero que lo hagamos totalmente descontrolados. —No sabía cómo había sido capaz de soltar algo así, pero al ver los ojos de Ares abrirse como platos y el deseo que ardía en ellos, no pude hacer otra cosa que sonreír con picardía.

—Tienes razón, no va a ser fácil controlarme. —Se tapó el rostro con las manos, parecía cansado.

—¿Por qué?

—Porque nunca he deseado a nadie como te deseo a ti. —Me estremecí de la cabeza a los pies—. Pero ese deseo se mezcla con un sentimiento de protección que me hace sentir un montón de contradicciones.

—Ya viste el otro día que no me afecta que me absorbas energía, puedo pararlo.

—Lo sé, pero ¿serás capaz de controlarlo en medio de un orgasmo? No es tan sencillo.

Tenía razón, no estaba segura de poder dominarlo en ese momento; en realidad, no sabía cómo lo había hecho la otra vez, pero algo me decía que Ares no me haría daño. O, mejor dicho, algo me decía que yo no dejaría que me hiciera daño, por lo menos en el plano físico.

Era un pensamiento absurdo, ya que no controlaba nada de lo que me pasaba, pero, sin entender el porqué, estuve segura de eso.

Volvíamos caminando y hablando tranquilamente. Cuando casi habíamos llegado, Áurea salió a nuestro encuentro.

—¿Dónde estabais? Ha pasado algo.

Los tres corrimos hacia el interior de la casa.

Capítulo 29

Nix

Fui consciente de que algo no iba bien en cuanto entramos en la casa y vi la cara de Diego.

—Ha habido un accidente. —Pareció que la palabra «accidente» la escupía—. Han muerto varias personas. Los directores de las casas hemos tenido una reunión de urgencia, la cosa pinta muy mal. Los causantes del accidente fueron los lùth y había por lo menos cinco. —Se pasó la mano por el pelo en un gesto que denotaba su nerviosismo—. Esta noche quiero que salgáis todos juntos, y, por favor, tened mucho cuidado.

—¿Cómo sabéis cuántos eran?

—Uno de los equipos de otra casa estaba por la zona. Nunca habíamos visto a tantos juntos. Dos o tres es peligroso, cinco casi un suicidio. Por eso os pido encarecidamente que no os separéis los unos de los otros, y si veis que no podéis hacer nada, si os veis acorralados, avisad; pero, por favor, no hagáis tonterías.

Nos explicó un poco por la zona que tendríamos que ir y fuimos saliendo de su despacho bastante alarmados.

Cuando estábamos en el pasillo, Diego volvió a hablar:

—Ares, necesito que te quedes un momento. —Antes de entrar en el despacho de Diego, Ares me miró. No conseguí identificar lo que vi en sus ojos.

Subí a mi habitación y me preparé mentalmente para lo que iba a pasar esa noche. Por primera vez desde que llegué a la casa nadie llamó a mi puerta. Lejos de tranquilizarme me inquieté más. Debían de estar muy preocupados.

Me di especialmente cuenta de la gravedad del asunto cuando bajé y vi las caras de mis compañeros. La inquietud se reflejaba en cada uno de ellos.

Salimos a la calle y el fresco de la noche me sentó bien. Como la zona a la que teníamos que ir no estaba lejos, fuimos caminando. Eros se puso a mi lado y apretó mi mano para transmitirme tranquilidad. No funcionó. Me giré para mirar a Ares, que tenía una ceja levantada, pero cuando nuestras miradas se cruzaron él bajó los ojos por primera vez desde que lo conocía. Me extrañó, pero no estaba para darle vueltas también a eso.

Nos acercamos a una calle estrecha, no había demasiada luz, pero por el murmullo de voces que oíamos supimos que había gente. Nos miramos unos a otros con nerviosismo.

Pude oír cómo hablaban dos personas; apenas podía descifrar lo que decían, pero sin entender el motivo supe con certeza que allí había varios lùth.

—Preparaos, están en esa calle.

Aunque todos me miraron con sorpresa, nadie dudó de mis palabras. Nos dirigimos allí con rapidez y al llegar a la entrada de la calle pudimos ver que había seis lùth y que tenían arrinconada a una pareja joven. La chica empezaba a desvanecerse cuando llegamos hasta ellos.

Seis eran demasiados, aunque hubiéramos salido los dos grupos juntos. Podía notar la tensión y el nerviosismo en mis compañeros.

Estábamos debatiendo entre llamar a Diego para que avisara a otras casas o actuar cuando las palabras salieron solas de mi boca.

—¡Parad! —Mi voz sonó como una orden y con mucha más fuerza de la que pretendía. Todos se giraron.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —El chico que estaba siendo atacado aprovechó la distracción para recoger a la chica, que ya estaba tumbada en el suelo, mientras los seis lùth se giraban hacia mí.

Me miraban con una mezcla de lascivia y prepotencia que hizo que más que sentir miedo empezara a cabrearme. Uno de ellos sacó un cuchillo. Me impresionó ver un arma, me pareció totalmente fuera de lugar. Imaginé que solo nos enfrentábamos a energías. Lo sé, a veces soy muy ingenua.

El que parecía el jefe caminó hasta donde yo estaba, se acercó mucho a mí. Eros se colocó a mi lado. Me giré hacia el otro lado, esperando a otra persona, pero Ares no estaba allí. Me sorprendió.

Noté que algo pasaba; no entendí de qué se trataba hasta que a Eros se le doblaron las piernas y se tambaleó, perdiendo el equilibrio y echándose un poco hacia delante. Todo pasó a cámara lenta. El lùth que estaba frente a Eros aprovechó el desvanecimiento de este para clavarle el cuchillo que llevaba en la mano, haciendo que su víctima soltara un alarido de dolor que me dejó completamente paralizada.

—¿Y a esta qué cojones le pasa? ¿Por qué no le afectamos? Somos seis, ¡joder!

Me fijé en Eros, que se encontraba tendido en el suelo. ¿Estaría muerto? Ese pensamiento hizo que algo cambiara en mí. Empecé a irradiar una luz más potente que la que me había envuelto hasta ese momento. Me concentré en esa luz, pero antes de que pudiera hacer nada más, Ares había caminado hasta colocarse junto a los lùth.

—¡Corred! Ella es diferente.

No comprendí lo que pasaba, fue tal mi desconcierto que la luz azul se desvaneció de golpe. Hasta que no vi a Ares correr junto a los lùth no supe que nos estaba traicionando. Y escocía, escocía mucho. Bajé la cabeza y vi a Eros tendido en el suelo, aparté a Ares de mis pensamientos. En ese momento la prioridad era Eros.

Había mucha sangre a su alrededor. Me agaché junto a él, al igual que habían hecho todos mis compañeros. Sus caras eran de un desasosiego extremo. Áurea estaba llorando.

—Hay que llamar a Diego. —Tyr sacó el teléfono mientras lo decía.

—Ya lo he hecho, viene otro equipo de camino, aunque ahora hay poco que hacer. —Levanté la cabeza y supe que Áurea se refería a los lùth, no a Eros. Extrañamente eso me tranquilizó—. Diego también se dirige hacia aquí. Le he explicado dónde estaba la herida y me ha dicho que es grave. Muy grave. —Áurea empezó a sollozar.

Había estado escuchando lo que decían unos y otros. Miré a Nótt, que se había sentado en el suelo y tenía la cabeza hundida entre sus manos. A Áurea estaba a punto de darle un ataque de ansiedad, y Tyr no paraba de moverse de un lado a otro. Solo Vali permanecía junto a Eros y taponaba su herida con un trozo de tela que estaba tan manchada de sangre que no supe de dónde la había sacado.

No sabía qué hacer, esperar a Diego con los brazos cruzados me mataba y estaba empezando a sentir muchísima pena por la situación. Esa pena se fue mezclando con la ira que me invadía porque hubieran herido a Eros y porque Ares se hubiera ido así.

Me acerqué hasta donde estaba Eros y, sin ser consciente de lo que hacía, aparté las manos de Vali y apoyé las mías en la herida. Este no dijo nada, pero se quedó mirando sus manos completamente manchadas de la sangre de Eros.

Mi idea era reemplazarlo y continuar apretando la herida para que dejara de salir sangre, pero en cuanto mis manos se posaron en la herida una luz azulada salió de ellas, haciendo que no pudiera ver nada durante unos segundos. Cuando la luz se fue desvaneciendo, observé que Eros había dejado de sangrar. La herida estaba cerrada.

Capítulo 30

Ares

No podía quitarme de la cabeza la imagen de Nix completamente desolada mirando cómo me iba con los lùth.

Esperaba que no le hubiera pasado nada a Eros, por muy mal que me cayera no le deseaba nada malo.

Apenas llevaba un rato con los lùth y ya me moría de ganas de salir de allí. Como si de una película de terror se tratara, el sitio donde se organizaban era una especie de nave abandonada, en medio de un polígono, donde no había absolutamente nadie más aparte de nosotros.

Cuando entramos, pude ver que allí había otros diez lùth. En total eran dieciséis (bueno, diecisiete contando conmigo), muchos más de los que creía que serían capaces de juntarse.

Uno de los que había al fondo de la nave se dio la vuelta cuando la puerta se cerró de golpe, haciendo que el ruido retumbara en toda la sala. Era el típico guaperas e iba vestido como cualquier niño de papá. Su traje se ajustaba a su cuerpo a la perfección. Si alguien con ese aspecto se te acercara en medio de la noche, nunca sospecharías de lo que era capaz de hacerte.

—¿Y bien?

—Hemos herido a uno de ellos, pero no pudimos hacer más. Por lo visto, cuentan con una tía nueva a la que no habíamos visto antes. Ella es diferente.

—¿Qué quieres decir con que «es diferente»?

—No sé, tiene más energía o se trata de cualquier otra mierda, no tengo ni idea; la cuestión es que no le afectamos.

—¿Pero eres tonto o qué?, ¿cómo no vais a afectarle? Erais seis.

—Pues no hemos conseguido nada.

—Interesante. —El simple hecho de que estuvieran hablando de Nix en esos términos hizo que me pusiera enfermo—. ¿Y este quién es?

—Uno de los nuestros.

Posó sus ojos en mí y me miró con curiosidad, luego me saludó con la cabeza. Estaban tan seguros de lo que éramos que a ninguno se le ocurrió pensar que, aunque era uno de los suyos, estaba con uno de los equipos de El Círculo cuando me encontraron.

Al acabar de inspeccionarme, giró su cara y miró hacia donde lo hacían todos los demás.

Se oía bastante follón al fondo de la nave y mientras nos dirigíamos hacia allí me di cuenta de que, en realidad, a nadie le importaba demasiado lo que había pasado esa noche. No le habían dado mayor importancia al hecho de que hubiera una persona en El Círculo a la que no le

afectábamos, por eso pensé que, aunque estaban organizados, o no debían de ser demasiado listos o todo les importaba más bien poco.

Cuando llegamos al fondo de la sala y pude ver lo que los mantenía tan entretenidos estuve a punto de vomitar.

Había dos chicas desnudas e inconscientes tiradas en el suelo. Todos estaban alrededor esperando a que se despertaran para volver a tomar su energía y seguramente algo más, por ese motivo no llevaban ropa.

¿Eso era yo? ¿Aquellos tíos se comportaban del mismo modo que lo hacía yo? Sabía que éramos «lo mismo», pero me negaba a pensar que yo pudiera parecerme en algo a esos monstruos, así que decidí que definitivamente era diferente. Y haría todo lo que estuviera en mi mano para evitar cualquier tipo de parecido.

Por un momento especulé con la posibilidad de dar media vuelta y salir de allí, no podía soportar seguir presenciando aquello, pero sabía que no sería capaz de irme sin antes intentar sacar a esas chicas de allí. Si no lo hacía, ellos continuarían y al final acabarían matándolas.

Así que pregunté dónde estaba el lavabo y, en cuanto entré, llamé a la policía. Les conté un rollo de que había visto cómo algunos hombres metían a unas chicas inconscientes en una nave. Les di los datos y colgué.

Justo cuando estaba abriendo la puerta del cubículo donde me había recluso, oí cómo entraban dos personas en el baño.

Me subí al váter y esperé a que se fueran para poder salir.

—Tío, estoy cansadísimo, vaya noche llevamos.

—La verdad es que sí. ¿Sabes una cosa? Yo creo que deberíamos avisar al mandamás de lo que hemos visto esta noche. A mí la tía esa a la que no le afecta que le robemos energía y que desprende esa mierda de luz no me da buena espina. —Todo mi cuerpo se tensó al darme cuenta de que hablaban de Nix.

—Sí, yo también lo había pensado. Esa tía es muy rara...

Continuaron hablando, pero ya habían salido del baño y no pude oír lo que decían.

Tendría que avisar a Diego de que estuviera alerta; por muy tontos y descoordinados que me hubieran parecido en un principio, por lo visto Nix había llamado su atención, y eso no era nada bueno. Era fatal.

Volví a la nave sin poder dejar de darle vueltas a lo que acababa de oír, pero en esos momentos la prioridad era salir de allí o no podría, ni siquiera, avisar a Diego.

Por mucho asco que me diera seguir presenciando lo que esos energúmenos estaban haciendo, tenía que disimular. Si no lo hacía, acabarían desconfiando de mí, y si desaparecía después de llamar a la policía ya no tendría oportunidad de volver a infiltrarme, porque todas las sospechas recaerían sobre mí.

Una de las chicas volvió a despertarse y no pude soportarlo, regresé al lavabo y me encerré allí durante un rato. Era incapaz de presenciar lo que les hacían.

Sentí una fuerte opresión en el pecho y pensé que era el peor momento para que me diera un ataque de ansiedad, respiré hondo y dejé que la imagen de Nix inundara todos mis pensamientos. Estaba haciendo aquello por ella. Aunque esa reflexión consiguió calmarme un poco, no funcionó para hacer desaparecer la ira que sentía, por lo que tuve que recurrir a todo mi autocontrol para no lanzarme encima de esos monstruos y matarlos allí mismo. Pero me superaban por mucha diferencia, eran dieciséis y, antes de que pudiera hacerles algo, estaría muerto.

De pronto me vi allí, recluido en un lavabo, comportándome como un auténtico cobarde mientras un montón de los míos hacían daño a otras personas, y supe que yo jamás haría eso, pero tampoco podía dejar que otros lo hicieran. Si salía allí fuera iba a morir, estaba seguro, pero no podía seguir consintiendo aquello.

Me quedé parado en la puerta del lavabo, estaba bastante lejos de donde se encontraban todos, pero pude ver cómo una de las chicas volvía a perder la conciencia (esperaba que fuera eso y que no estuviera muerta).

Respiré hondo, era muy probable que no volviera a ver a Nix. Ese pensamiento fue insoportable, pero no podía seguir escondiéndome y permitiendo aquello. Así que, sin pensar, grité:

—¡Policía! —Todos se giraron hacia mí.

—Pero ¿qué dice ese?

—He oído las sirenas. —Mi voz sonó mucho más convincente y serena de lo que creí.

Todos se quedaron callados, estaban intentando que el sonido de las sirenas llegara hasta ellos. El silencio fue sobrecogedor.

—Yo no oigo nada.

Empezaron a acercarse hacia mí. Solo tenían que absorber mi energía y estaría muerto antes de volver a parpadear. Vi la cara de Nix inundando toda mi mente y creí que era bonito que mi último pensamiento fuera para ella.

Justo cuando asumí que moriría, se oyeron las sirenas de la policía. Respiré más aliviado de lo que lo había hecho en toda mi vida. La nave apenas tardó unos segundos en vaciarse. Yo corrí como no lo había hecho en mi vida, más que por huir, por intentar quitarme de la cabeza todas las imágenes que se habían grabado a fuego en ella. La carrera no funcionó.

Lo primero que hice al día siguiente fue mirar en el móvil todos los periódicos que encontré. En ninguno se hablaba de unas chicas muertas en un polígono. El alivio inundó mi cuerpo.

Las chicas se habían salvado y yo también, por lo menos de momento. Ahora mi prioridad era hablar con Diego de lo que había oído la noche anterior.

Capítulo 31

Nix

Eros había pasado dos días en cama. Perdió tanta sangre que se quedó algo débil. Llamé suavemente a su puerta, había ido a verlo en todos mis ratos libres.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy que me subo por las paredes. Necesito salir de aquí, pero Diego insiste en que tengo que guardar reposo. Voy a volverme loco. —Se pasó varias veces las manos por el pelo. Parecía realmente agobiado—. Y tú, ¿cómo estás?

—Yo bien.

—Sabes que eso no es verdad. Ares te gustaba y se ha ido al lado oscuro. —No pude evitar sonreír.

—Bueno, no puedo hacer nada, es lo que hay.

Nos quedamos un momento en silencio. Pero a Eros no le gustaba excesivamente estar callado.

—De todas maneras, me alegro de que no esté. —No pensaba lo mismo, pero callé—. Estoy contento de que te unieras a nosotros, y no solo porque la otra noche me salvaste la vida. Me gusta que estés aquí.

—Gracias, Eros.

—¿Has hablado ya con Diego? ¿Te ha explicado cómo cojones cerraste mi herida?

—Sí, he hablado con él, pero no tiene la menor idea. Dice que hay muchísimas cosas que aún no sabemos sobre mí. No es muy alentador.

—Eres especial, Nix. Para mí eso es muy alentador. —Su voz sonó ronca y sexi.

No supe qué hacer. Ares me gustaba, pero Eros también, aunque de diferente manera. Y como siempre me he considerado una persona práctica, sabía que Ares no regresaría, nunca volvería a besarlo. Ese pensamiento me causó un dolor para el que no estaba preparada. Joder, pero si casi no lo conocía. Lo aparté a un rincón profundo de mi cabeza. Ya lo analizaría más tarde.

Eros se incorporó en la cama y me apartó un mechón de pelo, poniéndolo detrás de mi oreja. No me pasó inadvertida su mueca de dolor, pero a él pareció no preocuparle en exceso, ya que fue aproximándose a mí hasta que nuestros labios se juntaron en un beso de lo más dulce. Me daba miedo acercarme demasiado y hacerle daño.

Cuando nos separamos tuve mucho cuidado de no tocarlo en ningún sitio donde pudiera lastimarlo. Sus ojos se posaron en mí y pude ver en ellos un deseo voraz. Era curioso pensar que solo había sido capaz de despertar tanto deseo en el sexo masculino desde que llegué allí.

—Una verdadera pena que para una vez que consigo estar un rato contigo a solas no podamos pasar de esto.

—Tumbate, debe de dolerte.

Me dio un último beso rápido y se tumbó. Estuvimos hablando un buen rato. Con Eros todo era fácil. Todo fluía con naturalidad.

Llamaron a la puerta y la cabeza de Áurea asomó por ella.

—Perdón por la interrupción —hizo un gesto de disgusto; había veces que Áurea parecía estar muy lejos de haber superado lo de Eros—, pero Diego nos reclama. Y como no quiere que te muevas de la cama, ha pensado que lo mejor era trasladar la reunión a tu habitación.

Los chicos empezaron a entrar. Eros continuaba agarrando mi mano, y yo estaba sentada junto a su cama, ligeramente inclinada sobre él.

Diego entró el último y cuando pensé que la puerta iba a cerrarse Ares apareció por ella. Casi se me desencaja la mandíbula. Tuve que hacer un esfuerzo por mantener la boca cerrada.

Noté que el ambiente se tensaba. Todos los que estábamos en la sala nos pusimos a la defensiva y, aunque yo quería hablar y pedir una explicación, mi cabeza era incapaz de coordinar dos palabras seguidas.

—¡¿Se puede saber qué cojones hace este aquí?! —Eros se había incorporado en la cama y una mueca de dolor apareció en su rostro. Y por mucho que quise decirle que se tumbara, continuaba sin poder emitir palabra.

—Eros, haz el favor de tranquilizarte. Ahora mismo os lo explico todo, por ese motivo he convocado una reunión. Vuelve a tumbarte. —Diego había pronunciado las últimas palabras como una orden y Eros obedeció, maldiciendo entre dientes.

Ares me miró a los ojos. Luego se fijó en que estaba sentada en la cama, junto a Eros. Alzó una ceja. Por último, observó nuestras manos entrelazadas. Una sonrisa asomó a su rostro. Una sonrisa de lo más cínica.

—Vaya, veo que no has perdido el tiempo.

No supe qué contestarle. Aún estaba en estado de *shock*. Caminé despacio hasta situarse en un rincón de la habitación, se cruzó de brazos con una expresión inescrutable.

Intenté soltar mi mano de la de Eros, pero este me la agarró con más fuerza. Cuando lo miré enfadada, me soltó.

Me levanté, aunque no me moví del lado de Eros. No tenía por qué salir corriendo simplemente porque él estuviera allí. Eros sonrió con suficiencia hacia donde estaba Ares, quien no se inmutó.

—Vale, quería explicaros algo. La noche en que hirieron a Eros fue difícil para todos, especialmente para Ares. —Todos nos giramos a mirarlo—. Le pedí que hiciera de espía para nosotros y así saber qué estaba pasando con los lùth y qué tramaban. Ha sido de gran utilidad.

—Pero... —parecía que mi voz había decidido volver, pero no sabía por dónde empezar— ¿por qué no nos dijiste nada? —Miré hacia Ares, podría haberme comentado algo, ¿no?

—Era mucho más seguro para vosotros que no lo supierais, de lo contrario no habríais actuado como lo hicisteis. Ahora ya lo sabéis.

—¿Corre peligro? Quiero decir, ¿no es peligroso espiar a los lùth, tal y como están las cosas ahora? —Di las gracias mentalmente a Áurea por la pregunta.

—Sí, es complicado, pero con toda la información que nos ha dado es probable que no tenga que volver a hacerlo. —Respiré aliviada.

—Por mí no hay problema. —Ares hablaba con tanta calma que parecía que estábamos conversando sobre el tiempo.

—Esperemos que no. Cuantas más veces lo hagas, más peligroso será. Ahora me voy a llevar a Nix. Me gustaría hablar con ella.

Miré a Ares y en su rostro vi algo parecido a la preocupación. Me asusté.



Diego no esperó a llegar a su despacho, fue hablando conmigo mientras íbamos de camino.

—Nix, esto no pinta bien. Durante muchos años hemos convivido con relativa calma, pero se avecina tormenta y la cosa se va a poner peligrosa. No puedo obligarte a nada, pero te necesitamos más que nunca y, sobre todo, necesitamos saber de qué eres capaz. Si la cosa hubiera seguido como hasta ahora no tendríamos prisa, pero todo ha cambiado. Después de hablar con Ares estamos casi seguros de que van a ir a por ti. Sabíamos que esto pasaría tarde o temprano; en cuanto notaran de qué eres capaz. Lo único malo es que ha sido antes de lo que esperábamos. Eres única y un inconveniente enorme en los planes de los lùth. Voy a protegerte con lo que esté en mi mano y más, pero tendrás que esforzarte y poner todo de tu parte.

»Te explico esto antes de preguntarte si quieres seguir con nosotros. Entiendo que estés asustada, pero aquí puedo protegerte mucho mejor que si decides volver a tu casa. Otra cosa que podemos hacer, si deseas irte, es enviarte bastante lejos, a algún país donde los lùth no puedan encontrarte.

Ni siquiera tuve que pensarlo. Me gustaba estar allí, me daba la sensación de formar parte de algo; y si decidía volver a mi casa, estaría sola. Además, nunca había sido una cobarde. No soy de las que huyen cuando hay problemas.

—Quiero quedarme.

—De acuerdo. —Diego dio una palmada y su cara se relajó—. Pues hay que ponerse las pilas. He diseñado un plan de entrenamiento para ti. En esta casa todos han pasado por una preparación similar, lo que ocurre es que cada uno de ellos destacó en algo y supo sacarle el máximo rendimiento. Por eso quiero que sean ellos lo que te enseñen lo que saben. Luego, entre Ares y yo

veremos si podemos conseguir que saques todo lo que llevas dentro y nos demuestres de lo que eres capaz.

Asentí. Diego consiguió contagiarme el entusiasmo y yo estaba incluso un poco emocionada. En esos momentos no tenía ni puñetera idea de lo que me esperaba.

Capítulo 32

Nix

La primera parte del programa de entrenamiento era ponerme en forma, así que tenía que salir cada día a correr con Vali. Era agradable estar con él. No se sentía incómodo con los silencios y eso me relajaba. La parte mala era que parecía no cansarse nunca. Ni siquiera se le alteraba la respiración.

La primera vez que salimos creí ahogarme cuando apenas llevábamos diez minutos. Cuando Vali se dio cuenta de que casi no podía dar un paso más, se giró hacia mí con cara de mosqueo y un punto de diversión.

—Solo hemos hecho una tercera parte del recorrido; si quieres paramos un segundo, respiras hondo, tomas aire y seguimos. —¡Una tercera parte! Iba a morir, como si lo viera.

—Prefiero no parar o seré incapaz de continuar.

—Perfecto, pues vamos.

Apenas habían pasado cinco minutos más cuando me giré para observar a Vali. Estaba igual que cuando salimos de la casa. A mí parecía que me habían echado un cubo de agua por la cabeza y respiraba como si acabara de escalar el Everest, y él no estaba ni un poquito rojo, ¡pero si no le caía ni una sola gota de sudor!

Cuando por fin llegamos a casa, lo único que me apetecía era darme una ducha, meterme en la cama y dormir las siguientes quince horas.

—Nos vemos mañana a la misma hora.

—¿Vamos a hacer esto cada día? —¿En serio? ¿Cada puñetero día?, ¿sin descanso de por medio?

—Esa es la idea. Cada día te costará menos, confía en mí. —Yo no estaba tan segura de eso, pero asentí con la cabeza por no llevarle la contraria.

Solo de pensar que estaba destrozada con la primera parte del entrenamiento y que me quedaba todo el día, me daban ganas de llorar.

Me dirigí a mi habitación para darme una ducha. El hecho de tener que subir las escaleras supuso un esfuerzo titánico para mí.

En el momento en que abrí la puerta de mi cuarto y vi mi cama me entraron unas ganas locas de echarme sobre ella. Pero me había comprometido y tenía que entrenar, aunque, en un principio, pensé que hablábamos de energías y no de ponerme en forma.

Al llegar a la sala de entreno lo primero que vi fue a Áurea vestida de negro. El traje era tan apretado que parecía una segunda piel. Le quedaba de miedo. No entendí qué era lo que iba a

enseñarme.

—Hola, Nix. Por si no te lo han comentado, soy campeona de *muay thai* y tengo cinturón negro en kárate, con algún que otro *dan*. —Me guiñó el ojo con complicidad, y aunque no tenía ni idea de lo que quería decir, sonaba a que sabía luchar. Asentí con la cabeza—. Normalmente esto requiere mucho tiempo, pero no lo tenemos, así que Diego me ha pedido que te enseñe lo fundamental. ¿Preparada? —En realidad no lo estaba, pero qué podía decir...

Cuando, dos horas más tarde, salí del entrenamiento con Áurea, creí que no llegaría ni siquiera a mi habitación. Mi cuerpo estaba completamente entumecido y seguramente al día siguiente parecería un pitufo, ya que tendría más piel azul que de mi color.

Lo que me quedó claro después del entreno con Áurea fue que ir a correr con Vali había sido cosa de niños.

Me arrastré hasta mi habitación (literalmente) y, aunque después de la ducha me recuperé un poco, en lo único que pensaba era en dormir. A ser posible hasta el día siguiente.

Llamaron a la puerta y susurré tan flojo un «adelante» que dudé si la persona que esperaba al otro lado lo habría oído. Ares asomó la cabeza y yo ni siquiera tuve fuerza para levantar la mía de la cama. Me había tumbado en ella y estaba en la misma posición en la que me había dejado caer.

—¿Un día duro?

—Estoy agotada y apenas voy por la mitad del entrenamiento. Áurea me ha dejado exhausta. Me duele todo. —Mi tono de voz era de lo más lastimoso.

—Espera un momento, ahora vuelvo. —Apenas tardó un minuto.

—Déjame ver. —No tenía claro a qué se refería, pero, al darme la vuelta en la cama, levantó mi camiseta.

—Mmm... ¿Qué haces?

—Evitar que se te ponga todo el cuerpo negro y que mañana no puedas ni moverte.

Me sacó la camiseta y contempló mi sujetador mucho más tiempo del necesario. Sus ojos se oscurecieron hasta que se volvieron casi negros. Me había quedado solo con un pantalón muy corto y el sujetador.

Abrió un frasco con una crema que olía bastante fuerte, aunque la fragancia no era desagradable. Se untó las manos y las frotó. Me quedé totalmente hipnotizada mirando sus movimientos.

—Ven, siéntate, o no podré ponértela en todas partes.

Nos sentamos los dos en la cama. Yo delante de él con mi espalda tocando su pecho. Lo oí suspirar. Yo contuve el aliento. Puso sus manos sobre mi vientre, suavemente, para que me acostumbrara al frescor de la crema. Empezó a masajear mi cuerpo con muchísima delicadeza. Podía notar sus manos por todas partes y no recordé otro momento en mi vida que fuera tan erótico como aquel.

Cerré los ojos y me dejé llevar.

—¿Preciosa? —Sus manos se habían detenido y notaba que se había puesto algo tenso.

—Mmm..., dime...

—Será mejor que abras los ojos. —No me apetecía para nada; estaba tan bien, tan relajada y excitada, que abrir los ojos era mi última opción, pero lo hice.

—¿Qué? —Mi voz salió algo más brusca de lo que pretendía, y es que me había sacado de un instante mágico. En su favor diré que estaba en ese momento gracias a él. Lo miré de manera interrogativa, levantando una ceja.

—No quiero que te asustes, pero será mejor que mires hacia abajo.

Bajé la vista y, aunque me avisó, me asusté, haciendo que los dos cayéramos sobre la cama. Me giré y posé mis ojos en los de Ares, como pidiéndole una explicación.

—A mí no me mires, yo no tengo nada que ver con esto.

—Pero ¿cómo...? —Mi voz empezó a sonar con un punto de pánico.

—No te asustes, ya te dijo Diego que nadie sabía de lo que eras capaz. Ahora ya sabes que puedes levitar.

—¡No me jodas, Ares!

—Esa era exactamente mi intención. —Su sonrisa se ensanchó. Yo resoplé.

—¿Y ahora cómo explico esto? ¿Voy y le digo a Diego que cuando me excito resulta que levito, y que si quiere que lo haga en medio de una batalla tendré que estar... caliente?

—¿Estabas excitada? —Puso una cara tan pícaro que casi se me escapa la sonrisa. Casi. Estaba demasiado asustada como para sonreír.

—Hablo en serio, Ares.

—Lo sé. —Se levantó de la cama de un salto y se dirigió al lavabo para lavarse las manos—. Si no me aparto un poco de ti soy incapaz de pensar. A ver, yo lo veo así: tienes un montón de... «capacidades», pero no sabes cómo controlarlas y te desbordas cuando tus emociones lo hacen, ya sea porque estás enfadada o excitada. —Me guiñó un ojo—. Lo único que tienes que hacer es aprender a manejarlas y serás insuperable.

—Dicho así parece fácil, pero no creo que aprender a dominarlas sea tan sencillo.

—En eso consta tu entrenamiento conmigo.

—¿¡Qué!?

—¿No te lo había dicho? —Sabía perfectamente que no.

—No, claro que no. —Me crucé de brazos y puse morros. Parecía una niña pequeña y lo sabía, pero no me estaba gustando nada el cariz que estaba tomando la conversación.

—Diego ha pensado en meternos en un mismo cuarto a Eros, a ti y a mí. La cosa se descontrolará tanto que explotará. Y así una y otra vez, no te quedará más remedio que empezar a controlar esas capacidades.

—Es una idea de mierda.

—A mí también me lo parece —su expresión se ensombreció—, pero yo no soy el jefe. —Se encogió de hombros.

Mientras se dirigía a la puerta se giró para hablarme. Su cara era la viva imagen del pecado.

—Date una ducha de agua fría, en media hora tenemos que estar en la sala de entrenamiento, y no sé por qué, pero me da que va a ser peliagudo.

En esos momentos ninguno de los dos sabíamos lo «peliagudo» que llegaría a ser.

Capítulo 33

Nix

Nunca pensé que lo diría, pero prefería infinitamente más el entrenamiento con el resto de los chicos al que Diego había planificado. Su idea para hacer que mis «capacidades» salieran era llevar al límite alguna de mis emociones, una y otra vez.

Empezó por la parte fácil, es decir, por intentar enfadarme. Lo único que consiguió fue que mis manos lanzaran algunas chispas azuladas. Aunque al principio nos emocionamos, dejamos de hacerlo a medida que continuamos y vimos que la cosa no pasaba de ahí.

Cuando ya llevábamos bastante rato con aquello, consiguieron enfadarme mucho, pero sin obtener resultados. Después pasé a estar más frustrada que enfadada.

—Diego, esto es desesperante. Es muy difícil descontrolarme cuando sé que hay personas mirándome y cuando todo es tan «vigilado». Hace unas horas, en mi habitación, he conseguido levitar. Apenas unos cuantos palmos, pero estando tranquila y sin sentirme observada...

—¡¿Qué?!! ¿Levitar? ¿En serio? —La expresión de Diego era igual que la de un niño en la mañana de Reyes—. ¡Dios mío! ¿Y exactamente qué emoción era la que estabas sintiendo?

¡Mierda! ¿Por qué era tan bocazas? Oí un sonido detrás de mí y supe que Ares estaba intentando contener la risa.

Miré a todos los que estábamos en la sala y me ruboricé. Eros me miraba con curiosidad. A ver cómo salía yo de aquella.

—Bueno..., esto..., estaba tranquila, relajada y...

—¿Y? —Diego se mostraba impaciente.

—Estaba excitada. —Creí que no podría ruborizarme más, pero me equivocaba. No es que yo fuera una mojigata ni nada parecido, pero reconocer delante de tres personas que una situación me había excitado hasta descontrolarme era un tanto incómodo.

—Vale, ya sabemos que ante el enfado y la excitación pierdes el control. —Diego siempre tan pragmático—. Interesante.

Yo lo único que quería era salir de allí y encerrarme en mi cuarto. Si había pensado que el entrenamiento físico agotaba, este estaba siendo bastante peor. La parte de trabajar e intentar dominar mis emociones era mucho más agotadora.

—Pues vamos a dar por terminada la sesión por hoy. Mañana continuaremos. —Una sonrisa estaba a punto de aparecer por mi cara, pero se borró con las siguientes palabras de Diego—: Ahora te toca continuar tu entrenamiento con Tyr. —¿En serio aquello no había acabado aún?

—¿Cuántos días tengo que seguir este entrenamiento? —Sabía que me estaba comportando de manera infantil. Todos nos jugábamos mucho y yo tenía que esforzarme al máximo, pero es que estaba agotada.

—Hasta que estés en forma y consigas dominar tus emociones. —Estupendo.

—Nos vemos mañana. Ares, por favor, ¿puedes quedarte un momento? Quiero hablar contigo.

Eros y yo nos dirigimos a la puerta. Me daba algo de reparo mirarlo a la cara, pero luego recapacité y llegué a la conclusión de que era una mujer adulta y lo más normal era que una persona o una situación me excitara. No tenía nada de malo, joder, estaba sacando las cosas de quicio.

—¿Te apetece que cenemos juntos esta noche? —No esperaba para nada esa pregunta. Me quedé en blanco—. Si no tienes planes, claro.

Pues no había hecho planes. Ares y yo no éramos nada y, aunque me atraía mucho, no tenía ni idea de lo que él sentía por mí.

A pesar de estar agotada, me apetecía hacer algo normal, dejar de lado todos los entrenamientos, las frustraciones y las inquietudes e ir a cenar como lo hacía la gente normal. Así que no vi nada malo en aceptar la invitación de Eros.

—De acuerdo.

—¿Sí? Estupendo. Pues te espero en el salón a las nueve. Arréglate, voy a llevarte a un sitio elegante. —Eros quizá era la persona más entusiasta que había conocido nunca.

Me dio un beso en la mejilla y subió las escaleras de dos en dos. Lo envidié. Yo era incapaz de subirlas así, estaba agotada, y lo que era peor, me tocaba entrenamiento con Tyr. Miedo me daba pensar en lo que me esperaba con él.



Al entrar en la sala me costó acostumbrarme a la falta de luz. Había velas por todos los sitios y un fuerte olor a incienso.

—Hola, preciosa. Quítate los zapatos y ponte cómoda.

Tyr llevaba un pantalón de yoga y una camiseta de tirantes. Estaba espectacular. Se me secó la garganta y volví a pensar en que hacía mucho que no tenía sexo y en que desde que había llegado allí cualquier situación me excitaba. Sacudí la cabeza intentando despejarme, me quité los zapatos y me senté en una colchoneta frente a Tyr.

—Llevas todo el día a tope. Debes de estar agotada.

—Muy agotada, para qué voy a engañarte. —La sonrisa de Tyr se amplió. Y yo me quedé absorta mirando su boca, tenía unos labios tan sensuales... ¡¿Qué leches me pasaba?! —

—Pues lo que harás conmigo será relajarte.

—Suena genial.

—Lo es, pero también es fundamental, como cualquiera de los entrenamientos que has realizado hoy. Mantener la cabeza fría y relajada durante situaciones extremas es sumamente importante. La meditación te ayudará.

Después del día que llevaba aquello me parecía una idea fantástica.

La siguiente hora fue agotadora, y es que lo que parecía sencillo resultó que no lo era tanto.

Hasta ese momento no había sido consciente de que hiciera falta tanta concentración para dejar de pensar. La meditación requería mucho esfuerzo para mí, ya que mi cabeza parecía poco dispuesta a dejar de funcionar y quedarse, simplemente, en blanco.

—No tenemos tiempo, por lo que deberás practicar mucho en tus ratos libres. Es primordial que aprendas a relajarte y a no dejar que tus inquietudes influyan en según qué situaciones. Tienes que aprender a controlar tus emociones y a que ellas no te controlen a ti.

Parecía fácil, ¿verdad? Pues llevarlo a cabo era un reto mucho mayor de lo que imaginé.

Capítulo 34

Nix

Había acabado de arreglarme y estaba muy contenta con el resultado. Era verdad que me sentía tan agotada que durante unos momentos pensé en anular la cena con Eros, pero no quería que mi nueva vida influyera tanto en mí como para dejar de hacer cosas que me gustaban. Salir a cenar hacía que me sintiera otra vez yo misma.

Acabé de maquillarme y tardé un buen rato en decidir si pintarme los labios de rosa o de rojo. Al final ganó el rojo. Me había puesto unos tejanos con una camisa bastante escotada. Desde pequeña me había creado bastante complejo tener tanto pecho y lo tapaba siempre que podía. Cuando me hice adulta pensé que no era para tanto y que tampoco tenía una exageración, por lo que le saqué todo el partido que pude y dejé el complejo atrás hacía mucho tiempo.

No sabía si iba a poder aguantar los tacones durante toda la noche, pero me apetecía arreglarme después de llevar un montón de días en chándal y bambas. Aunque mis pies y piernas se quejaron de lo lindo en cuanto me los calcé, con las agujetas que tenía esperaba ser capaz de andar aunque fueran diez pasos seguidos.

Cogí un bolso de mano y me puse unos pendientes. Cuando me miré en el espejo me costó reconocerme. Definitivamente tenía que arreglarme más a menudo.

Bajé las escaleras con cuidado; los tacones no me lo ponían nada fácil, pero las agujetas aún menos. Si en esos momentos alguien me hubiera visto, estaba segura de que habría soltado una buena carcajada a mi costa.

Imaginé que al llegar al salón me encontraría solo a Eros esperándome. Me equivoqué. Parecía que no podía hacer nada sin que se enteraran todos los miembros de la casa. Estaban todos allí, excepto Vali. Estupendo.

Al entrar todas las cabezas se giraron hacia mí. Por un momento estuve tentada de dar media vuelta y esperar a Eros en la puerta. Pero ya me habían visto, así que era tarde para eso.

—Vaya, estás realmente preciosa, Nix.

—Muchas gracias, Áurea, eso es porque últimamente solo me ves con chándal.

—Eso y que hay una base excelente. —Me hizo una mueca y sonreí. Luego vi cómo se giraba hacia Ares. Oh, oh—. ¿Y tú no piensas arreglarte? No irás a salir con esas pintas mientras ella va tan guapa...

—No tenía ni idea de que iba a salir con Nix. —Ares me miró con intensidad.

—En realidad va a salir conmigo. —Eros eligió ese preciso momento para hacer su entrada estelar.

Se hizo el silencio. La cara de Áurea perdió algo de color y Ares cambió el gesto por completo. Tyr levantó la cabeza del libro que estaba leyendo con diversión, Nótt nos miraba a todos con curiosidad.

—Pensaba que, después del día que has pasado, no tendrías ganas de salir si no te lo hubiera propuesto yo. —Tyr no perdía oportunidad.

—Pues me he adelantado. Nix, estás preciosa. ¿Vamos?

Eros cogió mi mano al llegar hasta mí y, cuando pensaba que nadie iba a añadir nada más, Ares habló:

—Pasadlo bien. —Su boca parecía estar apretada—. Nix, cuando vuelvas, avísame, tengo que hablar contigo.

—Llegará tarde. —Eros ni siquiera se giró.

—Da igual. Diego quiere que le comente una cosa. —Su voz sonó triunfante.

Eros me sacó de allí con rapidez.

El restaurante al que me llevó era precioso. La cena fue como esperaba: divertida y amena. No paramos de hablar en todo el rato. Eros me contó anécdotas e historias que hicieron que me doliera la barriga de tanto reír.

Cuando llegó el postre y estábamos más calmados hice la pregunta que rondaba por mi cabeza desde que llegué a la casa.

—Eros, ¿qué sientes por Áurea? —Levantó la cabeza del plato demasiado rápido—. Y no me digas que nada, no soy tonta. —Emitió una respiración profunda y cuando creí que no iba a contestarme empezó a hablar.

—Por Áurea he sentido muchas cosas. Fue mi primer amor y la quise con un sentimiento puro y demasiado fuerte para la edad que tenía, aunque la edad es lo de menos, creo que la quise desde antes de aprender a hablar. —Noté que se había puesto serio. Preferí no decirle que conocía la historia, ya que me la había explicado la propia Áurea. Quería oír su versión—. Con ella descubrí muchas cosas. —Sacudió la cabeza como si saliera de un trance. Luego añadió—: Poco después de que empezáramos a salir me llamaron para formar parte de El Círculo. Me resultaba imposible mantener una relación con ella estando aquí, ya sabes cómo funciona esto, así que preferí olvidarla, o por lo menos intentarlo. —No parecía muy convencido con la última parte—. Nunca se me pasó por la cabeza que poco tiempo después ella también formaría parte de El Círculo. La cagué y Áurea nunca me perdonó. Fin. —Se encogió de hombros intentando mostrar una indiferencia que, estaba segura, no sentía.

—No parece tan sencillo.

—No lo fue, pero te he ahorrado la parte melodramática.

—Entiendo.

—Lo pasé mal durante mucho tiempo y supongo que ella lo pasó peor. Pero nunca quiso perdonarme y ahora ya es tarde.

—Nunca es tarde.

—Hay veces que el amor no es suficiente y el orgullo se antepone a todo. Bueno, el orgullo y que me comporté como un auténtico gilipollas. ¿Se puede saber cómo se ha colado Áurea en esta conversación?

—Sentía curiosidad.

—Me comporté como un auténtico cretino, engañé a Áurea y ella se vengó de mí. No me perdonó, por mucho que le rogara y se lo pidiera. Poco después empezó a salir con prácticamente todos los tíos de la ciudad. No sin antes estar segura de que yo me hubiera enterado. Hubo un tiempo en el que creí que moriría de celos, pero nadie muere por nadie.

—No, supongo que no.

—Es mi turno de preguntas. ¿Qué sientes por Ares? —Esta vez me tocó a mí sorprenderme.

—En realidad no lo sé. Siento una atracción diferente y muy fuerte, pero me resulta difícil de explicar.

—¿Solo atracción? —Ni siquiera yo lo tenía claro, por lo que abrevié la situación.

—Sí, creo que sí. —La sonrisa de Eros se ensanchó.

—Sabes que sería mucho más fácil mantener una relación conmigo que con él, ¿verdad? Es un lùth y podría hacerte daño, no quiero que olvides eso.

—Tú le hiciste daño a Áurea y no eres uno de ellos.

—No hablo de ese tipo de dolor.

—Lo sé. Pero al final lo que os pasó a vosotros también duele, y mucho.

—Supongo que tienes razón, pero preferiría que me eligieras a mí. —Eros me dedicó su mejor sonrisa y yo preferí no contestarle.

Volvimos dando un paseo. La noche era agradable, pero algo fresca. Eros, al ver que me encogía, pasó su brazo por mi hombro.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Yo podría calentarte. —Me pareció increíble que hubiera dicho esa frase. ¿No había otra menos manida?

Hice como si no lo hubiera oído. Al llegar a la puerta de mi habitación empecé a ponerme nerviosa. ¿Querría Eros pasar? ¿Me apetecía a mí? Esa pregunta y un montón más pasaron por mi cabeza mientras veía cómo él se acercaba a mí. Cuando nuestros labios casi se habían tocado, alguien salió de entre las sombras.

—Tengo que hablar contigo.

Eros dio un bote. Ares había sido sigiloso en sus movimientos. Y Eros estaba muy concentrado en otras cosas.

—Pues ven más tarde —espetó Eros, que parecía enfadado, pero es que hasta a mí me había sentado mal la manera en que Ares habló. Parecía una orden. Y a mí nadie me daba órdenes.

—No pienso moverme de aquí.

—De acuerdo. —Abrí la puerta, metí a Eros en mi cuarto y yo entré detrás para volver a cerrar en las narices de Ares. Así aprendería.

Eros carcajeó. Yo me contagié de su risa.

Después de una hora más hablando, me despedí de Eros. Iba a acercarse para besarme, pero le dije que no era buena idea.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizá demasiada información respecto a Áurea. Tal vez quiero tomármelo con calma. No sé.

—De acuerdo. Nos vemos mañana. —Besó mi mejilla y se fue.

No había llegado al lavabo cuando unos golpes sonaron en mi puerta. Ya me parecía a mí que Eros se había conformado con mucha facilidad.

Al abrirla me encontré con la mirada colérica de Ares. Sin decir palabra se acercó a mí y me besó. Empezó a hacerlo con inseguridad, como esperando mi reacción. En el momento en el que enrollé mis brazos a su cuello, el beso se nos fue de las manos.

Un calor intenso y totalmente desconocido para mí me envolvió por completo. Necesitaba sentir la piel de Ares y como si este me leyera el pensamiento nos desvestimos con una rapidez que nos hacía ser torpes. Miré a Ares a los ojos y pude percibir un destello de luz azul que no había visto nunca, pero quizá fueran cosas mías. Llegamos a la cama a trompicones y caí encima de él sin ninguna delicadeza. Me había acostumbrado a que la electricidad estática rodeara nuestros cuerpos, pero ese maldito calor no se apaciguaba.

—Nix, ¿estás bien?

—Estaré mejor de aquí a un rato. —Sonrió de una manera tan sexi y ávida que, lejos de calmar mi ardor, no hizo más que aumentarlo.

Hizo falta mucho más tiempo del que creía para que el calor desapareciera de mi cuerpo.



Estaba como en trance. Ares me había dado los tres mejores orgasmos de mi vida y estaba tan saciada y tranquila que me había quedado casi inconsciente. Noté que algo tocaba mi cara. Cuando abrí los ojos tardé unos instantes en darme cuenta de que era el techo. Miré hacia abajo y vi que Ares me contemplaba con asombro. ¡MIERDA!

Capítulo 35

Ares

No me había gustado en absoluto la charla que había tenido con Diego. En un principio me negué a hacer lo que me pedía, pero él me hizo entrar en razón.

No podía decirle nada a Nix y no estaba seguro de cómo se lo tomaría cuando se enterara. Sabía que no le sentaría nada bien, y lo entendía, aunque todos nos jugábamos mucho y no era el momento de que nuestros sentimientos se antepusieran a ciertas cosas. Por mucho que a mí me jodiera y por más que me costara llevarlo a cabo.

Cuando vi a Nix levitar me di cuenta de que Diego no exageraba al decir que era especial, eso sin contar que era capaz de curar heridas como las que había sufrido Eros. No teníamos ni idea de cuáles eran sus capacidades, pero desde luego nos quedaban muchas sorpresas por descubrir.

Mientras estaba con el resto de los chicos en el salón, la vi aparecer. Se me secó la boca. Nix era guapa, eso saltaba a la vista, pero vestida así estaba espectacular. Me quedé tan absorto mirándola que no presté atención a los comentarios de los demás hasta que pasaron unos segundos y me percaté de que Nix se había arreglado para salir a cenar con alguien, y ese alguien no era yo.

Cuando vi cómo el imbécil de Eros se acercaba a ella con esa expresión de suficiencia en la cara, me dieron ganas de partírsela, y ese pensamiento me descolocó. Nunca, en toda mi vida, había sentido celos de alguien. Aprendí desde muy pequeño a no desear cosas que no podía tener. Eso me lo enseñaron a base de palos, cuando pasé de un centro de acogida a otro sin que ni una sola familia me adoptara. Sin poder aferrarme a nada ni a nadie porque sabía que tarde o temprano acabaría perdiéndolo.

Pero con Nix sería diferente; quizá yo no era la mejor pareja que ella podría tener, estaba seguro de eso —en realidad yo era un lùth y no era una buena pareja para nadie—, pero me negaba a renunciar a ella, esta vez no abandonaría sin luchar.

Era un tema espinoso para mí en muchos sentidos. Estaba acostumbrado a que la gente hiciera lo que yo quería en cada momento. Me encantaba que a Nix no le afectara esa parte de mí, pero en algunas situaciones habría disfrutado mucho utilizándola con Eros. Luego, cuando se me pasaba y pensaba con más claridad, sabía que así era mejor. Nix estaba en su derecho de salir con quien quisiera y de elegir al tío que más le gustara, y quería que hiciera esa elección con total libertad, por mucho que a mí me desagradara la idea de verla junto al imbécil de Eros.

Me giré y observé cómo abandonaban el salón. Me escocía muchísimo que salieran juntos, estaba seguro de que lo mejor era no mirarlos, pero no podía apartar los ojos de Nix; estaba

preciosa y cada movimiento que hacía conseguía retener toda mi atención. Cuando Eros cogió su mano estuve a punto de explotar, supe con certeza que la noche iba a ser larga. Muy larga.

Me quedé un rato en el salón con el resto de los chicos. Incluso Tyr y yo jugamos alguna partida a las cartas, pero después de unas cuantas manos supe que era incapaz de concentrarme y Tyr me estaba fundiendo.

—Mejor lo dejamos, porque no quiero humillarte más y por lo visto no es tu mejor noche. Aunque te entiendo, Nix estaba impresionante. A saber qué estarán haciendo.

Sabía que Tyr se estaba quedando conmigo, pero no por eso me sentí mejor. No lograba sacar de mi cabeza la imagen de Nix y Eros juntos.

—El día que te guste una tía te voy a joder vivo.

—Eso no pasará, mira dónde estamos. —Sabía que se refería a la casa y a nuestras limitaciones para conocer a gente nueva.

—Ya llegará, y me las estoy apuntando todas. —Tyr soltó una exclamación nada esperanzadora.

Giré y me crucé con los ojos de Áurea. Su expresión, seguramente, era casi igual que la mía. Me levanté y me acerqué hasta ella.

—Hola, preciosa, ¿todo bien?

—Pues creo que igual de bien que tú. —Por sus labios se cruzó algo parecido a una sonrisa.

Me senté en el sofá junto a ella y estuvimos un rato en un silencio cómodo.

—¿Crees que Eros va en serio con Nix? —pregunté. Áurea me miró como si estuviera evaluándome.

—A Eros le gusta ir de mujer en mujer. —Respiré aliviado y Áurea me miró con simpatía—. Pero...

—Ya sabía yo que habría un pero.

—Creo que quiere asentar la cabeza, y nadie mejor que Nix para eso. No es fácil para nosotros encontrar a alguien con quien compartir nuestro mundo.

—Ah, no, para mí está chupado —dije con ironía. Áurea rio con ganas.

—Bueno, pues eso; que sí, creo que quiere algo serio, y Nix ha llegado en el momento oportuno.

—Sí, ya veo.

—Y tú, ¿qué sientes por ella?

—Te lo cuento si me explicas qué sientes por Eros.

—Creo que ninguno de los dos somos tontos, así que sobran las explicaciones. Me voy a ir a dormir, si sigo aquí estaré toda la noche pendiente del momento que vuelvan y ni quiero ni puedo permitírmelo. Lo mío con Eros terminó hace mucho tiempo. Ya se encargó él de dejarlo bien cerrado. —Hablabas más para ella misma que para mí, pero de todos modos pregunté.

—¿Qué pasó?

—La versión resumida es que me dejó y encontró a otra con la que sustituirme en tiempo récord. Bueno, en realidad no llegó ni a dejarme, que es peor. La extendida es bastante más compleja.

—Siempre es más complicado cuando se habla de amor.

—¿Hablas por experiencia? —Mientras lo preguntaba, una sonrisa iluminó sus ojos. Yo me puse serio de golpe.

—No. Si para vosotros es complicado, imagínate para mí. Nunca he conocido el amor, y no hablo solo de relaciones de pareja.

—«Nunca» es mucho tiempo, eso tenía que cambiar tarde o temprano. —La miré a la cara y ella miró a su alrededor, estaba dándome a entender que aquel era mi hogar y que allí había gente que me quería o que acabaría haciéndolo. Un calor de lo más extraño recorrió mi cuerpo.

Me despedí de Áurea y la seguí con la mirada hasta que desapareció por la puerta.

Poco a poco el salón fue quedándose vacío. Decidí subir y esperar a Nix en mi habitación, así, cuando llegaran, los oiría.

No fue hasta bastante más tarde, mientras estaba tumbado en mi cama (me había cansado de dar vueltas por mi cuarto) cuando noté que alguien subía por las escaleras. Salí de mi habitación y me escondí entre las sombras.

Cuanto más miraba a Nix más bonita me parecía. Vi cómo Eros se acercaba a ella para besarla y dos cosas pasaron por mi mente. La primera fue que cómo podía ser tan imbécil como para ir tan despacio, llevaba un rato acariciando su cara; joder, con el aspecto que tenía Nix esa noche yo la hubiera besado nada más llegar a la puerta de su habitación, si no antes. Y la segunda, que no dejaría que él lo hiciera bajo ningún concepto.

Lo que no esperaba para nada era que Nix hiciera pasar a Eros a su habitación y me dejara a mí fuera, dándome con la puerta en las narices.

Me dirigí a mi cuarto y cerré de un portazo. Me puse a dar vueltas sin poder detenerme. Estaba enfadado, muy enfadado, por lo que esperaba que con el movimiento y algo de tiempo consiguiera calmarme un poco.

Pasado un buen rato oí que la puerta de alguien se cerraba, imaginé que era la de Nix y fui a llamar.

Lo único que fui capaz de hacer cuando me abrió fue besarla. No pude aguantarme, había pasado una noche de mierda pensando en ella y en Eros. Estaba muy enfadado, pero cuando sus labios tocaron los míos por fin encontré la calma, era como si Nix fuera el lugar que había estado buscando toda mi vida. Ella era mi hogar. Ese pensamiento me acojonó bastante. Llevaba desde siempre intentando no encariñarme con nadie, pero llegaba ella y conseguía tirar, con su sola presencia, todos los muros que me había costado tanto levantar.

Una cosa llevó a la otra y esa noche tuve el mejor sexo de mi vida. En realidad, ni siquiera podía compararlo. Nada tenía comparación con lo que había vivido esa noche. Con Nix podía

dejarme llevar, no tenía miedo a dejarla inconsciente, no era necesario contenerme y pude hacer cosas con ella que ni siquiera se me hubiera pasado por la cabeza hacer con nadie más. Nix desprendía tanta energía mientras lo hacíamos que podía «alimentarme» de ella sin ni siquiera tener que quitársela. Era como si estuviéramos hechos el uno para el otro; yo necesitaba energía y a ella le sobraba.



Fui a darme la vuelta para abrazarla, pero no había nadie. Nix se había levantado y eso me entristeció, nunca había pasado la noche con nadie. Me daba miedo que al quedarme dormido pudiera dejar a la otra persona sin energía sin ni siquiera ser consciente de ello. No estaba seguro de que eso pudiera pasar, pero nadie me había explicado cómo funcionaba aquello exactamente.

Me giré y me quedé boca arriba. Una expresión de sorpresa cruzó mi cara. Cuando Nix me miró con espanto, desde el techo, no tuve ni idea de cómo cojones tranquilizarla.

Capítulo 36

Nix

No consigo acordarme de cómo logré bajar del techo. Mi siguiente recuerdo fue que estaba sentada, frente a Diego, en su despacho.

Le explicamos lo que había pasado esa noche. Estaba casi segura de que la cara me explotaría de un momento a otro. Diego no dijo una palabra en todo el tiempo que duró la explicación.

—Lo que no entiendo es que en ese momento yo estaba tranquila, mis emociones estaban en calma; entonces, ¿por qué levité?

—No estoy seguro, pero creo que tus dones se disparan cuando lo hacen tus emociones, aunque esto es solo porque aún no las dominas. Lo que no quiere decir que solo tengas esas capacidades cuando te descontrolas. Las tienes siempre, y cuando aprendas a manejarlas podrás usarlas a tu antojo.

Permanecimos unos segundos en silencio. Luego Ares habló y yo me quedé pasmada ante su siguiente comentario:

—Diego, no sé qué me pasa con Nix, pero siento una atracción hacia ella que dudo mucho que sea normal. —Tuve que cerrar la boca.

—Bueno, tengo una teoría para eso.

—No esperaba menos. —La voz de Ares rezumaba sarcasmo.

—Todos estamos compuestos de energía. Creo que una parte importante de esta energía es la que hace que nos sintamos atraídos por otras personas.

—Pensaba que era por la forma de ser o, incluso, por el físico.

—No digo que eso no sea importante, también lo es, pero por poner un ejemplo: mi mejor amigo me monta una cita a ciegas, él me conoce perfectamente. La persona que ha elegido para mí encaja con mi manera de ser, mis gustos y encima es guapísima, pero, sin que nadie lo entienda, la cita es un desastre, algo no encaja. No funciona. No logramos conectar. Es ahí donde entran las energías, y por eso son tan importantes.

—¿Eso quiere decir que le gusto a Ares por mi energía?

—Es una manera de decirlo. Yo, sin embargo, creo que estáis hechos el uno para el otro. Ares no podría estar con una persona normal y tú tampoco. No es solo que os complementéis y os sintáis atraídos el uno por el otro, creo que esto es mucho más complejo. Que sepamos, lo que hay entre vosotros, lo que sentís el uno por el otro, no ha pasado nunca. Aunque los lùth han existido desde siempre, no hemos conocido a nadie como Nix, así que no puedo estar seguro al cien por cien de lo que digo, pero tengo el convencimiento de que esto va más allá de una simple atracción.

Los tres nos quedamos callados un buen rato. Yo estaba intentando asimilar todo lo que Diego había insinuado con sus palabras. Pasados unos minutos el lado pragmático de este salió a la luz.

—Bueno, pues esto es lo que tenemos: puedes levitar, estoy seguro de que cuando lo controles podrás incluso volar. —Tragué saliva ante esa afirmación—. Te curas con una facilidad pasmosa, incluso puedes curar las heridas de otros y manejas la energía a tu antojo, aunque aún no la controles. —Diego tenía una sonrisa en la cara que no era capaz de borrar. Yo estaba muy asustada.

—Buen resumen.

Me giré hacia Ares, parecía que todo aquello le divertía. Eso me irritó muchísimo.

—Después de hablar con Ares, llegamos a la conclusión de que había que llevarte al límite, por lo que...

—Para un momento. —Los dos se tensaron ante mi tono—. ¿Qué quiere decir eso de «después de hablar con Ares»?

—El otro día tuve una reunión con Ares, tengo la teoría de que si te tensas en exceso y te descontrolas eso hace que salgan todas tus habilidades con mayor facilidad.

—Me estás diciendo que mandaste a Ares a que se acostara conmigo... —No era una pregunta, porque tenía clara la respuesta. Por mucho que doliera y por más que me pareciera increíble, lo entendí perfectamente—. Todo esto formaba parte del entrenamiento. —Me levanté de la silla como un resorte. Ares también lo hizo.

—Nix, escucha, no es lo que parece. —En la voz de Ares había desesperación. No me dio ninguna pena.

—Ah, ¿no? Y ¿qué es lo que parece? Explícamelo.

—No me he acostado contigo por eso.

—No, claro que no, pero has matado dos pájaros de un tiro. —Empezaba a descontrolarme de verdad. Toda aquella situación me estaba cabreando como nada lo había hecho antes. Y Diego continuaba sin abrir la boca.

—Diego, dile que no es verdad, que tú no me ordenaste eso explícitamente.

—Bueno, en realidad... —Ya había oído bastante.

—¡Os podéis ir los dos a la mierda! —Después de decir esa frase todo se volvió azul y perdí el conocimiento.



Me desperté muy desorientada en una sala blanca. Diego estaba junto a mí. Era a la segunda persona que menos ganas tenía de ver.

—Te descontrolaste tanto que destrozaste mi despacho. —No parecía muy preocupado por eso, y yo no pensaba pedirle perdón—. Nix, no ordené a Ares que se acostara contigo, solo le dije que necesitábamos que sacaras tus «capacidades» con la mayor rapidez posible.

—Y como ya sabíais que la excitación me hace perder el control, qué mejor que llevarme a la cama rápidamente.

—Siento que te lo tomes así.

—No hay otra manera de tomármelo. ¿Puedo irme ya?

—Sí, parece que estás bien, pero intenta descansar hoy. He suspendido tu entrenamiento.

Una pena, porque aquel día más que nunca deseaba desfogarme y el entreno con Áurea me hubiera venido muy bien. Me fui de allí sin contestar y sin mirar a Diego.

El resto del día lo pasé encerrada en mi habitación. Vinieron todos a verme, pero di orden expresa de que Ares no pasara. No quería verlo en esos momentos o volvería a descontrolarme.

Eros parecía encantado con la idea y fue él mismo el que le informó de que no podía entrar en mi cuarto porque yo me negaba a verlo. Pude oír que hubo un momento de tensión en la puerta, pero Ares acabó cediendo y se marchó.

Me sentía decepcionada y dolida. Sabía que todo lo que estaba pasando era importante y debía poner todo de mi parte para intentar dominar mis capacidades lo más rápido posible, pero ¿todo valía? ¿Podían jugar conmigo de esa manera con tal de que reaccionara? Por lo visto, sí. Y yo había sido tan tonta de dejarme engañar.

Cerré los ojos y pensé que mi vida era mucho más sencilla antes, cuando no sabía quiénes eran los lùth y nadie esperaba nada de mí.

Capítulo 37

Nix

Unos meses después

La cosa con los lùth parecía estar estancada. Diego se mostraba preocupado porque, lejos de retirarse, daba la sensación de que se estaban tomando un tiempo para poder organizarse mejor. Y no había nada que nosotros pudiéramos hacer para impedirlo. Habíamos pasado los últimos meses saliendo a explorar las zonas donde normalmente había movimiento, sin encontrar absolutamente nada. Al resto de las casas les había pasado lo mismo, estábamos más coordinados que nunca y, sin embargo, no obteníamos ningún resultado.



Desde el día en que me acosté con Ares casi no había vuelto a dirigirle la palabra. Lo justo para entrenar con él y poco más. Intentó hablar conmigo algunos días después, pero las cosas estaban muy claras para mí.

Cada jornada me entrenaba durante horas y, aunque al principio me desesperé y me agoté, empezaba a ver mejoras importantes.

El encargado de enseñarme a manejar armas era Nótt. No estábamos seguros de que las necesitara en algún momento, ya que si conseguía dominar mi energía no habría mejor arma que esa, pero de todas formas me entrenaba con él.

Nótt no era muy hablador, incluso se mostraba algo reservado conmigo. Por lo poco que coincidía con él, me parecía una persona algo huraña; sin embargo, había veces que me miraba de una manera que me descolocaba por completo.

De todos los que vivíamos en la casa era al que menos conocía; si bien estaba cómoda con él, no era una comodidad como la que sentía cuando estaba con el resto, era diferente. Nótt mantenía las distancias, había llegado a la conclusión de que no le gustaba demasiado el contacto físico, pero de todas maneras estaba a gusto con él.

El recorrido que hacía con Vali había aumentado un montón desde que empezamos, ahora casi corríamos el doble que en el inicio. Prácticamente no me ahogaba. Estaba contenta, pero él me exigía siempre más. Vali era muy exigente y disciplinado, incluso algo controlador; cuando empezamos a tener confianza y me explicó muchas facetas de su vida lo entendí a la perfección.

Él y Nótt encontraron la salvación cuando El Círculo los llamó para unirse a sus filas. Al contrario que los demás jóvenes de su edad, ellos estaban deseando salir de su casa. Aunque no

entró en detalles escabrosos, lo poco que me explicó hizo que me entraran ganas de vomitar. Él se rio de mí, alegando que eso era solo la punta del iceberg.

Por lo visto, el padre de los gemelos era militar, y que uno de sus hijos varones fuese gay era algo que no iba a tolerar en su casa. La madre se posicionó del lado del padre, lo que provocó que los gemelos se unieran aún más y que se apoyaran en la única familia con la que podían contar: el uno en el otro. Su padre, al darse cuenta de ello, obligaba a Nótt a «impartir» los castigos a Vali; si este se negaba, era su padre el que pegaba a Nótt.

—Al final Nótt recibió muchos más palos, siendo yo el que, según mi padre, los merecía. — Parecía que había escogido y dicho esa frase a la ligera, pero había tanta pena en su voz y en sus ojos que se me saltaron las lágrimas—. Si no llega a ser por mi hermano, no sé dónde estaría.

Cuando vi que Vali se había puesto taciturno y triste intenté cambiar de tema para animarlo. No lo conseguí.

Me parecía increíble que un padre no pudiera aceptar a un hijo por su orientación sexual. Simplemente no me entraba en la cabeza, pero que encima utilizara a su otro hijo para pegarle me parecía ruin y mezquino, además de asqueroso. Habían tenido suerte de llegar a la casa.



Áurea se mostraba contenta con mis progresos, y es que, aunque atacando era un desastre, empezaba a defenderme bastante bien. Después de los entrenos con ella, nos quedábamos hablando un rato. Empecé a conocerla mejor y por primera vez en mi vida supe lo que era tener conversaciones entre chicas.

Las sesiones con Tyr fueron las que más me ayudaron. Después de lo de Ares, aprender a relajarme era prácticamente mi prioridad. Además, Tyr era la persona de la casa con la que más a gusto me sentía, logré conectar con él con rapidez. Cuando estábamos a solas me sentía en paz.

—No sé qué tienes, pero contigo me siento bien, estoy relajada y tranquila.

—Desde muy pequeño la gente suele decirme eso. No tengo ni idea de lo que es, pero sé de otra fórmula para que te relajes con la que los dos lo pasaríamos mucho mejor.

Le di un golpe en el hombro. Tyr siempre se comportaba así, aunque dudaba mucho que lo dijera en serio; era más por costumbre que porque lo sintiera, o eso quería pensar yo.

Con Ares era otro tema. Seguía muy enfadada con él y con Diego, pero parecía que mi enfado se había enquistado y que no iba a más. Así que en los entrenamientos no avanzaba absolutamente nada.

El día anterior, después de una sesión especialmente dura, oí cómo Ares me decía:

—Tienes que concentrarte o esto no servirá de nada. —Me acerqué a él hasta que nuestras caras casi se tocaron. No habíamos estado tan cerca desde hacía mucho tiempo. Pude ver el asombro y la excitación en sus ojos.

—No se te ocurra decirme lo que tengo que hacer. Nunca. —Lo que más me fastidiaba era que tenía razón. No conseguía avanzar.

Eros y yo habíamos quedado otros días para salir a cenar, pero no habíamos pasado de algún que otro beso.

No me apetecía estar comprobando siempre si un tío se acostaba conmigo porque quería o porque se lo había ordenado Diego. Resultaba agotador y muy frustrante. Eso sin contar que empezaba a dudar de que Áurea no sintiera nada por Eros, y lo último que quería era hacerle daño.

Después de la noche que pasé con Ares —que, quitando lo del engaño, fue espectacular—, parecía una olla a punto de explotar. Había estado mucho más tiempo sin acostarme con nadie, pero desde que llegué a esa casa y probé el sexo con él pasé a echarlo mucho más de menos (el sexo, claro).

Diego decía que era porque no soltaba energía y se estaba acumulando demasiada en mi cuerpo. Yo simplemente pensaba que necesitaba echar un polvo con urgencia.



Una noche, después de muchas semanas encerrados en la casa, nos tocaba salir. Por una parte, estaba aterrada; pero, por otra, nos iría bien a todos que nos diera el aire y, si encontrábamos a algún lùth, poder desfogarnos un poco.

Estaba acabando de vestirme cuando oí el sonido de unos golpes en la puerta. Me extrañé, porque ya casi nadie llamaba a mi cuarto.

—Adelante.

Más me sorprendí al ver entrar a Ares. Ni siquiera supe qué decir.

—Hola, Nix. Solo quería decirte que, aunque hemos tenido nuestras diferencias —bonita manera de explicarlo, yo habría matizado la parte en la que se acostó conmigo porque se lo pidió el jefe—, esta noche tenemos que firmar una tregua. No podemos salir ahí estando así, pues los dos correríamos peligro.

Lo pensé durante un momento. Tenía razón.

—De acuerdo.

—Si te sirve de algo, me acosté contigo porque te deseo.

—Entre otras cosas... Y no hables en presente, por favor. —Mi tono era de lo más frío.

—Hablo en presente porque sigo deseándote. Ahora que sé lo que es sentirte desnuda bajo mi piel, incluso te deseo más que antes. —Su voz era un susurro ronco. No pude evitar excitarme.

Me quedé sin nada que decir, pero estaba claro que así no podía continuar; ¿y si lo utilizaba igual que había hecho él conmigo? Podría acostarme con Ares y después volver a tratarlo con indiferencia. Sería difícil, pero era eso o subirme por las paredes o acostarme con Eros, y esa opción complicaría aún más las cosas.

Necesitaba descargar energía y dejar de sentirme así, pues de no hacerlo acabaría explotando. Literalmente.

Sabía que estaba intentando justificar el hecho de que me moría de ganas de volver a estar con él. Estaba disfrazando la situación para que no pareciera que caía rendida a sus pies después de lo que me había hecho. Pero es que era la verdad. Estaba cansada de llevar tantos meses con ese tira y afloja que no nos conducía a ningún sitio. Quería acostarme con él, era así de simple y de complejo a la vez, y si no lo hacía la única que salía perdiendo era yo. Así que por primera vez en mi vida me comporté de manera egoísta y pensé solo en mí.

—Te espero en mi cama cuando volvamos esta noche. Así que haz el favor de proteger tu precioso culo. —No estaba acostumbrada a que eso pasara, pero había dejado a Ares sin habla. Aunque sus ojos eran tan expresivos que resultaba fácil saber lo que estaba pensando.

Salió por la puerta, pero antes de irse me miró. Aquella mirada me recorrió de arriba abajo y avivó aún más mi deseo. Si es que eso era posible.

Capítulo 38

Nix

Esa noche salimos todos juntos. Diego no estaba seguro de con qué nos encontraríamos. De un tiempo a esa parte todo parecía muy tranquilo, pero la cosa podía cambiar rápidamente y teníamos que estar preparados. O por lo menos eso decía el jefe.

Nos movimos por una zona especialmente apartada y oscura.

Fuimos demasiado incautos después de que Diego nos dijera que daba la sensación de que los lùth hubieran desaparecido. Estábamos absortos, hablando y bromeando, cuando en un determinado momento la piel de mi nuca se erizó. Al darme la vuelta me encontré con uno de ellos frente a mí, cuando miré a mi izquierda había otro y un instante después estábamos rodeados. Pude notar la tensión de mis compañeros, se habían puesto en guardia y a mí un escalofrío me recorrió entera. La cosa no pintaba demasiado bien, pero me sentía optimista. Había aprendido mucho y avanzado bastante en mi entrenamiento. Fue tarde cuando me di cuenta de que no había nada peor que esa falsa sensación de confianza, y más cuando se trataba de los lùth.

—Mirad, pero si tenemos aquí a la luminosa. —Tardé un poco en comprender que ese apelativo era para mí—. Vuelve a hacer eso de la luz azul, preciosa.

—Lo haré cuando me dé la gana —contesté, como si fuera capaz de controlarlo.

—Uauu, qué carácter. Se me ocurren un montón de cosas para bajarte esos humos y de paso ese exceso de energía que pareces desprender. —La mirada y la voz del que me hablaba no podían ser más lascivas. Sentí verdadero asco.

Miré a mi alrededor y advertí que cada vez había más. Nos estaban rodeando y la cosa no pintaba nada bien.

Noté que alguien se ponía a mi lado, pero ni siquiera me dio tiempo a mirar. Vi cómo uno de los lùth sacaba algo de su espalda; no supe qué era, porque rápidamente desvié la mirada hacia los otros, que cada vez eran más y estaban más cerca.

Todo terminó incluso antes de empezar. Imaginé que podría practicar con lo que había aprendido en los entrenamientos, pero no fue el caso. Algo se clavó en mi hombro izquierdo y caí al suelo antes de poder abrir la boca.

No supe que había perdido el conocimiento hasta que me despertó un dolor agudo en el brazo. Tenía la boca seca y no podía gritar. Además, el dolor era muy intenso.

Miré hacia mi izquierda y supe que estaba en una sala de hospital, luego giré la cabeza hacia el otro lado y cerca de mí localicé a Diego, por lo que imaginé que debía de estar en casa y que esa sería la enfermería, aunque mi vista se estaba volviendo algo borrosa.

Fijé la mirada en Diego, que se movía con nerviosismo de un lado a otro. Era extraño viniendo de él. No recordaba haberlo visto nunca tan alterado. Bajé mis ojos hasta mi hombro y vi que lo que me provocaba ese dolor tan penetrante era una flecha. ¿Quién demonios disparaba flechas en pleno siglo XXI? En fin...

—¿Qué pasa, Diego? Sácala y ya está. Preferiría que me durmieras primero, pero si no puede ser hazlo cuanto antes. —En realidad, si no me ponían anestesia, me gustaría que alguien me diera de beber algo fuerte, no creía que pudiera soportar que me sacaran aquella flecha sin estar inconsciente.

Diego tardó en contestarme, y yo me percaté de que el dolor que sentía por todo el brazo no se debía solo a la flecha. Entendedme, nunca me habían clavado una hasta ese momento, pero había algo más. Estaba segura.

—No es tan sencillo. La punta está llena de veneno. Si la saco, tu herida cerrará con rapidez dejando la toxina dentro. He puesto un drenaje, pero no creo que funcione. Tengo que saber primero de qué veneno se trata para ponerte el antídoto. —Ya me lo imaginaba, siempre había algo más—. No puedo creer que os hayan vencido con una simple flecha. —Diego parecía indignado, y me molestó que hablara así. La «simple flecha», como él había dicho, dolía como un demonio. En ese momento pensé en mis compañeros.

—¿Qué les ha pasado a los demás? —Notaba la boca cada vez más pastosa. Estaba empezando a preocuparme.

—Cayeron todos inconscientes poco después de ti. Eso me hace pensar que la prioridad eras tú; al creer que habías muerto, el resto les dio igual. —Diego me miró como disculpándose por sus palabras, como si él fuera el responsable de que quisieran matarme—. Había demasiados lùth. No han sabido decirme cuántos, pero más de cinco juntos es una barbaridad.

—¿Y Ares?

—Fue una suerte que estuviera allí, porque logró sacar el móvil en el último momento y darle al botón de alarma; si no llega a ser así, no sé lo que habría pasado. —Lo vi dudar un instante antes de continuar—: Pero hay algo más. Ares necesita obtener energía de alguien. Últimamente tomaba poca cantidad de mí o incluso de alguno de los chicos, pero no era suficiente, estaba con los niveles muy bajos y el ataque de los lùth lo ha dejado en coma. —El hecho de que Ares tomara energía de otros hizo que un calor intenso recorriera mi cuerpo.

—No sabía que necesitaba tomar energía a diario.

—Nix, él es uno de ellos, necesita energía para vivir. La única diferencia con el resto de los lùth es que Ares no ha matado nunca a nadie. Es una persona muy honrada. —Quise decir algo, pero preferí callarme—. Puede llevar una vida casi normal si no se descontrola. Pero no puede tomar energía siempre de la misma persona o acabaría matándola. Además, estoy casi seguro de que ha tomado la justa para poder caminar y poco más. Eso explicaría que ahora esté en coma.

—Lo entiendo, pero ¿por qué salió estando tan débil? A mí no me afecta que tome mi energía, podía habérmelo pedido.

—Yo también se lo comenté, pero no me hizo caso.

—Maldito orgulloso. —Me incorporé en la cama. Palidecí por el dolor que recorrió todo mi cuerpo.

—Será mejor que no te muevas.

—A menos que puedas traer a Ares ante mí, nada impedirá que vaya a verlo.

Diego sabía que era una batalla perdida, por lo que trajo una silla de ruedas y me llevó a la habitación contigua, donde Ares descansaba. Estaba tendido en una cama con los ojos cerrados. Aparté la mirada, verlo tan inerte no me gustaba en absoluto.

—Nix, estás débil, no sé cómo te afectará darle energía a él.

—No voy a darle mucha, solo la suficiente para sacarlo del coma. Además, ya va siendo hora de saber hasta dónde soy capaz de llegar. No te preocupes, saldré de esta. Soy fuerte.

Ni siquiera sabía lo que tenía que hacer, pero, al igual que hice con Eros, puse mis manos encima de él y la habitación se llenó de luz azul. Me concentré y pocos segundos después Ares abrió los ojos.

Cuando la luz empezó a disminuir de intensidad me sentí como si me hubieran dado una paliza y un camión hubiera pasado sobre mí.

Lo último que recuerdo fueron los ojos de Ares mirándome con intensidad.

Capítulo 39

Ares

Nix llevaba semanas sin hablarme y cada vez me estaba resultando más duro. La entendía. La cosa parecía muy diferente a como en realidad había sido. Si Nix se hiciera una idea de lo que me atraía, de lo que sentía por ella... Pero no podía convencerla porque se negaba a hablar conmigo, aunque tampoco creía que hubiera servido de mucho; Nix era terca como una mula.

Además de que ella no me hablaba, habían sido unas semanas difíciles. No quería tomar energía de ninguno de mis compañeros y, aunque no me quedó más remedio que hacerlo alguna vez, no era suficiente. Me sentía muy cansado, casi enfermo.

En esos momentos estábamos todos en el salón, Nix continuaba durmiendo y yo había salido un momento para poder tomar algo de energía, ya que apenas me sostenía en pie. La que me había dado Nix me había servido para salir del coma y poder levantarme, pero ya había pasado un día y necesitaba algo más para conseguir mantenerme despierto.

Eros acababa de ofrecerse a darme un poco; más que por un gesto de acercamiento hacia mí, lo hizo en el momento en que Áurea propuso hacerlo ella misma.

Puedo obtener energía de quien quiera, ya sea un hombre o una mujer, aunque para mí es un acto íntimo y estoy mucho más cómodo cuando lo hago con una mujer.

Cuando tomaba energía de Nix a la intimidad que normalmente rodea ese momento también había que sumarle el magnetismo sexual. Esa atracción que sentíamos normalmente ya era fuerte, pero mientras absorbía su energía aún aumentaba más.

Con Áurea sería completamente diferente.

Habría sido un detalle por mi parte aceptar la oferta de Eros y dejar en paz a Áurea, pero entonces una imagen inundó mi mente, la de él inclinándose sobre Nix a punto de besarla, y mandé su oferta a la mierda.

—Lo siento, Eros, pero me quedo con ella. —Le guiñé un ojo con toda la mala leche de la que fui capaz y me giré hacia Áurea—. Muy amable por tu parte, te lo agradezco de verdad. ¿Te importaría que subiéramos a mi habitación? No pasa nada por hacerlo aquí, pero preferiría que estuvieras cómoda.

—Claro, vamos. —Áurea me mostró una sonrisa dulce. Y yo me odié por lo que estaba a punto de hacer.

Al pasar junto a Eros le sonreí con chulería. Él soltó algo parecido a un gruñido. Cogí a Áurea de la mano y desaparecimos hacia mi habitación. Antes de salir pude ver cómo Tyr le daba unas palmaditas a Eros en la espalda. Que supiera lo que se sentía. Lo único malo era que lo había

cabreado y estaba casi seguro de que se tomaría la venganza contra mí en cuanto Nix se despertara.

—Has sido un chico muy malo. —La voz de Áurea me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué quieres decir?

—La manera en la que has picado a Eros. Eso no está bien. —Supe que ella estaba disfrutando tanto o más que yo con todo aquello—. No creas que le afecta porque le gusto, es más bien por un sentido de posesión que siempre ha tenido sobre mí.

—Créeme, el despliegue de celos que acabo de presenciar poco tiene que ver con la posesión.

—No le gusto, ya no, pero de alguna manera cree que aún tiene algún tipo de derecho sobre mí. —Pude detectar pena en su voz.

—Si quieres pensar eso..., si así te sientes protegida, me parece bien, pero esa no es la realidad. Solo tendrías que chasquear los dedos y Eros estaría comiendo de la palma de tu mano.

—¿Por eso está tonteando con Nix, porque está profundamente enamorado de mí?

—Creo recordar que la que se está acostando con Hímero eres tú. —No lo dije por echarle nada en cara, ni mucho menos; lo hice para confirmar un hecho. Áurea lo entendió perfectamente, porque asintió con la cabeza y me miró con picardía.

Habíamos llegado a la puerta de mi habitación y los nervios se estaban apoderando de mí. Una cosa era obtener energía de una desconocida y otra muy diferente hacerlo de Áurea. No quería hacerle daño de ninguna de las maneras.

—Áurea, puedes irte si quieres, solo lo he hecho para picar un poco a Eros. Aunque al final no ha sido solo un poco, ha sido un mucho. —Intenté sonreír. No funcionó.

—Ares, mírate, casi no te sostienes de pie. Anda, abre la puerta y siéntate.

—Sobreviviré. En serio, puedes irte.

Me quitó la llave de la mano y abrió ella misma. Un leve mareo hizo que me desestabilizara un poco. Odiaba sentirme tan débil.

Áurea me acompañó y me acomodó en un sillón, luego se sentó encima de mí.

—Has tomado energía de Nix, sabrás controlarlo. Lo sé.

—Nix parece tener energía ilimitada y ese no es tu caso. Sé con seguridad que a ella sería casi imposible agotársela, por eso lo he hecho, pero contigo no es lo mismo. A ti sí puedo hacerte daño.

—Escúchame, Ares. Lo has hecho con otras chicas que no son Nix, confío en ti. Así que hazlo.

Nunca una mujer me había dicho que confiaba en mí. No me hacía falta que lo dijeran, ellas harían todo lo que yo quisiera, para eso servían nuestros «poderes». Ese pensamiento me dio tanto asco que me recorrió un escalofrío. Por eso oír aquellas palabras de la boca de Áurea me reconfortó, tanto que sentí una especie de calor cerca del corazón.

Me acerqué a ella y la besé en la frente; podía hacerlo sin tener ningún tipo de contacto, pero así resultaba más fácil y me apetecía hacerlo. Absorbí una cantidad mínima y me aparté de ella.

—¿Haces esto porque soy una mujer y crees que por esa razón soy débil?

—¿¡Qué!?

—No te hagas el tonto conmigo, apenas has absorbido energía para poder caminar. Soy fuerte. Vamos.

Volví a besarle la frente y absorbí la energía que necesitaba para poder hacer una vida más o menos normal en las siguientes horas.

—¿Estás bien? —Miré su rostro detenidamente. Apenas había perdido color, por lo que supe que había aguantado bien.

—Estoy bien, Ares. Ya te he dicho que soy fuerte. Además, es la hora de dormir y me irá genial; ¿no sabes que padezco de insomnio? Vendré a verte todas las noches hasta que hagas las paces con Nix.

—Gracias, Áurea.

—No hay por qué dárte, tú habrías hecho lo mismo por mí.

Me dio un beso en la mejilla y se levantó. Al abrir la puerta, se giró y me guiñó un ojo. Tenía razón, Áurea me caía bien, y yo habría hecho lo mismo por ella.

Antes de cerrar la puerta oí la voz furibunda de Eros. Áurea no debió de hacerle ningún caso, porque dejó de chillar a los pocos segundos, justo en el momento en que sentí su puerta cerrarse. Seguramente la habría cerrado en sus narices, se lo tenía bien merecido. No pude evitar sonreír.

Capítulo 40

Nix

Me desperté con la boca completamente seca y con una sensación de mareo que hacía que me costara moverme. No sabía dónde estaba. Parecía una habitación de hospital, pero eso era completamente imposible. Tardé más tiempo de la cuenta en entender que no me había movido de la casa. Empezaba a convertirse en una costumbre despertarme y no saber dónde estaba.

Noté algo en la parte izquierda de la cama. Me giré con cautela para ver de qué se trataba. Ares tenía la mitad de su cuerpo en mi cama, justo al lado de mis piernas. Si no hubiera sido por el leve sonido de su respiración me habría asustado. Intenté mirar a mi alrededor, pero cuando me moví un gemido escapó de mi boca, haciendo que Ares se despertara.

—Por fin estás despierta, Bella Durmiente.

—No me gustan las princesas. —Mi voz sonó rara, como si hiciera días que no la utilizaba—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Dónde está Diego? ¿Ya no tengo veneno?

Vi a Ares incorporarse poco a poco. Me desesperó su tranquilidad, necesitaba respuestas, pero él parecía tomárselo con calma.

—Vale, vamos por partes. Llevas dormida casi una semana, Diego te sedó para que descansaras y no tuvieras dolores. —Abrí los ojos como platos e intenté incorporarme—. Tranquila, Nix. No puedes levantarte tan rápido o te marearás. —Volví a tumbarme porque ya me estaba sobreviniendo un mareo—. Diego debe de estar al llegar, solo se ha separado de ti por trabajo o para descansar un poco. Y sí, consiguió sacarte el veneno, aunque le costó lo suyo.

Justo cuando Ares levantó una mano para posarla en mi cara la puerta de la habitación se abrió y por ella entró Diego. Su cara se iluminó al verme. No pude dejar de fijarme en las ojeras que tenía y en que su rostro parecía demacrado. No era que pareciera cansado, parecía exhausto.

—¡Cómo me alegro de que estés despierta! ¿Qué tal te encuentras?

—Algo mareada, pero bien. Más descansada que tú, seguro. Tienes cara de estar agotado.

—Bueno, entre la preocupación por tu recuperación y que he estado toda la semana trabajando en algo, mis horas de sueño se han consumido.

—Pareces de buen humor, eso quiere decir que lo has conseguido.

—Sí. En cuanto estés mejor os lo explicaré a todos en una reunión. —Giró la cabeza hacia Ares—. Ahora que está despierta deberías ir a descansar. Pasar una semana a pie de cama no creo que sea muy bueno. Eres demasiado cabezón para tu propio bien, mira que te propuse traerte una cama para que descansaras a su lado.

—Ya está hecho; además, tampoco he estado tan mal. —Fijándome mejor, el rostro de Ares parecía mucho más pálido de lo normal y sus ojeras eran casi tan pronunciadas como las de Diego —. Pues voy a darme una ducha y ahora vuelvo. —Asentí porque no sabía qué decirle.

Cuando la puerta se cerró, miré a Diego. No tenía claro qué era lo que quería que me explicara, pero sabía que algo quería oír.

—Me costó mucho quitarte el veneno. Estabas muy débil. —Continué mirándolo, esperando a que me explicara algo más. Supo a la perfección a qué me refería—. Ares no se ha movido de esa silla en una semana.

—¿De dónde ha sacado la energía?

—Nos hemos turnado. Al principio colaboramos todos, pero después Áurea ha sido la que más le ha dado. Aunque desde ayer ha dejado de hacerlo, ya que empezaba a sentirse algo débil y Ares se negó en redondo a seguir tomándola de ella. Creo que anoche fue Tyr quien le dio. Sin embargo, como casi no se ha movido, tampoco ha consumido demasiada.

Áurea había estado dando energía a Ares mientras yo dormía. Un montón de pensamientos totalmente irracionales pasaron por mi cabeza. Utilicé todo lo que había aprendido con Tyr y los saqué de allí.

—¿En qué has estado trabajando? —Necesitaba cambiar de tema, el hecho de imaginarme a esos dos juntos (las técnicas de Tyr no sirvieron de mucho) y de que Ares hubiera pasado a mi lado toda una semana me abrumaba de tal manera que necesitaba digerirlo.

—Pues es alto secreto.

—Vaya novedad. —Diego sonrió.

—No podía permitirme que os volvieran a disparar una flecha ni nada parecido a ninguno de vosotros. Estoy seguro de que, si la flecha se hubiera clavado en cualquier otro, habría muerto.

—¿Por qué?

—No eres inmortal ni nada por el estilo, pero tienes más energía que el resto de la gente. Infinitamente más. Eso hace que seas más resistente a muchas cosas.

—Aún no has contestado a mi pregunta.

—He estado trabajando en unos trajes. —Me dio la risa.

—¿Como si fuéramos superhéroes? —Diego rio ante mi ocurrencia. De pronto un pensamiento vino a mi mente y me puse seria de golpe—. No pienso llevar falda. No es cómodo.

Diego soltó una carcajada que retumbó en toda la sala. Yo respiré aliviada, por lo visto no llevaríamos falda.

—Tengo que perfeccionarlos bastante, ya que ahora pesan demasiado, pero si quiero que no penetre nada en ellos es arduo. El material que necesito viene de lejos y tardará un tiempo en llegar. Mientras tanto he hecho lo que he podido. Y no te preocupes, vais todos con pantalón.

—Menos mal.

Diego seguía trasteando a mi alrededor, hasta que noté cómo dudaba en hacerme la siguiente pregunta. Un par de veces abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Vamos, Diego, no creo que sea tan difícil.

—¿Cómo lo hiciste? —Supe a la perfección a qué se refería.

—Cuando me encuentro ante una situación crítica sé cómo actuar. Pero esta vez, con Ares, ha sido mucho más fácil de lo que fue con Eros. Creo que empiezo a entender cómo funciona y cómo controlarlo. Aunque no estaré del todo segura hasta que empiece los entrenamientos.

—Vale, pero ya tendrás tiempo de practicar. Ahora, por favor, descansa. Si mañana estás mejor, podrás irte a tu habitación.

—Ya me encuentro bien. De verdad.

—Estupendo, pero te quedarás aquí esta noche.

Iba a protestar, pero supe que no serviría de nada, por lo que cerré los ojos. Cuando los abrí volvía a ser de día.

Capítulo 41

Nix

Habían pasado algunos días desde que me recuperara. Ya había reanudado mi rutina y con ella los entrenamientos. Lo curioso era que ya casi no me sentía cansada.

Mi relación con Ares era cordial, pero no había vuelto a acercarme a él en plan íntimo. La única intimidad que teníamos era cuando le daba energía, y tampoco dejaba que ese momento se convirtiera en algo demasiado cercano. Aunque era difícil, porque siempre lo hacíamos en su habitación y a solas, por lo que, en cuanto acababa, me levantaba y me iba a mi cuarto sin apenas intercambiar palabra. No es que no me fiara de él, Ares no me había vuelto a poner una mano encima, incluso el intercambio de energía lo hacíamos sin tocarnos. De la que no me fiaba era de mí misma.

Había mejorado mucho y ya era capaz de controlar mi energía. Me sentí pletórica la primera vez que lo conseguí. Eso sí, en pequeñas cantidades, y no había podido volver a levitar ni siquiera cinco centímetros.

Diego barajaba una teoría con la que estaba totalmente aterrada. Y creo que era por ese motivo por el que mi mente se bloqueó y no me atrevía a utilizar cantidades más grandes de energía.

En los entrenamientos con Eros y Ares habíamos hecho un montón de ejercicios. Se me daban muy bien los que necesitaban pequeñas dosis de energía, pero cuando tenía que aumentarla no me veía capaz. Ellos dos habían pasado a un trato frío y distante, pero menos agresivo que antes, por lo que no se enfadaban tanto.

Así que sin ira, sin excitación y acojonaba como estaba era difícil que mis «capacidades» salieran por completo.

—Estamos atascados y no sé qué hacer para avanzar. —Diego parecía preocupado. Nos habíamos reunido en su despacho y la conversación parecía no llevarnos a ninguna parte. Siempre nos atrancábamos cuando llegábamos a ese punto.

—No sé cómo hacerlo, y me da miedo que tu teoría se haga realidad.

—Es una posibilidad como cualquier otra. Por eso es tan importante que consigas dominar tus poderes.

—Sabes que odio la palabra «poderes».

—Bueno, pues tus capacidades. Tienes que entender que es probable que, al igual que puedes dar energía en pequeñas cantidades y no afectarle a la otra persona en absoluto, también puedes hacerlo en cantidades grandes. Si hay una «sobrecarga de energía» la otra persona podría morir. —Tragué saliva con dificultad. Diego conocía mi temor, pero lo que más me gustaba de él era que

no intentaba suavizar la cosas. Las decía tal y como él creía que pasarían—. Creo que deberías hacer una lista con tus prioridades a la hora de entrenar. —No tenía ni idea de por dónde empezar.

—¿Me ayudas?

—Claro. Vamos a ver: lo primordial, desde mi punto de vista, es que empieces a incrementar la energía que consigues dominar. Has logrado hacerlo cuando es poca cantidad, como al darle a Ares o para curar a Eros. Pero tienes que ir aumentando esa cuantía poco a poco hasta conseguir dominarla. Creo que podrás hacer infinidad de cosas cuando tengas el control.

—¿Y lo de levitar? —Me parecía increíble que estuviera preguntando eso, ¿cómo había podido cambiar tanto mi vida?

—No me malinterpretes, sería increíble que dominaras eso, pero ahora mismo no es primordial. Y tengo la teoría de que cuando consigas dominar la parte de levitar serás capaz de controlar el vuelo.

—Tú y tus teorías. —Me aterró el simple hecho de oírlo en voz alta.

—Creo que aún no eres consciente de lo que podrías llegar a hacer. Hay millones de posibilidades.

—Hablas como un científico.

—Es lo que soy. —Encogió los hombros como si estuviera disculpándose por ello—. No quiero presionarte, Nix, pero la cosa se está poniendo fea. Ayer tuvimos una reunión los jefes de todas las casas y esto está cada vez peor. También aceptó venir Perséfone, la reina de los lùth. Jamás habíamos tenido una reunión donde ella hubiera estado presente, muchos directores de las casas ni siquiera la habíamos visto nunca en persona. Solo aceptamos hablar con ella cuando a un lùth se le va la mano, ya que es Perséfone la encargada de poner orden. Y siempre es José, el director de la casa de Granada, el encargado de hacerlo. Ninguno recuerda una situación como la que estamos viviendo. Es totalmente excepcional.

»Hasta ahora habíamos convivido con relativa calma. Los lùth eran solitarios y bastante inofensivos, a no ser que alguno se pasara absorbiendo energía, pero eran casos bastante aislados. Ahora el panorama es bien distinto. Se han agrupado, han formado equipos y empiezan a matar sin control. Ayer estuvieron en una zona del centro. Hemos tenido que simular una explosión de gas para justificar tantas muertes. Ha sido horrible y hay que empezar a actuar.

—¿Cuántas personas han muerto? —Una cosa era saber que mataban a gente y otra tener la evidencia frente a mí. Un intenso frío se apoderó de mi cuerpo.

—Mucha más de la que me gustaría. En realidad, aunque solo hubiera sido una, ya sería demasiado. Y puedo asegurarte que han sido más de una. Bastantes más.

Notaba cómo a cada palabra de Diego mi rostro iba perdiendo color. Sabía que aquello pasaba, desde el principio me lo habían dicho, pero ahora yo formaba parte de ellos y la situación me superaba.

Diego debió de darse cuenta, porque cambió de tema para hacerme salir de mi estado de conmoción.

—No hay nadie, en ninguna casa, parecido a ti. Algunos de los tuyos aguantan mejor la absorción de energía, a otros incluso parece que no les afecta, pero los lùth cada vez son más y es difícil mantenerse en pie cuando varios de ellos absorben tu energía a la vez, incluso siendo uno de los nuestros.

—No sé qué es lo que puedo hacer yo... —Continuaba dándole vueltas a lo de las muertes, pero preferí centrarme en lo que Diego decía.

—Otra teoría que tengo es que creo que eres capaz de expandir tu energía hacia fuera, haciendo que todos los que te rodean no se sientan afectados por los lùth. —Arrugué la boca. Ojalá fuera capaz—. Pero es solo una de las muchas hipótesis que barajo; no me hagas demasiado caso, hay veces que me emociono.

—Es difícil no sentirse presionada cuando te oigo hablar.

—Lo siento y te entiendo, pero vamos a contrarreloj. De no ser así, jamás te lo pediría. Si hubieras llegado en otro momento, las cosas serían muy diferentes. Aunque creo que lo has hecho en el instante exacto. No podríamos hacer esto sin ti. —Cada frase que Diego pronunciaba hacía que aumentara la presión que sentía.

Decidí cambiar de tema.

—Igual que no le pediste a Ares que se acostara conmigo... —Diego enrojeció y eso le hizo parecer mucho más joven.

—En realidad, no fue eso lo que le dije, pero entiendo que te enfadaras. Simplemente las cosas se precipitaron entre vosotros, pero era algo que iba a pasar.

—¿Y si hubiera acabado lastimada?

—Cuando dices eso te refieres a físicamente, ¿verdad? —Puse los ojos en blanco.

—Sí.

—Confío en Ares, es incapaz de hacerle daño a nadie y lo ha demostrado con creces.

—Eso no es excusa para que hiciera lo que hizo.

—Nix, nadie forzó a nadie, la cosa surgió y ni Ares ni yo hablamos en ningún momento de que os acostarais juntos.

—Entonces, ¿qué le pediste?

—Que te prestara especial atención cuando estuvieras excitada. —Diego se puso una mano en la nuca, el tema lo incomodaba, pero no me daba ninguna pena—. Simplemente eso.

—Bueno, no intentes excusarte, me sigue pareciendo fatal. —Aunque algo dentro de mí se derritió—. No le pediste directamente que se acostara conmigo, pero se parece bastante. —Sabía que Diego no me lo contaba todo; además, que mi jefe le pidiera a Ares que me observara cuando estaba excitada seguía sin hacerme ni puñetera gracia.

—Supongo que no estuvo bien, pero nos encontramos en una situación desesperada y estás volcando tu ira en Ares, cuando no solo ha sido culpa suya. Además, creo que ya se lo has hecho pagar con creces. —Lo miré sorprendida—. Siento meterme donde no me llaman. Ya sé que vuestros asuntos personales no son de mi incumbencia.

—Ahora es tarde para eso, hace tiempo que metiste las narices en ellos. —No se lo dije enfadada. Había llegado a la conclusión de que ya era hora de dejar mi enfado atrás y, quizá, de mantener una conversación con Ares.

Capítulo 42

Nix

Cuando me dirigía a mi habitación me crucé con Ares por las escaleras. Parecía cansado. Estaba casi segura de que paraba antes de que yo pudiera darle toda la energía que necesitaba. Sabía que lo hacía por mí, pero era una auténtica tontería, ya que a mí no me afectaba en absoluto.

—Hola, Ares, ¿podrías subir a hablar conmigo esta noche? —Lo vi dudar y por un momento mi seguridad se tambaleó.

—Vale. —Se encogió de hombros como si aquello no fuera con él y le diera exactamente igual. Eso hizo que me mosqueara.

Me tocaba entrenamiento con Tyr, por lo que pasamos la tarde juntos. Cada vez se me daba mejor lo de relajarme y olvidarme de todo, pero ese día la sesión estaba siendo diferente y, lejos de relajarme, acabé de tensarme por completo.

Tyr había decidido probar con el masaje, que —todo hay que decirlo— estaba estupendo y normalmente me encantaba, pero él no era la persona más indicada para hacerme un masaje en esos momentos.

Se dio cuenta de mi tirantez y rio entre dientes.

—¿Estás bien? ¿Quieres que siga?

—Preferiría que lo dejaras aquí, si no te importa.

—¿Por qué? —Me miró a los ojos. Los suyos tenían un punto de diversión y desafío. Suspiré. No valía la pena mentirle, a él no.

—Porque hace mucho que no me acuesto con nadie y tu manera de tocarme no me está ayudando a relajarme. —Levantó una ceja.

—Vaya, es un honor tener ese poder sobre ti.

—No te vengas arriba, el poder solo lo tienes sobre mi cuerpo y es porque estoy rebosante de energía.

—Bonita manera de decirlo. Ya sabes que, si quieres descargarla, solo tienes que decírmelo. —Puse los ojos en blanco, aunque, al contrario que Eros, sabía que Tyr hacía esos comentarios en broma.

—Anda, déjalo y acompáñame a mi habitación. —Tyr parecía avergonzado y yo sabía que quería decirme algo—. Suéltalo —añadí. Salimos de la sala de entrenamiento y fuimos caminando hacia mi habitación mientras hablábamos.

—No es nada. Hablaba en serio con lo de la energía. Me gustas, aunque no como para tener nada serio contigo. Lo que pasa es que es muy difícil relacionarse con chicas saliendo solo de

noche y para trabajar. Aquí solo estáis Áurea y tú, y no siento nada especial por ninguna de las dos; sin ánimo de ofender, claro. —Parecía nervioso—. Así que eso me deja totalmente solo.

—Ha sido una declaración de amor preciosa. —Me dio la risa.

—Lo siento.

—No pasa nada, me has expresado tus preocupaciones y tus miedos, pero no puedes ir por ahí diciéndoles a las chicas que solo las quieres para echar un polvo. Y no te precipites, ya llegará la persona por la que sientas algo más que atracción.

—Déjame que lo dude. Además, mientras llega, tendré que acostarme con alguien, ¿no? No hace falta ser célibe. —Sonrió con picardía.

—Déjame que dude de tu celibato.

—Pues mucho más de lo que me gustaría. —Había un punto de ligereza en sus palabras, como si no le importaran en absoluto, aunque yo sabía que era un tema que le preocupaba.

Lo agarré por el cuello y lo abracé. Una dura hazaña, ya que Tyr era muy grande. Oí un carraspeo y me giré. Ares estaba llegando a la puerta de mi habitación, tal y como habíamos quedado.

Me separé de Tyr con tranquilidad. No estaba haciendo nada malo. Lo miré a los ojos y le sonreí, él me devolvió una preciosa sonrisa. Siempre me dejaba noqueada el contraste de su piel oscura con esos blanquísimos dientes.

Tyr se despidió con la mano mientras se metía en su habitación. Antes de entrar miró a Ares y le sonrió, este le devolvió la sonrisa. Debía de ser un código entre tíos o algo así, porque no pillé nada.

Abrí la puerta de mi cuarto e invité a Ares a entrar. Había llegado el momento de mantener una conversación con él.

Se sentó a los pies de mi cama, con tanta tranquilidad y familiaridad que parecía que nunca hubiera salido de allí.

—Tú dirás. —Por el tono de voz que utilizó supe que no iba a ponérmelo fácil.

—No me gusta que me utilicen, sea cual sea la causa. —Me crucé de brazos y me mantuve de pie frente a él.

—No te utilicé. Te lo he dicho muchas veces, pero no has querido escucharme o no te ha dado la gana de entenderme.

—Esto va a ser difícil. Tu actitud es bastante pasiva.

—¿No pretenderás que después de todo este tiempo caiga rendido a tus pies por el simple hecho de que la señorita importante quiera hablar conmigo? Yo no soy como el resto de tus perritos falderos.

—No, está claro. Tú eres imbécil.

—No voy a discutirte eso.

—Vale, ¿entonces en qué punto estamos tú y yo?

—Ah, pero ¿es que tenemos que estar en algún punto?

—Eres exasperante. —Me paseé por la habitación porque Ares me estaba poniendo bastante nerviosa. Intenté respirar como Tyr me había enseñado en los entrenamientos, pero no sirvió de mucho.

—Lo sé. Y tú demasiado controladora. Necesitas ponerle nombre a todo, incluso a lo nuestro, pero yo prefiero dejar las cosas como están. —Me estaba rechazando en toda mi cara. A ver cómo salía yo de esa sin hacer el ridículo y sin resultar demasiado dañada.

—Pues si es así ya hemos acabado de hablar. Puedes irte cuando quieras. —Me miró a los ojos como si estuviera evaluando mi reacción.

—Yo no he dicho que quiera irme. Lo único que digo es que dejemos las cosas como están, será menos doloroso. Y no saldrá herido ninguno de los dos.

Me entraron ganas de llorar, y eso que, en realidad, lo entendía; continuar como estábamos hasta ese momento era la mejor opción. Pero, quitando el hecho de que tenía un montón de sentimientos hacia Ares, había otra cosa que también necesitaba y no sabía cómo pedir.

—Necesito acostarme con alguien. —¿¡Cómo coño había salido eso de mi boca!?. Por lo visto sí sabía cómo pedirla: a lo bruto y sin filtros.

La tonalidad de mi cara debía de ser rojo intenso, podía notar el calor. Al final no le di muchas vueltas al asunto y lo dije tal cual se me pasó por la cabeza. Me habría encantado que en esos momentos me tragara la tierra.

Ares se levantó y se acercó hasta donde yo estaba en apenas dos zancadas.

—¿Puedes repetir eso? —Su voz era extremadamente ronca.

—No, perdona, no sé por qué lo he dicho. —Estaba sumamente avergonzada, aunque, cuando lo analicé, deduje que tampoco era para tanto; yo también tenía necesidades. Punto.

—No quiero que te disculpes conmigo por decirme lo que sientes o lo que necesitas. Lo comprendo. Aunque ni siquiera tú acabes de entender lo que te está pasando. Diego y yo tenemos una teoría.

Me tensé; ¿cómo había aparecido Diego en esa conversación? ¿Por qué Ares y él continuaban hablando de mi vida privada?

—Estoy impaciente por oírla.

—Nix, todos estamos perdidos, pero tú debes de estarlo más que nadie. —Su voz, ahora, sonaba dulce—. No hay nada de malo en que quieras tener sexo, no sé por qué cada vez que hablas de este tema te incomodas. Tienes mucha energía acumulada en tu cuerpo. No eres capaz de expulsarla y sigues generando más. Solo la sacas en pequeñas cantidades y esto no ayuda a que la liberes. Una de las formas que conoces hasta ahora para descargar esa energía es a través del sexo, y no pasa nada por eso.

Ya sabía que no pasaba nada, pero me sentía como una adolescente con las hormonas revolucionadas y que iba caliente todo el día.

—Ya sé que no pasa nada, pero...

—Nix, no necesitas acostarte con «alguien». Necesitas hacerlo conmigo. —Parecía tan seguro de sí mismo que me entraron ganas de pegarle.

—En realidad, lo haré con quien me dé la gana.

—Estoy seguro de ello, pero preferiría que fuera conmigo.

Se acercó hasta mí y me agarró por la nuca. Con el pulgar acarició la parte de atrás de mi oreja, haciendo que me estremeciera de la cabeza a los pies. Sus labios se pegaron a los míos, despacio, sin prisa, pero yo lo besé con tantas ganas que me asusté. Tenía que expulsar energía, lo sabía, pero además Ares conseguía sacar una parte de mí que hasta ese momento yo desconocía por completo.

El beso se intensificó. Parecía que mi cuerpo iba a salir ardiendo de un momento a otro. Nos quitamos la ropa a tirones y con un ansia voraz.

Cuando miré a Ares a los ojos vi tantas cosas en ellos que no supe qué pensar, porque estaba segura de que los míos expresaban exactamente lo mismo.

Pasamos las siguientes horas perdidos el uno en el otro.

Capítulo 43

Nix

Me desperecé y volví la cabeza hacia Ares. El grito que solté al verlo hizo que se despertara de golpe. Me levanté de un salto de la cama y lo señalé con un dedo, sin ser capaz de pronunciar palabra.

Brillaba, su piel irradiaba una especie de fosforescencia azul. Me asusté... ¡¿Qué leches era eso?!

Ares me miró sorprendido y a continuación siguió con su vista la dirección que indicaba mi dedo, que señalaba su cuerpo; al observarse a sí mismo, se levantó espantado por la impresión.

Con todo lo asustada que estaba no pude evitar fijarme en su cuerpo. Estaba espectacular. Y yo, después de las horas que habíamos pasado juntos, empezaba a pensar que estaba enferma.

—¿Estás bien? —Me daba miedo preguntar, ¿y si le había hecho algo?

—La verdad es que estoy mejor que bien. Hacía mucho tiempo que no me levantaba con tanta energía; en realidad, creo que nunca me había sentido así.

Fue acercándose hasta mí con pasos pequeños y lentos. Sin ropa y con la cara que tenía en esos momentos, parecía un felino acechando a su presa. Me encantó convertirme en su caza durante los siguientes cuarenta y cinco minutos.

—¿De qué estábamos hablando?

—De que brillas. Aún lo haces. —Lejos de haberse mitigado, estaba casi segura de que ahora brillaba más.

—¿Tú estás bien? ¿No te sientes más cansada? Además de la energía que has gastado durante todo el tiempo que llevamos encerrados en esta habitación —su sonrisa se volvió muy muy seductora—, me has transmitido mucha a mí. Entendería que estuvieras cansada.

—Pues estoy realmente bien. Me siento como si hubiera recargado las pilas, tengo ganas de correr, de bailar...

—Si quieres podemos volver a... —No le dio tiempo de acabar. Unos golpes en la puerta de mi cuarto interrumpieron lo que Ares iba a decir. Puse cara de fastidio, estaba harta de que llamaran a mi habitación.

Cuando respondí que podían pasar, la cabeza de Diego asomó por la puerta. No parecía sorprendido de que Ares estuviera metido en mi cama.

—Chicos, os quiero abajo en veinte minutos. Es urgente. —Diego puso los ojos como platos en cuanto se fijó más detenidamente en Ares—. ¿Qué te ha pasado?

—Eso nos gustaría saber a nosotros.

—Dios mío, es increíble.

Nos habíamos puesto una camiseta antes de hacer pasar a Diego, pero de cintura para abajo estábamos desnudos, por lo que, cuando Diego se acercó hasta mi cama, me sentí de lo más incómoda.

—Vale, esto es maravilloso y todo eso..., pero ¿tienes idea de por qué brillo?

—Tengo una hipótesis. —Puse los ojos en blanco—. Es como si te hubieras recargado hasta arriba y rebosaras energía. Estoy casi seguro de que te sientes bien.

—Estoy mejor que bien.

—¿Y tú, Nix?

—Yo estoy estupendamente. —Creo que puse cara de idiota.

—Esto es lo que ya sabíamos: Nix desprende muchísima energía, y tú, Ares, eres capaz de absorberla toda.

Una idea pasó por mi cabeza, haciendo que me incorporara en la cama.

—¿Esto ocurrirá siempre que nos acostemos? ¿Cuánto tardará en irse?

—No creo que tarde mucho, fíjate, ya no brilla tanto como cuando he entrado. Y a la otra pregunta no sé qué responderte. —Se encogió de hombros, y yo pensé que era una auténtica putada que todo el mundo fuera a darse cuenta de cuándo Ares y yo nos acostábamos.

Diego se dirigió a la puerta sin despedirse y repitiendo en voz baja lo que parecían fórmulas. No entendí ni una. Antes de marcharse, hizo como si saliera de un trance y se giró hacia nosotros.

—Recordad que os espero abajo lo antes posible. Es importante. —De pronto su cara se ensombreció.

Cuando cerró la puerta, Ares y yo saltamos de la cama. Él se vistió con lo que llevaba cuando llegó a mi cuarto y yo me fui a la ducha. Antes de llegar me agarró del brazo con suavidad y me dio un beso que los dos tuvimos que cortar.

—Me voy o acabaré metiéndome contigo en la ducha. Nos vemos abajo.

Me dio un último beso rápido y salió corriendo de mi cuarto. Yo me duché y en quince minutos estaba en el despacho de Diego.



El jefe daba vueltas de un lado a otro, por lo visto no podía parar. Nott fue el último en llegar; cuando lo hizo, Diego suspiró, parecía impaciente.

—Pues si ya estamos todos os voy a dar esto. Hay uno para cada uno, los nombres están escritos en las bolsas. Cuando acabemos de hablar quiero que os cambiéis. Había hecho unos uniformes provisionales, pero hace un par de días me llegó el material que había pedido para los trajes definitivos. Casi no he dormido desde entonces y ha sido un trabajo duro, aunque he conseguido acabarlos.

»Y, después de explicaros esto, os comento el motivo por el que os he reunido con tanta urgencia: está habiendo bastantes disturbios en unos cuantos locales de ocio. En un principio pensamos que era normal, ya que coincidía con el fin de semana, pero después nos pareció demasiada casualidad que fueran exactamente tres locales y lo suficientemente separados entre sí como para que no pudierais colaborar entre las tres casas. Lo que quiero decir con esto es que posiblemente sea una trampa, ya que han intentado dividirnos. Por favor, esta noche tened más cuidado de lo normal. Os quiero a todos de vuelta. —La voz se le quebró ligeramente al decir eso y yo me percaté de lo peligrosa que era la situación—. Todos a cambiarse. Os esperaré despierto.

Subimos las escaleras con rapidez. Al entrar en mi cuarto un nudo oprimió mi garganta. Hasta aquel momento, y por mucho que me lo habían dicho, no había sido consciente de que podría morir, cualquiera de nosotros podría hacerlo. Pensé en Ares y en que en cuanto pasara esa noche le diría que quería empezar una relación con él. No solo acostarnos, sino compartir algo más.

Me puse el traje que Diego me había hecho. Cuando me miré en el espejo me entraron ganas de matarlo. Era verdad que no llevábamos falda, pero ¿no podía haber hecho un diseño que se pegara menos al cuerpo? ¡Por Dios! Se marcaba todo...

Salí de mi habitación sin pensar más en eso, pues era una chiquillada en comparación con aquello a lo que nos enfrentábamos. En el rellano de las habitaciones nos fuimos encontrando todos. Nos miramos con curiosidad.

Llevábamos una indumentaria muy parecida: pantalones negros y jersey de cuello alto del mismo color. La tela se pegaba como una segunda piel y era comodísima. Entrecerré los ojos cuando advertí que los pantalones de ellos eran tipo yoga y el de Áurea y el mío eran mallas. Al volver hablaría con Diego.

Nos sonreímos los unos a los otros, creo que de puro nerviosismo. Cuando miré a Ares no vi ni un vestigio de sonrisa, solo deseo en estado puro. Eros miraba a Áurea y sus ojos expresaban lo mismo que los de Ares. Tyr parecía divertido con la situación y, antes de poder fijarme en el resto, Diego nos llamó. Bajamos las escaleras corriendo.

Se acabaron las risas. La noche iba a ser larga y dura, aunque en esos momentos no teníamos ni idea de cuánto.

Capítulo 44

Ares

Joder, podría volverme adicto al sexo con Nix. Al hecho de que era extraordinario se sumaba que nunca me había sentido así. No tenía que controlarme con ella y eso era sumamente liberador, pero me sorprendí en algún momento mirándola mientras dormía y entendí que estaba empezando a sentir algo por ella que nada tenía que ver con la atracción sexual.

El tiempo que habíamos pasado juntos había sido increíble. Y eso que apenas hacía unos meses que nos conocíamos. Entendía que era difícil sentir todo lo que sentía por ella en tan poco tiempo, pero la situación que estábamos viviendo hacía que todo se precipitara.

Si fuéramos otras personas y estuviéramos en otro contexto me habría encerrado con ella, en su cuarto, durante días. Pero no era el caso y teníamos obligaciones que no podíamos dejar pasar.

Cuando ese día me desperté y me vi brillando, me asusté, pero, lejos de ser por el brillo que salía de mi cuerpo, estaba asustado porque nunca me había sentido como en esos momentos. Estaba eufórico, lleno de energía, tenía ganas de hacer mil cosas... Me daba la sensación de que siempre me había movido entre sombras, cansado y asqueado de mi vida, hasta que llegó ella para darle luz y pasión.

Quizá otra persona se habría acojonado si hubiera experimentado los mismos sentimientos que Nix despertaba en mí. Yo estaba tan entusiasmado con la idea de poder compartir mi vida con ella que miedo era una de las últimas emociones que sentía.

Nos faltaban un montón de cosas por vivir. Me moría de ganas de presenciar el momento en el que Nix lograra controlar su potencial; sería maravilloso, estaba deseando verla en acción. Pero eso aún no había pasado y al salir de la reunión que tuvimos con Diego estaba muy asustado. La cosa cada vez estaba peor, Nix se encontraba en el punto de mira de los lùth y, aunque cuando dominara sus poderes sería prácticamente invencible, todavía no había llegado ese momento y podían herirla, incluso matarla.

Un sudor frío recorrió mi espalda; no sería capaz de volver a verla como el día que aquella flecha la hirió, no había pasado tanto miedo en mi vida. Después de estar con ella, de sentir lo que sentía y de descubrir la luz, era difícil imaginarse un mundo en el que Nix no estuviera.

Saqué de mi cabeza todos esos lúgubres pensamientos, tenía que estar despejado y alerta para lo que se avecinaba. Me concentré en lo que estaba haciendo en ese instante, que no era otra cosa que ponerme el nuevo «uniforme» que Diego había hecho para nosotros. Al mirarme en el espejo no pude evitar sonreír. El pantalón no estaba mal, era cómodo, pero la camiseta era tan apretada que casi no podía ni respirar.

En esos momentos unos golpes en la puerta me hicieron apartar la vista de mi peculiar atuendo.

—¿Se puede? —Tyr ya estaba dentro de mi habitación. En esa casa tenían la fea costumbre de no esperar a ser invitados para entrar—. Venía a comprobar que Diego no se había equivocado con mi talla. —Los dos nos miramos con atención.

—Me parece que no. El nuevo «uniforme» es así de estrecho para todos. —Debía reconocer que a él, con el cuerpo que tenía, le quedaba estupendo.

Tyr se sentó en mi cama y supe que no había ido a hablar solo de nuestro nuevo uniforme.

—¿Tienes miedo?

—Estoy acojonado. —Para qué mentir.

—La cosa no pinta bien para nosotros, me da miedo que nos pase algo a alguno.

—A mí también, pero eso no está en nuestra mano. Haremos lo que podamos.

—Sí, supongo que sí. —Lo vi dudar unos instantes antes de hablar, por su expresión supe que el tema delicado no había acabado—. Imagínate que me muero sin encontrar a la mujer de mi vida.

—Parece que ese tema te preocupa en exceso.

—En realidad no tanto, pero tiene que ser bonito compartir lo que somos y lo que tenemos en El Círculo con alguien a quien quieres.

—Lo es. —Pasados unos segundos se levantó y se fue sin hacer ningún otro comentario.

Apenas hacía un instante que Tyr había cerrado la puerta cuando volvieron a llamar. Esta vez sí esperaron respuesta y supe de quién se trataba.

—Hola, Ares. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Claro que sí; pasa, Áurea.

Parecía que aquel día todo el mundo tenía ganas de hablar conmigo. Una sonrisa iluminó mi cara ante ese pensamiento.

—Voy a ser breve. Solo quería decirte algo, por si esta noche no fuera demasiado bien. —Los dos sabíamos a qué se refería Áurea con esas palabras—. Quiero que sepas que te quiero. —Se me debió de quedar cara de imbécil, porque Áurea mostró una genuina sonrisa—. No me malinterpretes, te quiero como amigo y te aprecio como persona. Una vez me dijiste que nunca habías encontrado el amor. Si hoy nos pasa algo, quiero que sepas que te quiero, y que ya sabes lo que es el amor, aunque sea el de una amiga.

No tuve ni puñetera idea de qué contestarle, estaba seguro de que si lo hacía acabaría emocionándome. Así que simplemente me salió un «gracias», bajito e insignificante. Áurea se acercó y me dio un beso en la mejilla, yo la abracé y me aferré a su cuerpo con fuerza, no dijimos nada más. No hacía falta. Nos separamos lentamente. Se dio media vuelta y se fue cerrando la puerta con mucha delicadeza.

Áurea era una de las mejores personas que había conocido en mi vida. Sin lugar a duda, Eros era un gilipollas por haberla dejado marchar y no luchar lo suficiente por recuperarla.

Después de que Áurea saliera de mi dormitorio tuve que sentarme unos instantes en mi cama. Respiré profundamente. Demasiadas emociones, y eso que la noche aún no había empezado. Luego una sonrisa cruzó mi cara, todo lo que acababa de experimentar eran emociones de las buenas, de las que no había tenido en la vida, así que pensaba paladearlas y disfrutarlas a fondo, aunque fuera durante unos escasos instantes.

Cuando salí al rellano ya estaban todos los chicos allí. Justo mientras cerraba la puerta de mi habitación oí salir a Nix. Me giré para mirarla y un pensamiento pasó por mi cabeza.

Las cosas estaban jodidas, cada vez peor, corríamos peligro de que nos mataran a todos, pero al verla embutida en aquel traje no pude pensar en otra cosa que en volver a llevarla a su habitación y no dejarla salir en muuuchas horas.

Capítulo 45

Nix

Estábamos tensos y eso se notaba. Casi habíamos llegado al local que nos había dicho Diego y no dejábamos de mirarnos los unos a los otros. Los rostros de cada uno de nosotros transmitían preocupación.

Después de estar un rato en la calle y darnos cuenta de que no había casi movimiento, decidimos entrar. Nadie nos dijo nada a pesar del atuendo con el que íbamos, aunque, bien mirado, tampoco llamábamos mucho la atención, simplemente todos vestíamos de negro.

El interior del local era cutre y la oscuridad casi absoluta. Hasta que mis ojos se acostumbraron sentí pánico por no ver nada.

El ambiente estaba cargado, olía a alcohol y sudor y había bastante gente. Demasiada. Intentamos pasar desapercibidos, así que actuamos como cualquier otro grupo de personas que sale a pasarlo bien. Nos acercamos a la barra y pedimos algo de beber. Copas que ninguno probaría, ya que en esos momentos el aturdimiento del alcohol era lo último que necesitábamos.

Me senté para contemplar a la gente que bailaba y bebía totalmente ajena a lo que pasaba a su alrededor. Noté una mano en la parte baja de mi espalda. Al girarme contemplé los ojos de Ares. Estaban llenos de preocupación. Ni siquiera se molestó en sonreír, ¿para qué? Había demasiados nervios en el ambiente como para hacerlo. Me dio un beso en la nuca y se pegó a mi espalda. Incluso con el estado de estrés que tenía, ese simple beso consiguió erizarme la piel.

Seguimos bastante rato allí, sin apenas movernos, y empezamos a impacientarnos; parecía que esa noche no pasaría nada especial allí. Quizá los lùth ya se habían ido.

Un montón de teorías pasaron por mi cabeza; quizá todo volvería a ser como antes, podría ser que los lùth se hubieran retirado... La mente se me despejó de golpe con el primer grito. Casi no tuve tiempo de reaccionar y la mitad de la gente del local estaba en el suelo. El resto de las personas tenían sus ojos clavados en nosotros.

Pues parecía que la teoría de Diego era acertada, aquello era una trampa y nos habíamos metido, voluntariamente, en la boca del lobo.

La gente que aún quedaba en pie se empezó a desplomar a medida que los lùth avanzaban hacia nosotros. Al caer, algunos lo hacían en posiciones realmente raras y dolorosas. Esperaba que al despertar estuvieran bien. Eso si no estaban muertos. Un escalofrío recorrió mi piel.

Cuando unos pocos lùth llegaron hasta nosotros ya no quedaba nadie en pie en la sala excepto ellos, y había muchos, demasiados. Nos pusimos en guardia, pero estaba claro que mucho no podíamos hacer. Intenté concentrarme, canalizar toda mi energía en las manos, tal y como había

estado practicando. Empecé a desprender pequeñas llamas azules y sonreí, pero al desconcentrarme estas llamas desaparecieron. No había tiempo, casi los teníamos encima y los chicos no iban a poder ayudarme. Ellos podían aguantar durante algo de tiempo delante de un lùth; si había dos, la cosa se complicaba, pero en esos momentos había más de veinte dentro del local.

El primero en caer fue Nótt. Cerré los ojos cuando su cabeza golpeó el suelo, esperaba que no se hubiera lastimado. Solo podía pensar en que se había desmayado por la falta de energía, en ningún momento me planteé que estuviera muerto; no podía imaginar eso o, de lo contrario, me hundiría y sería incapaz de actuar.

Después cayeron Vali y Tyr, casi a la vez. Cogí a Ares y lo puse detrás de mí. Él protestó, pero me giré para mirarlo y, al ver mi cara, calló. Era al que tenía más cerca y no podía llegar al resto. En esos momentos Áurea era la única que quedaba en pie. Intenté hacerle señales para que se acercara a mí, pero por los movimientos que me hacía con su cara entendí que no podía moverse.

Uno de los lùth se puso frente a mí.

—Parece que han exagerado contigo. Hemos venido aquí esperando una batalla campal con una leona y lo que me encuentro es una gatita asustada.

—¡Que te jodan! —Me había dado donde más me dolía. Ver a mis compañeros así y no poder hacer nada me estaba matando.

Canalicé todos mis pensamientos en la rabia que sentía y empecé a cabrearme, pero estaba tan asustada que no podía concentrarme, no lograba hacer que la energía fluyera en mí. El miedo me había paralizado por completo.

El lùth que estaba frente a mí hizo una señal al resto, que se abalanzaron sobre Áurea.

—Las órdenes eran coger a ese —señaló a Ares—, pero supongo que algo podremos hacer con ella.

Ares intentó dar un par de pasos al frente, pero yo se lo impedí. No lo habían cogido porque yo me interponía entre ellos, y por alguna extraña razón parecían tenerme miedo. Si él salía, se llevarían a los dos, o quizá no, pero actué más por instinto que por otra cosa.

Antes de que pudiera hacer nada, el local se había vaciado. Solo quedaba un montón de gente tirada por el suelo.

Los lùth se habían ido, se habían llevado a Áurea con ellos y yo había sido incapaz de hacer nada para impedirlo.

Capítulo 46

Nix

Cuando pasó un rato y pude reaccionar me agaché a tomar el pulso de Tyr. Estaba vivo. Respiré aliviada y le pasé energía para que despertara. Repetí la operación con todos. Cada vez me costaba menos controlar la cantidad de energía que debía pasar y cómo hacerlo, aunque en esos momentos no me paré a pensarlo, estaba demasiado aturdida con todo lo que había pasado.

Eros fue el último al que me acerqué porque estaba más retirado y porque sabía lo que pasaría en cuanto despertase.

Nada más abrir los ojos empezó a mirar a su alrededor, cuanto más la buscaba más terror mostraba su rostro.

—¿Dónde está Áurea? —Su voz iba cargada de pánico.

—Se la han llevado.

Eros empezó a maldecir y a gritar. Nadie me dijo nada, pero me sentí totalmente responsable de todo lo que había pasado esa noche.

Salimos rápido del local por si se les ocurría volver. Corrimos hasta la casa. Al llegar, tal y como nos había dicho, Diego nos esperaba despierto.

Se levantó de un salto en cuanto nos vio llegar.

—¿Qué ha pasado?

—Se han llevado a Áurea. —La voz de Eros era tan fría que consiguió hacerme estremecer. Ares se dio cuenta y me pasó un brazo por los hombros. Me acerqué a él para sentir su calor.

Nos acomodamos en el salón. Ninguno de nosotros se fue a dormir, aunque estábamos destrozados por la tensión vivida y por los nervios de no saber nada de Áurea.

Nadie abrió la boca en las dos horas siguientes. El silencio era absoluto. Ni siquiera roto por ningún tipo de movimiento. Por eso cuando sonó el móvil de Diego casi todos dimos un brinco por el susto.

—¿Sí? —Diego nos hizo una señal con las manos. No sabía bien a qué se refería, pero pude deducir que la llamada era importante—. De acuerdo. Tendré que consultarlo. Vale. Cinco minutos.

Cuando colgó el teléfono parecía más abatido que antes, si es que eso era posible.

—Eran ellos. Quieren hacer un cambio. —Un escalofrío recorrió mi cuerpo—. Habían ido buscando a Ares y eso es lo quieren.

—¿Por qué? —Mi voz sonó lastimosa.

—Han descubierto que estáis juntos, o que hay algo entre vosotros, y como a ti no se atreven a cogerte, creen que a través de Ares será más fácil dominarte.

—Por supuesto que sí, llámalos y pregúntales cuándo y dónde llevamos a cabo el intercambio.

Cerré los ojos ante las palabras de Ares. Estaba actuando de manera egoísta, ya que apreciaba muchísimo a Áurea, pero no quería perderlo a él.

—¿Por qué no utilizan a Áurea? Es mi amiga y la quiero, al igual que a Ares.

—Creo que no tienen tanto conocimiento de las relaciones que mantenéis entre vosotros, por eso hay algo en todo esto que no me cuadra. No entiendo cómo han sabido que Ares y tú estáis juntos ni cómo han descubierto que él es tan importante para ti. Podrían haber escogido a cualquier otro. No sé, me resulta de lo más extraño. Estoy casi seguro de que tenemos un topo dentro de la organización. —Noté cómo aumentaba, aún más, la tensión en todos mis compañeros, pero nadie dijo nada—. Voy a llamar al resto de casas y a Perséfone. Tenemos que trazar un plan. Y si Ares está de acuerdo, voy a contactar con ellos para organizar el intercambio.

Ares se mostró firme, a mí solo me faltó llorar. Soy una persona fuerte, por eso de vez en cuando llorar me recoloca, pero guardé las lágrimas para otro momento y llamé a Diego.

—Diego, ¿podemos hablar?

—Claro que sí. Ven conmigo, primero quiero hacer unas llamadas y luego hablamos más tranquilamente.

Me senté en el despacho de Diego mientras él llamaba y quedaba con diferentes personas. Me tensé, especialmente, cuando llamó a los lùth para hablar del intercambio. Al colgar, mi voz sonó mucho más firme de lo que en realidad me sentía.

—¿Cuándo? —Diego ya sabía a qué me refería.

—Dos días. —Asentí con la cabeza.

—Pensaba que sería más rápido.

—Y yo, pero se han mostrado firmes con el tiempo. No entiendo el porqué.

Nos quedamos unos instantes en silencio. Tenía tantas preguntas que hacerle a Diego que estaba intentando poner algo de orden en mi cabeza.

—Me gustaría preguntarte algunas cosas.

—Adelante. —Diego se inclinó en su mesa para quedar más cerca de mí.

—Quiero ser yo. —También sabía a qué me refería.

—No.

—No me hace ninguna gracia que le hagan daño a nadie para llegar hasta mí. Esta vez ha sido Ares, pero podrían utilizar a cualquier otro. Todos los que estáis aquí os habéis convertido en personas muy importantes para mí.

—De verdad que te entiendo, Nix, pero tienes que comprender que, si te entregamos a ti, si te perdemos, estaremos totalmente expuestos. Eres nuestra única esperanza.

—No quiero que nadie sufra por mi culpa. —Estaba a punto de llorar.

—¿Y qué crees que pasará si te entregamos? Ellos habrán ganado, y todo el mundo sufrirá. — Diego tenía razón, aunque yo no me consideraba tan importante, hasta el momento había sido de poca ayuda. No podía seguir pensando que entregaríamos a Ares por salvar mi culo.

—De momento he servido de bien poco. —Estaba sonando victimista y no me gustaba, pero era la verdad.

—No te presiones tanto, Nix. Hasta hace poco ni siquiera conocías lo que eras, ni nuestro mundo. Ninguno de nosotros es capaz de saber hasta dónde llegarán tus poderes, y te aseguro que algunos de los directores de las casas pertenecen a familias que llevan siglos vinculadas a El Círculo. Hemos tenido muchas reuniones sin sacar nada en claro. Solo lo sabremos cuando seas capaz de exteriorizarlos, y yo incluso creo que cuando consigas dominarlos las posibilidades son infinitas.

—Es difícil no sentirse presionada ante la trascendencia que están tomando las cosas.

—Lo sé. Yo mismo te he apretado más de la cuenta durante este tiempo, pero soy consciente de que es difícil. Todo resultaría más sencillo si hubiera alguien como tú que pudiera guiarte o de quien tuviéramos alguna referencia, pero no es el caso, y te necesitamos.

Aquello era superior a mí. Cuanto más lo hablaba, peor me sentía. Cambié de tema para dejar de pensarlo.

—¿Por qué haces esto? Quiero decir..., tú no tienes ninguna de nuestras habilidades, eres una persona normal y corriente. ¿Por qué te metiste en esto?, ¿y cómo acabaste siendo jefe de una de las casas? —Diego no esperaba que le hiciera esas preguntas. Eran bastante personales y no venían a cuento con todo lo que estaba pasando, pero necesitaba centrar mis pensamientos en otra cosa. O quizá me había pasado y eran demasiado íntimas. Estaba a punto de disculparme en el momento en que Diego comenzó a hablar:

—Cuando estaba estudiando la carrera y haciendo prácticas en el hospital mi padre llegó a urgencias. Nadie podía explicar lo que le había pasado. De pronto iba paseando por la calle y a los pocos minutos se desvaneció. El médico que lo atendió dijo que había sido un infarto fulminante, pero el cardiólogo no estaba tan seguro. Empecé a investigar. Pedí su autopsia y llamé a más puertas de las necesarias.

»Un día me citó la directora del hospital. Me expuso lo que yo te expliqué a ti en su día y salí de su despacho con un cabreo monumental. Pensaba que me estaba tomando el pelo. Pero, cada vez que entraba alguien en el hospital por el ataque de un lùth, Paqui, que así se llama la directora, me convocaba para que estuviera presente en el trámite. No había forma de saber cómo se producían las muertes. Aunque Paqui firmaba cada acta de defunción con una causa de fallecimiento muy real.

»Al final fui convenciéndome de que ella tenía razón. Y poco a poco empezó a meterme en su mundo. Necesitaban a médicos que supieran la verdad para poder “tapar” esas muertes cuando llegaban a los hospitales. En mi hospital somos tres los doctores que lo sabemos: Paqui, Ernesto y

yo. Los tres somos los directores de las tres casas que hay en Barcelona. Pero hay un mínimo de dos médicos por hospital que saben de qué va el tema.

—¿Por qué te eligieron a ti? —Diego sonrió.

—En principio porque toqué mucho las narices. La muerte de mi padre no me cuadraba y quería saber la verdad. Luego me especialicé en genética médica y en bioquímica clínica.

—Es como si me hablaras en chino —lo interrumpí.

—Abreviando: de esta manera pude investigar un montón de cosas. Además, Paqui sabía que mi padre había muerto a manos de un lùth y que estaría más que dispuesto a colaborar.

—¿Buscas venganza?

—No, lo que quiero son respuestas. —Nos quedamos en silencio durante unos segundos—. ¿Qué más querías saber?

—No entiendo por qué me canso al correr o al practicar alguna actividad física y cuando practico sexo parece que me recargo. —Me puse roja al hablar de aquello con Diego, pero no sabía a quién más recurrir.

—No lo sé con seguridad. Eres un misterio para mí en muchos aspectos, pero creo que tus «habilidades» están más en un plano emocional que físico. Por eso estallas cuando te enfadas o cuando practicas sexo te recargas, como tú dices. Creo que en el sexo que habías practicado hasta ahora no había sentimientos de por medio, pero me da la sensación de que con Ares es diferente. —Me sonrió—. No te puedo contestar con seguridad porque hay muchas cosas que desconozco, pero estoy casi seguro de que tu potencial es ilimitado. Cuando puedas controlarlo serás casi invencible.

—Estoy un poco harta de que se espere tanto de mí. ¿Y si no hay más? Hoy mientras se llevaban a Áurea he sido incapaz de hacer nada. NADA.

—Cuanto más te presiones, más te costará. Las veces que te has dejado ir ha sido cuando tus dones han salido a la luz.

—No quiero que se lleven a Ares —refunfuñaba como una niña pequeña.

—Lo sé, pero eso no depende de ti o de mí, eso solo depende de él. Y ya ha tomado una decisión.

—No puedo creer que lo quieran para controlarme. ¿Cómo saben que tengo habilidades diferentes a los demás?

—Te han visto alguna vez hacer algo distinto, pero no creo que se trate solo de eso; parecen saber mucho más sobre ti, da la sensación de que alguien les pasa información, y eso es lo que voy a tratar de averiguar.

—¿Quién crees que puede ser?

—No tengo ni idea, pero con todo lo que tenemos encima lo último que quiero es sospechar hasta de mi sombra, así que hasta que no averigüe algo más voy a seguir como hasta ahora.

—¿Cómo crees que van a intentar controlarme? —Se me hizo un nudo en la garganta.

—No tengo la menor idea, para eso nos va a tocar esperar.

Me despedí de Diego y subí a mi habitación. Tenía bastantes cosas en las que pensar, pero todo eso quedó en segundo plano cuando vi a Ares esperándome en la puerta.

Capítulo 47

Nix

No había hecho más que cerrar la puerta de mi habitación cuando Ares me preguntó:

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Dos días.

—Pues hagamos que sean los dos mejores días de nuestras vidas.

Un nudo me oprimió el estómago. No quería que lo hiciera, no quería que se entregara a los lùth, pero estaba claro que no teníamos muchas más opciones. Me debatía entre pasarme esos dos días entrenando sin parar hasta que afloraran todas mis habilidades o encerrarme en mi cuarto con Ares y no salir de allí. Me gustó infinitamente más la segunda opción.

Cuando Ares dijo que serían los dos mejores días de nuestras vidas no exageró.

Estuvimos muchas muchas horas en mi habitación, pero también tuvimos tiempo de entrenar, aunque mis habilidades seguían sin querer salir. Ares estaba pletórico de energía. Me alegré, le vendría bien si tenía que quedarse con los lùth. No sabíamos lo que pasaría, pero tampoco hablábamos sobre eso. Conversamos sobre nuestra infancia, nuestra adolescencia, los sueños que nos quedaban por cumplir... Hablamos de todo, y nos conocimos mucho mejor. Alargábamos las horas hasta convertirlas casi en días.



Acabábamos de hacer el amor. Nos quedaba un día para encontrarnos con los lùth, pero intentábamos apurar hasta el último instante.

Estábamos tumbados en mi cama. Yo tenía la cabeza apoyada en el pecho de Ares y él tocaba mi espalda con suaves caricias. Estaba a punto de quedarme dormida cuando Ares habló:

—Quizá encuentres esto un poco precipitado, pero no sé qué pasará mañana y supongo que la situación que estamos viviendo acelera mucho las cosas. —Un escalofrío recorrió mi cuerpo—. Te quiero, Nix. Necesito que lo sepas por si las cosas no salen bien mañana. Pensaba que jamás podría compartir esto con nadie. Me daba pánico querer a una mujer y no ser capaz de dominarme, que no pudiera controlar lo que soy y acabara matándola. Era algo con lo que no podía vivir. Pero entonces apareciste tú. Que tienes energía de sobra, y con quien da igual que me descontrolé, ya que no puedo hacerte daño.

—Y te descontrolas con mucha asiduidad. —Puse mi sonrisa más pícaro, y él me contestó con otra que me cortó la respiración por un instante. Luego me puse serio para preguntarle una cosa

que me preocupaba—: ¿Eso quiere decir que solo me quieres por la tranquilidad que te da estar conmigo? —Ares abrió mucho los ojos.

—Creo que no me he explicado bien: eres preciosa, inteligente y una persona maravillosa. La vida no podría haberme hecho un regalo mejor.

—¿Ahora soy un regalo?

—Nix, no me jodas. Me está costando muchísimo expresar mis sentimientos, no lo había hecho en toda mi vida y no me lo estás poniendo nada fácil. —Ares se había puesto serio. Entendía perfectamente el esfuerzo que estaba realizando para decirme esas palabras.

—Lo siento.

—Nunca he querido a nadie. Jamás. Me he criado en centros de acogida en los que encariñarse con otra persona era igual a pasarlo mal, porque tarde o temprano te separaban de ella o acababa yéndose. Todos se iban menos yo. Y ahora que por fin me enamoro de alguien me da la sensación de que también me van a quitar esto. —Tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a llorar—. No sé expresar mis sentimientos y hay veces que soy algo brusco diciendo las cosas, pero te quiero y me da pánico perderte.

—Sé cómo te sientes. Yo no me he criado en ningún centro de acogida, pero mi vida tampoco ha sido fácil. También te quiero y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que no nos quiten esto que tenemos.

—No quiero que te sientas presionada y mucho menos responsable. Haz lo que puedas, pero pase lo que pase no será culpa tuya. Nunca. Y si todo sale bien me gustaría compartir mi vida contigo. No sabemos el tiempo que nos queda, la cosa se complica, los lùth se están organizando y esto tiene toda la pinta de ponerse mucho peor, lo que hace que quiera pasar a tu lado todo el tiempo que podamos.

—En realidad nuestra situación no es muy diferente a la vida de cualquier otra persona. Todos damos por hecho que viviremos muchos años, pero la vida se puede acabar en cualquier instante, mira mi madre. —Callé un momento para tragarme el nudo que se había formado en mi garganta—. Por ello tendríamos que ser capaces de disfrutar de cada instante como si nos fuera la vida en ello.

—Pues vamos a hacerlo, pero hagámoslo juntos.

Nos abrazamos, simplemente nos abrazamos. Estuvimos así mucho rato. No quería estar en ningún otro lugar. Lo único que hice fue disfrutar de ese momento, que puede parecer poco, pero lo era todo.

Capítulo 48

Ares

No dudaba lo que debía hacer, pero eso no quería decir que fuera fácil. Tenía claro que no dejaría que se quedaran con Áurea bajo ningún concepto; ella no había titubeado en ayudarme y ahora me necesitaba, pero tampoco era tonto. No sabía lo que pasaría exactamente cuando hiciéramos el intercambio, pero estaba seguro de que los lùth habían pensado en mí porque tendrían algo preparado. No era tan ingenuo, tal y como estaban las cosas, de pensar que saldría con vida de aquella.

Lo único que hacía que mi estómago se encogiera era el hecho de que quizá no volvería a ver a Nix. Me costaba comprender que después de encontrarla apenas había podido pasar con ella unos cuantos meses.

Quería que supiera que la quería y que, si tuviéramos una oportunidad, me gustaría estar con ella, aunque estaba casi seguro de que esa oportunidad no llegaría nunca. No le había planteado nada a Nix porque no quería que se agobiara ni se responsabilizara más de lo que ya lo hacía. Simplemente pasaría todo el tiempo que pudiera a su lado y me despediría de ella a mi manera.

En uno de los pocos momentos en los que Nix había ido a entrenar fui a hacer una visita a alguien a quien quería pedir ayuda.

Llamé a su puerta y esperé a que me contestara. Cuando oí la contestación asomé la cabeza. No pude evitar soltar un silbido.

—Tío, esto parece una cuadra.

—No soy una persona precisamente ordenada.

—Ya veo, ya.

—¿Querías algo, Ares? —Me contestó con esa sonrisa en la cara tan típica de él.

—Verás, quiero pedirte un favor.

—Tú dirás. —Aunque sus palabras parecían secas, sus gestos estaban llenos de calidez.

—Mañana va a ser un día difícil. Siendo sincero, no creo que salga de esta, así que me gustaría que cuidaras de Nix.

—¿Qué te hace pensar que Nix necesita que la cuiden?

—No lo necesita, pero sé que si me pasa algo se sentirá culpable. Me hace falta saber que puede contar con alguien.

—¿Quieres que te sustituya? Sabes que estaré encantado de calentar su cama.

—Tyr, no te pases. —Apreté los dientes, no creía que Tyr fuera a hacer eso, pero sabía que tarde o temprano Nix tendría que rehacer su vida. Respiré hondo.

—Entonces haz el puto favor de volver.

—Voy a intentarlo.

—Esa no es la actitud. Si no vuelves, Nix acabará cayendo en mis brazos, en los de Eros o en los de cualquier otro. —Sus palabras eran de lo más alentadoras.

—Gracias, capullo.

—Sabes que ocurrirá; tardará un poco, por eso de que tendrá que olvidarte, pero acabará pasando. Además, ¿tú la has visto? Nix puede estar con el tío que quiera.

—Eres bastante gilipollas, no sé por qué te he elegido a ti.

—Porque soy menos gilipollas que Eros.

—En eso tienes razón. No puedo con Eros.

—Ahora en serio, Ares. Vuelve, ¿vale?

—Lo haré.

—Mucho mejor. —Una sonrisa se extendió por su cara. Tenía que reconocer que era guapo el cabrón.

—Espero que el día que conozcas a una tía te lo haga pasar fatal.

—Vaya, gracias, colega.

Le guiñé un ojo y cuando fui a darle la mano me acercó a él hasta fundirme en un abrazo. Tyr era grande, y me costó devolverle el abrazo, pero por segunda vez en mi vida pude sentir lo que quería decir la palabra «amistad».

Volví a la habitación de Nix, ella aún estaba entrenando. Me tumbé en la cama y decidí que tenía que luchar para volver, para estar con ella. No sabía cómo lo haría, pero utilizaría todo lo que estuviera en mi mano para conseguirlo.

Cuando Nix entró por la puerta, solo pude pensar en el presente y en que pretendía exprimir a tope las horas que me quedaban junto a ella.

Apenas tardé unos pocos minutos en desnudarla.

Capítulo 49

Nix

Al día siguiente bajamos a desayunar con los demás chicos. En la cocina reinaba un silencio absoluto, incluso cuando ya estábamos todos allí.

Eros se giró para mirarnos, unas profundas ojeras surcaban sus ojos. Volvió a bajar la cabeza a su café. Le acaricié la nuca al pasar y me senté junto a Ares.

—Voy a hacer todo lo que pueda para que me perdone. —Nadie esperaba que Eros hablara. Había tanta tristeza en su voz que me sobrecogió—. Me he dado cuenta de que la quiero demasiado como para seguir estando sin ella. Fui un gilipollas, pero de eso hace un montón de años, y ella ha sido tan orgullosa que ni siquiera ha consentido escucharme. Pero a partir de mañana voy a hacer que me perdone, aunque tenga que secuestrarla en su cuarto. No saldré de allí hasta que me dé su perdón.

Eros hablaba más para él que para nosotros. Había tanta determinación en su voz que, por lo que conocía a Áurea, iba a resultarle difícil resistirse, eso sin contar que ella estaba loca por él, aunque no lo reconociera.

Eros se giró hasta donde estaba Ares.

—Gracias, tío, por hacer esto. —Eros se refería al intercambio. Tragué saliva.

—No lo hago por ti.

—Lo sé, pero gracias igualmente.

—Áurea es una tía maravillosa, no le llegas ni a la suela de los zapatos. No te la mereces en absoluto. —Eros no dijo una palabra, simplemente asintió con la cabeza—. Aunque espero que consigas su perdón.

Eros levantó la cabeza y un amago de sonrisa asomó a su boca. Ares asintió y continuó comiendo su tostada.

Yo analicé la conversación que acababan de tener. Si todo salía «bien», es decir, si Eros recuperaba a Áurea y yo perdía a Ares, ellos volverían a estar juntos, estaba casi segura. Una punzada de envidia recorrió mi piel; ¿por qué tenía que perder yo mi felicidad para dársela a otros? Logré deshacerme de ella con rapidez, eso no estaba en mi mano.

De pronto se me había pasado el hambre. Me tomé el café con leche y no fui capaz de que me entrara nada más. Antes de terminar de bebérmelo, Diego asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Hola a todos, ¿puedo acompañaros? Iba a convocaros para una reunión en mi despacho, pero creo que aquí estaremos mejor.

Diego fue a la nevera y se sirvió un zumo. Me percaté de que, hasta ese momento, nunca lo había visto en la cocina. Se sentó en la silla junto a Vali y Nótt y empezó a hablar:

—Los lùth quieren que solo vayáis tres personas, o sea, Ares y dos más. El cambio se efectuará esta noche a las diez, cerca del puerto. Tendréis que ser vosotros los que decidáis, yo no quiero meterme en esto. Lo único que os pido es que penséis con frialdad y tengáis mucho cuidado. No sé qué pasará cuando tengan a Ares y eso me inquieta sobremanera.

—Yo voy. —Eros no preguntó.

—Yo también —contesté rápido, antes de que alguien se me adelantara. Conmigo ya estaba formado el equipo.

—De acuerdo. Luego os diré exactamente dónde es. Eros, no hagas ninguna tontería. Va a haber muchos lùth, estoy seguro, podrían mataros a todos sin ninguna dificultad. —Eros pareció mosqueado, aunque no dijo nada—. He barajado muchas posibilidades, pero no veo ninguna factible. Si vamos todos los equipos de las tres casas lo sabrán, nos están vigilando. Y Áurea podría pagar las consecuencias. Lo digo para que no penséis que os estamos poniendo en peligro sin tener en cuenta todas las opciones.

»El crecimiento y la organización de los lùth nos ha cogido totalmente por sorpresa. Después de esto deberíamos replantearnos muchas cosas. No consentiremos que os vuelvan a secuestrar a ninguno, ni podemos permitirnos que los lùth sigan creciendo, y aunque eso no dependa de nosotros, algo habrá que hacer. Pero lo más importante es que tendremos que localizar al topo que ha estado pasando información. Esa es nuestra mayor prioridad. Me gustaría ayudaros, pero no hay nada más que pueda hacer por vosotros. Nunca me había sentido tan impotente. Lo siento.

—Gracias por todo, Diego. —Las palabras de Ares me sonaron a despedida. Estuve a punto de llorar, por lo que preferí cambiar de tema:

—No puedes hacer más de lo que ya haces, y es muy difícil intentar que no nos capturen a ninguno, tendríamos que permanecer siempre encerrados.

—Lo sé, pero me niego a pensar que estamos atados de pies y manos —aclaró Diego con cierto tono de desesperación.

—Por lo menos, si consiguiéramos saber quién es el topo, podríamos cogerlos por sorpresa —intervino Nótt.

—Ahora mismo ese es nuestro principal objetivo. Cuando consiga saber de quién se trata, tendré un as bajo la manga —anunció Diego, cuya actitud cambió notablemente. Algo que desconocíamos le daba seguridad.

—¿Eso qué quiere decir? —le pregunté, si bien comprobé que sus palabras habían conseguido despertar la curiosidad de todos.

—No puedo decirlo, solo lo sé yo y quiero que siga siendo así hasta que sepa quién pasa información a los lùth.

—Una pista... —le pedí, intrigada.

—Soy una tumba. —No íbamos a sacarle nada más y lo sabíamos—. Pero, hasta que eso pase, nos espera una noche muy larga.

Diego parecía abatido de verdad, su rostro reflejaba su absoluta tristeza. Me asusté. Si él estaba así, era que la cosa pintaba bastante fea.

Capítulo 50

Nix

Nos preparábamos para salir. Yo estaba poniéndome mi traje y cuando estuve lista me miré en el espejo. No me acostumbraría nunca a ir tan apretada.

Recogí mi pelo en una cola alta y bien tirante para que no me molestara. Noté el temblor de mis manos al apretarme la goma. Estaba muy nerviosa, aunque todos se empeñaban en quitarme responsabilidad y en decirme que no pasaba nada si no podía hacer salir mis habilidades. Todos lo creían, menos yo.

Me habría encantado contar con alguien que supiera cómo iba aquello y que me enseñara la manera de hacerlo funcionar. Era difícil hacer «accionar» algo cuando ni siquiera sabía de qué se trataba. No tenía ni idea de por dónde empezar, hecho que me estaba matando.

Si esa noche le pasaba algo a alguien, no me lo perdonaría jamás. Había estado pensando en decirle a Diego que mandara a otra persona, pero me parecía una actitud demasiado cobarde; además, no podría quedarme en la casa pensando que Ares pasaría por todo solo. Necesitaba estar con él.

No conseguía asimilar que cuando por fin encontraba a alguien con quien tener una relación fueran a quitármelo. Una lágrima recorrió mi mejilla y la aparté con brusquedad, no era momento de llorar.

Me senté en la cama para ponerme las botas y alguien llamó a mi puerta.

—Adelante. —Ares asomó la cabeza por ella.

—Hola, ¿estás lista? —Su voz era una mezcla de nerviosismo y tristeza.

Se acercó despacio hacia donde yo estaba, pasó sus brazos por mi cuello y me abrazó con fuerza.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Nos mantuvimos así bastante rato, no podía dejar de pensar que aquello se parecía demasiado a una despedida, se me estaba haciendo un mundo contener las lágrimas.

Ares se fue retirando poco a poco y me miró a los ojos.

—Me gustaría que tuvieras esto.

Levantó mi mano y ató en mi muñeca una pulsera que siempre llevaba puesta. No era una joya, simplemente parecía un trozo de cuero negro, pero lloré exactamente igual que si me hubiera regalado un anillo de diamantes. Repetí el mismo ritual con él, me quité una pulsera que siempre llevaba conmigo y la coloqué en su muñeca. Los dos sonreímos al mirarnos a los ojos.

No volvimos a intercambiar palabra. No hacía falta, ya nos lo habíamos dicho todo.

Nos encontramos con Eros en el salón. No quedaba en él nada del chico bromista y extrovertido que había conocido. Fueron llegando los demás para despedirnos. Hubiera preferido que no lo hicieran, me habrían ahorrado un mal rato.

Vali y Nótt me abrazaron juntos y me pidieron que volviera de una pieza. Como si eso dependiera de mí. Tyr me conocía mucho mejor y simplemente me abrazó. Había algo en él que hacía que tenerlo cerca me transmitiera serenidad. No sabía qué era exactamente, pero me sentí mejor. Diego fue el último en acercarse a nosotros. Parecía exhausto, como si fuera a caerse de un momento a otro. No nos dijo mucho más, ya nos lo había explicado todo esa misma mañana.

Eros abrió la puerta para salir. Estaba todo lo impaciente por irse como yo lo estaba por quedarme.

Eché un último vistazo a los chicos que estaban de pie junto al salón. Miré la casa que ya casi había hecho mía y pensé que quería volver. Que para una vez en la vida que me sentía parte de algo no quería desprenderme de ello. No tan pronto. No así.

Ares cogió mi mano y lo miré a los ojos. Vi tanto amor en ellos que suspiré profundamente. Y así, con nuestras manos entrelazadas, nos sumergimos en la oscuridad de la noche. Ya no volví a mirar atrás.

Capítulo 51

Nix

Cuando llegamos a la parte del puerto donde habíamos quedado, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Allí había más de veinte lùth. Empecé a barajar la posibilidad de que ninguno de nosotros saliera vivo de aquella.

—Hola, Nix.

Una voz de mujer, demasiado familiar, salió de entre la multitud. Sacudí la cabeza pensando que era imposible. Todos los lùth empezaron a abrirse paso formando dos filas, una a cada lado. Mientras ella avanzaba, los lùth se inclinaban. Oí a Eros y a Ares maldecir y supe que la cosa iba de mal en peor.

—Déjame que me presente, ya que no he tenido el placer de conocerte personalmente. —Una risa de lo más estridente salió de su boca—. Quiero decir así. Soy Perséfone, reina de los lùth. — En ese momento la mujer llegó hasta nosotros, haciendo que pudiera ver su rostro. Al oír su voz estuve casi segura de que era ella, pero ahora tenía frente a mí la confirmación. Me faltó el aire, tuve que doblarme por la mitad para poder respirar. Ares y Eros se colocaron a mi lado sin saber qué era lo que me pasaba. Dicen que cuando te da un ataque de ansiedad debes respirar despacio. Lo intenté, pero no estaba resultando—. ¿Cómo estás, hija?

Noté que Ares y Eros se tensaban. No era capaz de pensar ni de reaccionar, aún estaba intentado respirar sin ahogarme. Ella continuaba hablando totalmente ajena a todo lo que me estaba pasando.

—¿Sorprendida?, ya veo que sí. Te estarás preguntando cómo es posible que esté viva, voy a explicarte la versión reducida. —Ni siquiera pude mirarla, aún estaba en estado de *shock*—. Fue sencillo preparar el accidente. Incluso cambiar el cadáver no fue demasiado difícil, elegí bien a mi mano derecha. Él se encargó de todo. —Miró hacia atrás y uno de los lùth que la acompañaban asintió, imaginé que era de él de quien hablaba—. No podía permitir que me asociaran contigo, necesitaba tiempo.

»Llevo años entre las sombras con una doble vida. Era primordial seguir con la farsa un poco más, pero ya me cansé, ahora lo que quiero es salir de la oscuridad y reinar como siempre he debido hacerlo. —No podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Qué te pasa? No te he criado para que seas así de débil. Siempre pensé que eras una endeble, pero no imaginé que tanto.

»Mientras vuelves a inhalar aire sin ahogarte voy a explicarte tu historia. Seré breve, no te preocupes. —En su mirada había tanto desprecio que sentí que no sería capaz de respirar con normalidad nunca más. Con ese escenario comenzó a narrar—: Mi madre era una mujer muy

poderosa. Yo deseé con todas mis fuerzas parecerme a ella, aunque lo único que me pasaba era que cuando me alejaba me cansaba con mucha facilidad. Parecía una niña débil que no podía despegarse de las faldas de su mamá, así que cuando tuve edad suficiente decidí que quería estudiar todo lo relacionado con lo que nos pasaba a mí y a mi madre. Cuando estaba a punto de llegar a algo importante me quedé embarazada y tuve que abandonar la investigación durante unos meses. Ya ves que siempre has sido un estorbo. —Que hablara de mí en esos términos no estaba ayudando a que respirara mejor—. Nunca me entusiasmó la idea de ser madre, fue algo que jamás me planteé, pero pensé que quizá acabaría sintiendo afecto por alguien, aunque no fue el caso. —Descartó la idea como si el simple hecho de mencionarla la molestara—. Como ya sabrás, tu padre nos abandonó en cuanto naciste y nunca más supe de él, aunque tampoco es que me hiciera falta, era un humano desagradecido y demasiado corriente para mí. Si hubiéramos seguido juntos habría acabado matándolo. —La piel se me erizó—. No pongas esa cara, ya deberías saber que los lùth no podemos tener relaciones demasiado largas. En algo sí que te pareces a mi madre, y es que tienes mucha energía, por eso de vez en cuando me gustaba verte, para «recargarme». Lo único que me sorprendió fue tu gran capacidad de curación, pero tampoco sirvió para mucho. —Eso había hecho que me salvara del accidente de coche que habíamos sufrido. Sabía que mi madre no sentía un gran afecto por mí, pero de ahí a enterarme de que me había ocultado durante toda mi vida lo que yo era y que había simulado su propia muerte para desvincularse de mí iba un mundo. Ares apretó mi mano con fuerza y fui capaz de erguirme un poco.

—Muchas gracias, mamá, por la explicación. Pero hay algo que no entiendo, tu nombre es...

—No podía dejarme mi nombre real, Penélope, pues si lo hacía empezarían a sospechar, así que lo cambié por el que más se parecía al mío. —Me miró de arriba abajo con cierto asco—. Nunca pensé que desarrollarías así tu energía, convirtiéndote en un obstáculo para mis planes.

—La mantenías aletargada con la mierda que me dabas. Si hubieras pasado un poco más de tiempo conmigo..., pero como madre dejas bastante que desear.

—No intentes herirme, no podrás. No tienes ese poder, ya que no eres lo suficientemente importante para mí como para conseguirlo.

La miré durante unos instantes, pero me daba la sensación de que no conocía a la persona que estaba delante de mí. Tenía unos sentimientos muy contradictorios hacia ella.

Mi cabeza empezó a llenarse de diferentes pensamientos y de pronto las piezas comenzaron a encajar a una velocidad asombrosa. Lo veía todo con mucha más claridad que antes. Mi madre era el topo. Ella había estado colaborando con las casas, recogiendo información para su propio beneficio.

—Eres el topo —afirmé.

—Sois tan fáciles de engañar... No me ha costado nada hacerlo. Durante este tiempo he recogido más información de la que pensé que sería capaz. Solo necesité un par de fotos tuyas con

él para saber que te tenía, eres previsible y débil. Nada me ha resultado difícil, la información llegaba a mí casi sin pedirla. Diego puede llegar a ser muy ingenuo, incluso tonto.

—No confundas el ser buena persona con ser tonto. No eras una buena madre, pero nunca pensé que llegarías a esto. —Hablé en pasado, parecía que mi cabeza ya la había excluido de mi vida, o simplemente se trataba del hecho de que hasta hacía cinco minutos pensé que estaba muerta —. Las casas confiaron en ti y también las engañaste.

—Pues se equivocaron. Al igual que tú. —Hablabas con tanta frialdad que me pareció mentira que en algún momento de mi vida esa persona hubiera sido mi madre—. Esto me ha servido para llevar a cabo muchas cosas. Es de lo más aburrido ser la reina de quien ni siquiera está organizado. Ese sí ha sido un trabajo complejo. Encontrar a los lùth, infiltrarme en hospitales, localizarlos y convencerlos de que se aliaran. Lo demás, pan comido.

»El único cabo suelto eres tú. Diego no ha sabido decirme de lo que eres capaz. Al final incluso él mismo duda de tus capacidades, piensa que esperamos demasiado de ti. —Sabía que sus palabras eran mentira y que solo las estaba utilizando para herirme—. Por eso no estoy segura de lo que eres capaz y de si todo esto valdrá la pena, pero no pierdo nada por intentarlo. —Su sonrisa era la mueca más falsa que había visto en mi vida—. ¡¡Traed a la chica!!

Me estremecí. Eros se adelantó dos pasos, Ares lo paró y lo miró con comprensión, pero advirtiéndole de que mantuviera la calma.

Al ver a Áurea, algo en mí se rompió. Estaba demacrada, la traían entre dos lùth porque no podía ni caminar y tenía los ojos prácticamente cerrados a causa de los hematomas.

Miré a la que había sido mi madre hasta ese momento. No podía seguir llamando así a alguien que era capaz de hacer aquello. Empecé a salir del estado de *shock* y a cabrearme de verdad. La que se suponía que era mi madre me había engañado durante toda mi vida manipulándome a su antojo y ahora lo único que quería era llegar hasta mí para acabar conmigo. Comencé a sentir un calor que subía por toda mi columna y se expandía por las extremidades. De mis manos comenzaron a salir unas llamas azules. Me las escondí detrás de la espalda, aún no era el momento. Sentía pena por Áurea, pero la rabia recorría cada uno de los poros de mi piel.

Trajeron a Áurea hasta nosotros. Eros se adelantó y la cogió con tanta delicadeza que ella lo miró como si estuviera soñando. Le dijo algo al oído y por la mejilla de ella cayó una lágrima. Se fueron hacia donde habíamos aparcado el coche, Áurea necesitaba sentarse, prácticamente no se sostenía de pie. Ares dio un paso hacia delante. Mi madre al darse cuenta se dirigió a él.

—Ni siquiera me interesas, pero parece que a la tonta de mi hija sí. Como aún no sabemos de qué es capaz, preferimos no cogerla a ella, pero parece ser que, si te tenemos a ti, será más fácil controlarla a ella. —Perséfone miró a Ares con tanta maldad en los ojos que hizo que me asustara —. Tengo un laboratorio enterito para ti, me lo voy a pasar muy bien contigo. No me gustan en absoluto las personas que reniegan de lo que son. Y tú te has pasado al otro bando, así que pagarás por ello.

Cuando Ares empezó a caminar y casi había llegado hasta ellos, noté cómo mis pies dejaban de tocar el suelo. Lo miré y le hice una señal para que retrocediera.

Fui elevándome poco a poco hasta tomar distancia del suelo. En esos momentos no entendía cómo me había costado tanto controlar y no dejar salir mis habilidades. Nunca me había sentido tan extraña ni tan fuerte.

—¡¡¡Madre!!! Gracias por todo. —Mi voz sonó fuerte y muy segura, era exactamente como me sentía.

Ella estaba tan concentrada mirando a Ares que no había reparado en mí. En el momento en que me vio, sus ojos se abrieron como platos e inmediatamente después la rodearon cinco lùth mientras salía corriendo. Por lo visto la reina no era muy valiente.

Un montón de llamas azules me envolvieron; cuando noté que el calor y el color eran los adecuados las dejé salir, provocando una explosión que fue tumbando a los lùth a medida que la onda expansiva iba avanzando. Después me desmayé.

Capítulo 52

Nix

Lo primero que vi al despertar fue la cara de Ares. Estaba magullado y tenía el rostro lleno de cortes y heridas, pero en cuanto nuestras miradas coincidieron en él apareció la sonrisa más bonita que le había visto hasta ese momento. Y eso era mucho decir.

—¿Qué ha pasado? —Estaba agotada y mi voz me sonó rara.

—Que te has cargado a un buen puñado de lùth.

—¿Y Perséfone?

—Ella ha conseguido escapar. —Respiré aliviada. No estaba preparada para matar a mi propia madre.

—¿Eros y Áurea?

—Están en el coche. Áurea ha pasado por un infierno y está muy debilitada —empecé a llorar —, pero saldrá de esta. Ella es fuerte, ya verás. —Sabía que lo decía más por animarme que porque lo creyera de verdad.

Intenté levantarme, pero no podía moverme. Ares me miró con preocupación.

—Quédate aquí e intenta recargar tu energía. Voy a llamar a Diego para ver qué hacemos con todo esto. —Miró hacia el otro extremo y cuando levanté la cabeza pude observar a qué se refería cuando decía «todo esto». Había unos diez lùth tirados por el suelo. Algunos se movían, pero otros no. Cerré los ojos. No estaba preparada para asumir que había matado a varias personas, aunque fueran lùth y quisieran acabar con nosotros.

Oí a Ares contestando a Diego. La conversación apenas duró un minuto. Al colgar se agachó y me apartó un mechón de pelo que se había salido de mi coleta.

—No sabes cómo me he puesto cuando te he visto hacer eso. —Por su tono de voz, ronca y sensual, entendí a qué se refería. La sangre empezó a correr con rapidez por mis venas. De pronto me di cuenta de lo que estaba haciendo y le di un manotazo. Su risa me resultó muy sexi—. Lo siento, pero Diego me ha dicho que hay que salir de aquí cagando leches y no tengo tanta energía como para llevarte en brazos. —Parecía avergonzado—. Los nervios y la tensión han hecho que gastara mucha.

—Y sabías que, si conseguías provocarme, la excitación haría que recargara algo de energía.

—Empiezo a conocerte bien, pero tampoco te he dicho ninguna mentira. —Me guiñó un ojo con picardía.

Pude llegar al coche caminando sola. Al entrar me preocupé por el estado de Áurea, ni siquiera tenía los ojos abiertos. Ares apartó la mirada de ella y me explicó lo que le había dicho

Diego. Creo que lo hizo más por mantener la mente ocupada que por otra cosa.

—Diego dice que volvamos rápidamente a la casa. Él llamará al resto de casas para que recojan todo esto.

—¿Cómo van a hacerlo?

—Se llevarán a los que siguen vivos y arreglarán a los que están muertos para que parezca que ha sido una pelea entre bandas rivales. No te preocupes por eso, llevan siglos haciéndolo, lo único que cambia es que ahora los muertos son los lùth y no las personas a las que roban la energía.

Mientras llegaba a casa empecé a encontrarme mejor. Todos estaban esperándonos en la puerta. La prioridad absoluta fue Áurea, nadie preguntó nada más.

Cuando la tumbaron en una camilla y estaban a punto de llevársela, me acerqué a ella haciendo que se pararan.

—Estaba muy cansada y tenía muy poca energía, siento no haber hecho esto antes. —Puse mis manos sobre ella y fui notando cómo sus heridas sanaban ante mis ojos. Ya era consciente de lo que hacía, podía manejar la energía que tenía dentro a mi voluntad. Y eso me hacía sentir poderosa. Muy poderosa.

—Gracias, Nix. —Áurea me sonrió sin soltar su mano de la de Eros.

—De todas maneras, me gustaría que pasaras la noche en observación. —Eros levantó la cabeza hacia Diego, sus palabras no le habían gustado demasiado—. He puesto una cama junto a la de ella, no te preocupes, no voy a separaros.

Diego parecía contento, y no era para menos. Estábamos todos de vuelta.

Capítulo 53

Nix

Diego nos hizo esperar en su despacho. Quería hablar con Ares y conmigo, aún no sabía qué había pasado esa noche.

—Gracias, Nix. —Me giré para mirar a Ares.

—¿Por qué? —Soltó una carcajada nerviosa.

—Por todo, por salvarme la vida, y especialmente por no sospechar jamás que yo fuera el topo. —Lo miré sorprendida. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—Nunca lo pensé.

—Lo sé, por eso te doy las gracias. Y siento muchísimo que hayas tenido que pasar por todo esto. No tiene que ser fácil. —Apretó mi mano con fuerza.

—Pues no. Descubrir que tu madre es una auténtica tirana no es nada fácil.

En esos momentos Diego abrió la puerta.

—Como ya imaginaba Áurea está perfectamente, tiene todas sus heridas curadas. Me gustaría saber qué ha pasado esta noche. —Su sonrisa era deslumbrante.

—Pues resumiéndolo mucho te diría que también soy capaz de volar y de crear una especie de bomba con mi energía, y lo mejor de todo es que puedo controlarlo.

Diego se quedó unos instantes en silencio con la boca ligeramente abierta. Cuando volvió a hablar lo hizo con admiración.

—Y estoy seguro de que esto es solo el principio, cuando aprendas a manejarla con fluidez serás capaz de hacer grandes cosas. Lo creo firmemente. ¿Algo más que deba saber?

—Sí. Ya sabemos quién es el topo. —Diego se reclinó hacia delante, poniendo máximo interés en mis palabras.

—¿Quién?

—Mi madre.

—¿Perdona?

—Creo que lo entenderás mejor si digo Perséfone.

—¡¡No me jodas!! ¿La reina de los lùth es el topo? —Supe que no había acabado de asimilar toda la información.

—Sí, y mi madre.

—No entiendo nada, pero si tu madre está muerta.

—Por lo visto no es así.

Le explicamos a Diego lo que había pasado esa noche. Hizo un millón de preguntas y las contestamos todas.

—¡Joder, por eso no hay ni una sola foto de tu madre en ninguna parte, siendo una científica tan reputada!

—Siempre pensé que lo hacía para mantener su vida privada al margen de su profesión, pero por lo visto nos equivocamos mucho con ella. —Parecía mentira que estuviera hablando de aquella a la que una vez consideré mi madre.

—Pues esto lo complica todo. Perséfone sabe mucho de El Círculo, lleva años colaborando con nosotros, y todavía sabe más sobre ti.

—Sí, pero no tiene ni idea de hasta dónde soy capaz de llegar. Lo sé, he visto la sorpresa en sus ojos.

—Bueno, voy a convocar una reunión urgente con las casas. Vosotros id a descansar, parecéis exhaustos.

—Lo estamos —confirmé con voz extenuada.

Ares me cogió por los hombros y subimos a mi habitación.

—Voy a hablar con Diego, no creo que sea necesario ocupar dos habitaciones cuando no pienso moverme de la tuya.

—Tendrás que preguntarme a mí primero, ¿no? —Coloqué mis brazos en jarras e intenté ponerme seria.

—Amorcito mío —hizo una mueca de lo más graciosa, no le pegaba nada hablar así—, ¿puedo mudarme a tu habitación?

—Puedes.

Le guiñé un ojo antes de que se abalanzara sobre mí. Después de todo, no estábamos tan cansados.

Capítulo 54

Ares

Había sido una noche de mierda. Áurea estaba bastante mal y verla así me había afectado bastante.

Pero lo que realmente me destrozó fue ver la cara de Nix al darse cuenta de que su madre era Perséfone. Debió de ser un infierno para ella enterarse de que su madre la había utilizado durante todo ese tiempo.

La expresión de Nix al verla, cuando parecía que iba a ahogarse... Me preocupé tanto por ella que deseé poder matar a su madre con mis propias manos, y eso era un pensamiento bastante jodido. Y sumamente desalentador, ya que yo no podría proteger a Nix jamás, no en ese plano, no de los lùth.

Pero tenía intención de hacerlo de otra manera; pensaba estar con ella, formar algo juntos. Ni ella ni yo habíamos tenido familia ni podido compartir nuestra vida con nadie, eso era lo que yo le daría a Nix. Un compañero, un amante, un amigo de por vida.



Habíamos pasado la noche juntos y podía observarla a mis anchas. Yo brillaba como lo hacía siempre que me acostaba con ella, pero eso había dejado de asombrarme. No me pasaba lo mismo al mirar a Nix, siempre descubría algo que me sorprendía y por lo que no podía apartar los ojos de ella.

Aquella noche, cuando la vi elevarse e irradiar toda esa luz, supe que estábamos salvados y que yo me había enamorado de una de las personas más especiales que existían.

Me removí en la cama y tuve miedo de despertarla, necesitaba descansar, pero sabía que yo sería incapaz de dormir; me notaba tan lleno de energía que no podía estar tumbado, era increíble sentirse así.

Estaba a punto de tocar a Nix para despertarla cuando paré mi mano a medio camino. No podía volver a interrumpir su sueño, ya lo había hecho dos veces y tenía que dejarla descansar, así que me puse un pantalón y salí a dar un paseo.

La casa estaba en silencio, mis pies me llevaron a la zona del hospital. Me asomé a la habitación donde se recuperaba Áurea y vi que dormía profundamente, pero encontré a Eros despierto, pendiente de ella.

—¿Qué tal está?

—Bien, gracias a Nix completamente repuesta.

—Eros, no me caes bien, aunque quizá con el tiempo consigo tragarte. Sea como sea, voy a recordarte una cosa que ya comentamos anteriormente, solo por refrescarte la memoria: trata bien a Áurea o te daré una paliza que no olvidarás en tu vida.

Eros no contestó, pero antes de salir vi a Áurea sonreír con los ojos cerrados, por lo visto no estaba tan dormida como parecía.

Continué caminando y mis pies me llevaron al despacho de Diego. La puerta estaba abierta y él hablaba por teléfono. Me pidió que me sentara con un gesto.

En cuanto colgó el teléfono fui directo al grano:

—Voy a mudarme a la habitación de Nix y necesitaríamos poder salir de aquí de vez en cuando.

—Claro que sí, no estáis retenidos. Podéis salir a cenar o al cine siempre que queráis.

—No me refiero únicamente a eso. Me gustaría tener un hogar fuera de aquí, algo que solo nos perteneciera a ella y a mí. Aunque volviéramos a esta casa por temporadas. —Vi la cara de terror que puso Diego—. No hablo de dejar de colaborar con vosotros —noté que él dejó escapar el aire—; seguiríamos haciéndolo, pero viniendo cada día desde nuestra propia casa.

—Ares, te entiendo, de verdad que sí, pero déjame algo de tiempo para que lo piense y lo organice todo. Tal y como se presentan las cosas será difícil, aunque algo haremos. Por el momento no te imaginas lo bien que me viene lo de que te mudes a su habitación. —Lo miré con curiosidad—. Mañana te lo explico, cuando estéis todos.

—Vale. Me voy a dormir.

—Buenas noches, Ares.

Le hice un gesto con la mano. Nunca en toda mi vida me había sentido más en casa que en esos momentos y en ese lugar. Pero, tal y como le había dicho a Diego, necesitaba un hogar junto a Nix, uno que fuera de los dos. Aunque en cierto modo ella era mi hogar, así que no le di prioridad a eso, por el momento.

Mientras me dirigía a su habitación pensé que, aun con lo que habíamos pasado, no podía estar más feliz. Habíamos vuelto todos sanos y salvos y yo podría estar con Nix. Por lo menos hasta la próxima. Había conseguido rascarle al destino algo de tiempo, y eso no siempre es fácil.

Capítulo 55

Perséfone

Había subestimado a esa tonta, por lo que me tocaba esconderme hasta que pudiera volver a reagrupar a más lùth. Esta vez no bastaría con unos cuantos, tendría que ser un ejército capaz de acabar con ella. Cuando esa mosquita muerta desapareciera del mapa, el resto de las casas no tendría nada que hacer contra nosotros.

No iba a ser fácil, esa niña me había dejado estupefacta hasta a mí, no pensé que finalmente fuera a ser capaz de sacar algún tipo de poder. Pero todavía no estaba todo perdido, aún guardaba una última sorpresita, aunque debía darme prisa y mover ficha con rapidez.

Entretanto permanecería escondida un tiempo, necesitaba que se confiaran, que pensarán que con Nix ya lo tenían todo ganado y después atacaría donde más les dolía. Eso sería pasada aquella noche, en esos momentos tenía algo urgente que hacer.

Cogí mi teléfono y llamé a un número que no pensé que volvería a utilizar jamás. Contestaron al tercer tono.

—Soy Perséfone. —Obtuve por respuesta el silencio que esperaba—. Necesito que sea ya. Voy para allá.

Colgué sin esperar contestación. Debía darme prisa, pero tenía que ser discreta, lo último que necesitaba en esos momentos era que me atrapara algún miembro de alguna de las casas.

Llamé al que era mi mano derecha, si bien ese cargo había sido difícil de asignar, ya que todos eran unos completos inútiles. Necesitaba saber cómo estaban las cosas allí fuera y en esos instantes el resto de los lùth eran mis ojos y mis oídos en el exterior.

—Ameles, tengo que salir, ahora.

—No se lo recomiendo, mi señora. Todos los miembros de las casas están buscándola, nos tienen totalmente vigilados. No es el momento, yo me esperaré unos días para salir.

—¿Y quién ha pedido tu opinión, si puede saberse?! Sal ahora mismo de aquí.

—Sí, señora.

Me sacaban de quicio, y eso que Ameles era de los más espabilados. No tenían ni idea de lo que era la jerarquía, pero ya me encargaría yo de que se enteraran. Lo que sí iba a tener en cuenta era la información que me había dado. No era el momento de salir. Tendría que permanecer allí un poco más; por mucho que el tiempo jugara en mi contra, no me quedaba otra alternativa más que esperar.

Capítulo 56

Nix

La noche anterior había sido un infierno. Utilicé mucha energía para protegerme, para matar a todos esos lùth y para curar a Áurea, por lo que me costó un poco recuperarme. Nada que no consiguiera una noche junto a Ares. Sonreí, aunque la sonrisa se me borró de golpe cuando pensé en toda esa gente a la que había matado. A lo largo de la noche tuve momentos en los que lloré. Ser consciente de que había acabado con la vida de personas era duro y me costaría un tiempo asimilarlo.

Diego me dijo que llamaría a una terapeuta que conocía todo nuestro mundo, para trabajar con ella cómo me sentía. Habíamos ganado una batalla, pero se avecinaba una guerra, por lo que tenía que estar preparada, tanto mental como físicamente.

Ares y yo pasamos esa noche juntos. El sexo siempre hacía que volviera a estar como nueva y Ares se estaba convirtiendo en un experto en darme lo que quería.

Cuando bajamos a desayunar Tyr, Eros y Áurea ya estaban allí. Vali y Nótt estarían descansando aún.

—¡Buenos días! —Mi tono de voz fue muy entusiasta.

—No me jodáis, otros que vienen saciados; ¿por qué no os subís el desayuno a la habitación y nos dejáis a los demás con nuestra mala leche matutina? —Por lo visto Tyr no tenía muy buen día.

—Vamos, Tyr, al final Nix nos salvó a todos y sacó lo que tenía escondido. —Ares me guiñó un ojo—. Hay que celebrarlo.

—Si no digo que no, pero hay formas de celebrarlo en las que estemos todos incluidos, digo yo. Vosotros cuatro lo habéis celebrado solitos y sin tener en cuenta a los demás. —Ares levantó una ceja.

—¿A qué te refieres exactamente? —Ares y Eros se habían puesto serios.

—Pensaba en salir por ahí, tomar algo; no sé, hacer cosas que hace la gente normal. Vosotros lo habéis tenido muy fácil, ellas han llegado aquí, pero yo, como no me mueva, a ver cómo ligo en esta casa, donde las únicas tías que hay están con vosotros...

Ares se dio cuenta de que Tyr estaba bromeando y se relajó. Eros miró a Áurea con tanta dulzura que me hizo sonreír.

—Hombre..., fácil, lo que se dice fácil, no lo he tenido precisamente.

Eros hablaba con Tyr, pero no despegaba los ojos de Áurea. Se acercó a ella y le dio un pequeño beso en los labios. Parecía que por fin habían arreglado sus diferencias.

Acabábamos de sentarnos en la mesa cuando Diego entró en la cocina.

—Buenos días, chicos. —Contestamos como pudimos, ya que teníamos la boca llena—. ¿Os acordáis de que anoche, antes de que salierais, os dije que contaba con un as bajo la manga? — Todos asentimos con curiosidad—. Bien. Me gustaría que estuvierais todos, pero no puedo esperar. Necesito a dos de vosotros para ir a buscar a un nuevo miembro. —La sonrisa de Diego se ensanchó.

—Dime que es una tía, por favor. —Tyr hablaba en broma, pero yo sabía que había mucha parte de verdad en que quería que fuera así.

—Sí, Tyr, es una mujer, y además bastante especial.

—Me apunto. —Incluso levantó la mano como si estuviéramos en el colegio.

—Nix, me gustaría que lo acompañaras. La chica con la que tenéis que ir a hablar es diferente y muy inteligente, creo que no se creará una palabra de lo que le explicáis si no lo ve con sus propios ojos.

—Sin problemas. Le enseñaré lo que puedo hacer con la energía. —Pasé una bola de luz azul de una mano a otra. El dominio era perfecto. La noche anterior me había dado la seguridad que me había faltado durante todo ese tiempo.

—De acuerdo, pues venid a mi despacho y os digo dónde tenéis que ir.

—¿Cómo se llama la chica? —Tyr estaba de lo más emocionado con el tema.

—Anjana, se llama Anjana.

CONTINUARÁ...

Próximamente...

Soy una persona rara. La gente que intenta animarme (que no es mucha) dice que diferente. Pero yo sé que soy rara.

Lo sé desde que casi no tenía uso de razón. Es decir, desde los nueve meses aproximadamente, ya que a esa temprana edad era capaz de mantener una conversación bastante coherente con un adulto.

Ya habréis imaginado que soy superdotada, pero tampoco una superdotada normal, no. Una sola vez me han hecho una prueba y no supieron decirle a mi padre con exactitud qué puntuación había sacado. La directora solo repetía una y otra vez que el resultado obtenido era imposible.

A partir de ese momento aprendí que, si ya eres rara, ser superdotada aún lo fastidia más. Así que decidí suspender alguna asignatura, saltarme ciertas clases y dejar en blanco la mitad de las respuestas de los exámenes. Y sobre todo callar mucho. Porque si escuchaba las cosas que explicaban los profes, no estaba de acuerdo con casi ninguna. En un par de ocasiones que entré en debate con ellos tuvieron que callar y nunca me miraron igual. Así que mi lema era ponerme al final de la clase y pasar totalmente inadvertida.

Sin embargo, no todo era tan fácil, ya que era rara en muchos otros aspectos.

Pero vamos por partes. Empezaré por el principio.

No conocí a mi madre. Ella murió al nacer yo. Mi padre no me hablaba mucho de ella. Bueno, la verdad es que mi padre no me hablaba de nada. Siempre estaba trabajando. Solo sabía que era una mujer muy inteligente, que tenía alguna carrera y poco más.

Cuando era pequeña me cuidaron diferentes mujeres. Duraban muy poco en casa. La que más duró aguantó seis meses; no entendían muy bien mis «rarezas». Hasta que mi padre se dio cuenta de que me las apañaba muy bien yo sola, así que, a partir de los ocho años nadie me esperaba en casa cuando volvía del colegio.

Somos inmensamente ricos, por eso mi padre siempre me ha dado todo lo material que ha creído que quería. Nunca me ha faltado nada, excepto cariño. Siempre he estado sola; no he tenido ni una abuela ni una tía que me dieran un beso o un achuchón de vez en cuando. En fin, a lo que iba: ya os he dicho que hablé y caminé a edad muy temprana, pero a medida que iba creciendo iba desarrollando otras «habilidades».

Con dos años vinieron a casa unos clientes de mi padre. Eran franceses. La mujer se dirigió a mí en su lengua, y antes de que mi padre pudiera decirle que yo no entendía francés le contesté con una dicción perfecta. Ahora puedo hablar cualquier idioma. Los más difíciles han requerido un poco más de esfuerzo, pero leyendo un libro más o menos gordo puedo hablar en un idioma concreto casi sin dificultad.

Mi padre llevaba la situación bastante bien, parecía que su hija sería un cerebritito y estaba encantado. Hasta que un día por la calle se me acercó una señora. Antes de que llegara a tocarme me puse a gritar como una loca. La mujer que me cuidaba en esos momentos se sorprendió, pero al preguntarme por qué gritaba le expliqué que alrededor de esa señora había una línea con un color muy feo. Dejó el trabajo en cuanto llegamos a casa.

A partir de ahí mi padre empezó a trabajar mucho y a distanciarse más de mí. Lo de que fuera muy lista pasaba, pero él era una persona muy escéptica con todo aquello que no veía, y lo de los colores en la gente le pareció de lo más raro.

Anécdotas de lo que me ha pasado a lo largo de los años tengo mil, podría escribir un libro con ellas. Lo que aprendí con el tiempo fue a esconder todas las cosas que me pasaban que no eran «normales».

Como habréis podido deducir puedo ver el aura de la gente. Me costó entender que el color que yo veía y que rodea a cada persona se llama así, y es que cuando era pequeña no tenía acceso a internet. Así que, dependiendo del color y de la intensidad de cada persona, tengo unas sensaciones buenas o malas hacia ella.

Solo había una cosa que me hacía más débil que a las demás personas que conocía, y era que me cansaba con facilidad. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de qué era lo que me ocurría, y aún hoy no acabo de entenderlo. Lo único que sé es que necesitaba tomar prestada la energía de la gente con la que me cruzaba.

Por cierto, no lo he dicho, pero mi nombre es Anjana.

Nota de la autora

Me adentré en el mundo de Nix en el momento más triste y difícil de mi vida.

Necesité crear un mundo que no fuera real para evadirme y funcionó a la perfección.

Ella ha sido mi mejor terapia y tengo intención de continuar.

Así que, si os ha gustado Nix, próximamente conoceréis a Anjana, que es, simplemente, extraordinaria.

Si queréis saber más de mí y de mis personajes, podéis encontrarme en:

Instagram: [@tamaramarin04](#)

Twitter: [@tamaramarin04](#)

Facebook: Tamara Marín o Tamara Marín Autora.

Agradecimientos

A mi madre, sé que te hubiera encantado esta historia. Espero que puedas leerla allá donde estés. Te sigo echando de menos, cada día.

A mi marido, por aguantar mis momentos de inspiración y darme el tiempo y el espacio que necesito.

A mis hijas, porque tenéis un montón de capacidades ocultas, no dejéis que nadie os diga lo contrario.

A mi hermano, por animarme a cambiar y hacer que me esfuerce cada día más. Te quiero.

A mi padre; tengo un libro a medias dedicado a ti, pero Nix entró pisando fuerte y ha pasado por delante. El siguiente es tuyo, sin falta.

A mi amiga Eli; ella es ese tipo de persona que está, siempre está, pero en los malos momentos es cuando menos la busco y más la encuentro.

A Vanesa, una de mis lectoras cero. Gracias por animarme con esta historia, aunque no sea de tu estilo.

A Taira, mi editora y una persona maravillosa. No puede hacerme más ilusión que te hayas convertido en mi lectora cero, entre otras muchas cosas. Gracias.

A Nerea; siempre lo digo, pero esta portada era todo un reto. Mil gracias por volver a hacer magia.

Dicen que el oficio de escritora es solitario, pero yo no lo creo, tengo unas compañeras maravillosas. Gracias a mis chicas «LOKAS»: Davinia, Eli, Patricia, Judith y Tessa. Gracias por estar ahí y por tantas risas.

A Rocío y Eli por las correcciones, la paciencia, las sugerencias y por hacer que esta historia quede redonda.

A todas mis lectoras, deseo que esta novela os haya gustado. Aunque Nix no tiene nada que ver con todo lo que he escrito hasta el momento, era especial para mí y necesitaba contar su historia.

Lucía es una profesora de treinta años. Siempre ha sido extrovertida y ha tenido un fuerte carácter, por eso se dice a ella misma que, si ha sido capaz de superar encontrarse a su marido, en su propia cama, con otra, ese tal Lucas no podrá con ella.

¿Pero cómo se van a hacer pasar por pareja si no se tragan?

¿Quién ganará la apuesta?

¿Qué sucede con Sergio?

Y, lo que es más importante, ¿será Lucía capaz de dejarse llevar y hacer que ocurra?



Olivia es una doctora que no ha tenido una vida fácil. Lo ha pasado muy mal en el amor y tiene el corazón blindado.

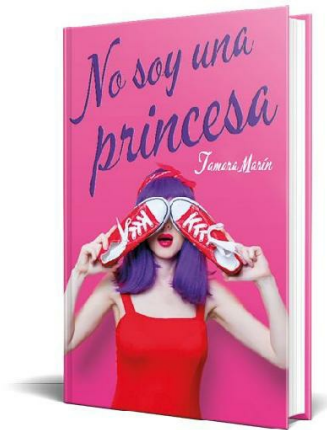
Ella no es ninguna princesa y no necesita que nadie la salve. Puede con todo.

Hugo es un policía paciente y cabezota, con un sentido de la protección demasiado arraigado.

¿Será Hugo capaz de llegar al corazón de Olivia?

¿Encontrará Olivia la capacidad de amar?

¿Conseguirán Hugo y Olivia dejar atrás sus miedos?



María tiene una familia que la quiere, una pareja y un buen trabajo. Es la chica perfecta, con la vida perfecta, pero algo en ella se rebela ante tanta perfección. Tendrá que aprender que para querer a alguien primero tiene que quererse a ella misma.

Álex es una persona paciente, que tiene muy claro lo que quiere y no duda en luchar por conseguirlo.

¿Podrá María deshacerse de esa sensación de vacío?

¿Por qué los dos tienen la impresión de que les falta algo?

¿Serán capaces de enamorarse, o tal vez nunca han dejado de estarlo?



Alba ha tenido una infancia muy dura que le ha hecho no creer en el amor y no querer comprometerse con nadie, bajo ningún concepto. Ella no es de nadie. Tiene suficiente con su floristería, sus amigas y algún ligue de vez en cuando.

Mario es un hombre con un carácter fuerte y seguro de sí mismo. Solo hay una persona que consigue sacar lo peor de él. Una pelirroja llamada Alba.

¿Serán capaces de dejar a un lado la aversión que sienten el uno por el otro?

¿Podrá Alba superar su alergia al compromiso?

¿Qué pasará entre ellos para que no tengan más remedio que seguir viéndose?



Eli es una educadora infantil de veintitrés años, joven e impulsiva. Le encantan los tatuajes, los piercings y la velocidad, no necesariamente en ese orden.

Ella vive «despeinada» y le importa bien poco lo que la gente opine.

Max es un bombero de treinta y cuatro años; serio, organizado, meticulado y le gustan las mujeres parecidas a él.

¿Conseguirá Max apartar a un lado sus prejuicios?

¿Podrá Eli estar con un hombre tan opuesto a ella?

¿Serán capaces de dejar atrás sus diferencias?

